
La decisión del
HIGHLANDER
MANU PONCE

La decisión del HIGHLANDER

MANU PONCE

Primera edición.
La decisión del highlander
©Manu Ponce
©abril, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



No recuerdo exactamente en qué momento dejé de escuchar. Sé que alguien hablaba. Una voz al otro lado del teléfono. Pausada. Profesional. Cuidadosa, eligiendo cada palabra con cierto tacto para que doliera menos.

No sirvió de nada. Porque hay frases que, por mucho que se suavicen, lo rompen todo igual. "Lo sentimos mucho… ha sido un accidente…"

"Accidente". La palabra me sonó absurda, hueca, como si no significara nada. Como si no pudiera significarlo. Supongo que la incredulidad se apoderó de mí. Mi mente, inevitablemente, rechazaba una idea tan horrorosa.

Apoyé la espalda contra la pared de madera de la cabaña y me dejé caer hasta el suelo sin darme cuenta. Afuera, el viento seguía moviendo las copas de los árboles, y el sonido de la selva lo llenaba todo. Insectos. Pájaros. Vida. Demasiada vida.

Yo, en cambio, me había quedado completamente vacía. Vacía de golpe. Vacía de un modo que asustaba. Vacía de un modo que me llevaba a que, el simple hecho de respirar, se me hiciera un mundo.

—¿Abril? —insistió la voz—. ¿Sigue ahí?

No contesté. Y no lo hice porque no sabía cómo estar ahí. Porque en cuestión de segundos… ya no estaba en ninguna parte. Porque mi mundo había experimentado el más drástico de los cambios y porque me quedaba por delante el mayor de los retos: asimilarlo.

"Carla ha muerto. Y su marido, Kieran, también."

La frase no terminaba de construirse del todo en mi cabeza. Mi mente se negaba a ordenarla correctamente. Igual pretendía que, al no decirla completa, no fuera real.

Carla. Mi hermana. Mi única familia. La persona con la que había crecido y quien siempre estuvo ahí para mí.

Tragué aire, pero no sirvió. Se me quedó atascado en el pecho, pesado, imposible de mover. Cerré los ojos con fuerza, tratando de transportarme atrás unos minutos. Unas horas. Unos días.

Lo que fuera. Pero cuando los abrí, todo seguía igual. Por desgracia, no había sido una pesadilla. Era una realidad, la más terrible de todas y, por mucho que lo deseara, mucho me temía que no iba a despertarme con el máximo de los alivios al descubrir que aquella llamada no fue real.

La cabaña de madera. El portátil abierto sobre la mesa. La conexión inestable que llevaba días dándome problemas debido a las impredecibles circunstancias meteorológicas. El ventilador que apenas movía el aire caliente.

Y el teléfono en mi mano. Con esa voz que esperaba. Con esa voz que tampoco sabía muy bien cómo actuar porque no debe ser fácil comunicar ese tipo de noticias a los familiares.

—Sí… —conseguí decir al final, en un susurro que casi no parecía mío.

A partir de ahí, todo fue un ruido lejano. Me hablaron de trámites. De documentos. De un traslado. De Escocia. De fechas. De nombres.

Yo asentía sin escuchar. Porque lo único que hacía era repetir mentalmente una cosa: Carla no podía estar muerta. No podía. No ella. No la mujer que lo había representado todo para mí y quien hacía que, solo con levantar el teléfono, no me sintiera sola por mucho que estuviéramos a medio planeta de distancia.

Nos hicimos adultas con la sola compañía de la otra. Sin madre desde la adolescencia, cuando una cruel enfermedad la consumió en pocos meses. Sin padre desde siempre, pues él falleció cuando apenas éramos un par de renacuajos. Sin nadie.

Carla siempre decía que eso nos había hecho fuertes. Yo siempre pensé que nos había hecho inseparables.

Ella era orden. Yo, caos.

Ella construía. Yo me movía.

Ella se quedaba. Yo me iba.

Y aun así… siempre volvíamos la una a la otra. Siempre. O eso creía. Porque hacía tres años que no la veía. Tres años.

La cifra se me clavó en la cabeza como algo sucio, incómodo, imposible de ignorar. Tres años. Habíamos hablado, sí, un millón de veces. Videollamadas, mensajes, audios interminables en los que se reía de mis historias y me contaba las suyas.

—Eres un desastre —me decía siempre—. Pero eres mi desastre favorito.

Y yo me reía.

Porque Carla tenía esa forma de decir las cosas que no dolía. Nunca dolía.

Hasta ahora. Porque ahora lo que dolía era todo lo que no había hecho. Todo lo que había dejado para "más adelante". El viaje que no programé a tiempo. La visita que pospuse demasiado. El "iré pronto, te lo prometo" que se quedó en promesa.

Me llevé las manos a la cara y el aire salió de golpe, en un sollozo seco que me pilló por sorpresa.

—Joder…

La palabra se perdió en la habitación. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, intentando sostenerme de alguna forma.

Carla no podía estar muerta. Pero lo estaba. Y yo no hice por verla en los últimos tiempos. Había elegido estar lejos. Muy lejos.

Últimamente, en mitad de Costa Rica, trabajando desde una cabaña perdida entre selva y humedad, con una conexión a internet que iba y venía y un calor que abrasaba.

Marketing digital, contenidos, campañas. Mi trabajo cabía en un portátil y en una mochila. Y eso me había parecido siempre suficiente.

Moverme. Cambiar. Descubrir. Vivir. Siempre había sido así. Siempre había defendido que no necesitaba más. Que no quería más. Que el mundo era demasiado grande como para quedarse en un solo sitio.

El teléfono seguía en mi mano. Ya no había voz al otro lado.

La llamada había terminado en algún momento que no recordaba. Miré la pantalla sin verla realmente. Escocia.

La palabra apareció clara esta vez. Escocia. Donde vivía Carla. Donde estaban los niños. Lucas. Sophie.

El nombre de Sophie me hizo cerrar los ojos otra vez. Sophie con sus brazos pequeños rodeándome el cuello la última vez que la vi.

Lucas mirándome como si yo fuera un espectáculo constante.

—Mamá dice que eres imprevisible —me había soltado, muy serio.

—Mamá tiene razón —le respondí, guiñándole un ojo.

Se había reído. El sonido de esa risa me atravesó el pecho. Me levanté de golpe, con el cuerpo decidiendo por mí. No podía quedarme allí. No podía seguir sentada en esa cabaña como si nada.

Tenía que ir. Tenía que estar allí. Tratar de llegar lo antes posible. Aunque ya fuera demasiado tarde para todo lo importante. Tardé horas en organizar el viaje. Horas que se mezclaron con lágrimas, con errores, con pantallas abiertas que no terminaba de entender.

No había vuelos directos. No había conexiones rápidas. No había nada fácil. Como si el mundo, de repente, se hubiera puesto en mi contra. Como si me estuviera pasando factura.

Un retraso. Un vuelo cancelado.

Y entre medias, ese pensamiento constante, asfixiante: Llego tarde. Llego tarde. Llego tarde.

Y entonces, para colmo, la tormenta. Una tormenta tropical que llegó sin avisar y lo paralizó todo.

El cielo se cerró de golpe, la lluvia empezó a caer con una violencia constante y el pequeño aeropuerto más cercano canceló salidas.

Retrasos. Reprogramaciones. Vuelos movidos de un día a otro.

Cada cambio era una confirmación más de lo mismo: que no llegaría a su funeral. Que no iba a despedirme. Que no iba a poder decirle nada de todo lo que se me acumulaba en la garganta. Que no iba a poder abrazarla una vez más, aunque su cuerpo yaciera inerte.

Nada. Absolutamente nada. Solo llegar. Y asumir.

Apoyé la frente contra la ventanilla del avión en el último trayecto, cuando por fin pude volar.

El paisaje bajo las nubes no me decía nada. Podría haber sido cualquier lugar. Porque el único sitio al que necesitaba ir… ya no existía como antes.

Carla no estaba. Y yo me dirigía hacia un lugar que, de repente, ya no sabía si era su hogar… o simplemente el escenario de todo lo que había perdido.

Cerré los ojos. Y por primera vez desde que escuché la noticia… medité sobre su significado al completo. Sin esquivarlo. Sin romper la frase a la mitad.

Carla había muerto. Y yo… Yo estaba completamente sola.

Mi vida siempre se relacionó con el movimiento.

No en el sentido turístico que la gente suele imaginar, con fotos cuidadas y atardeceres perfectos, sino en el real: aeropuertos, maletas a medio hacer, horarios imposibles y la sensación constante de no pertenecer del todo a ningún sitio. Mi trabajo me lo permitía. Ya lo he comentado: marketing digital, gestión de campañas, contenido para marcas que vendían desde cualquier parte del mundo a cualquier otra. Solo necesitaba un portátil, conexión a internet y la capacidad de adaptarme.

Y en eso era buena.

Entre otros muchos lugares, había trabajado desde Lisboa, desde Berlín, desde México, desde Hawái, desde una isla perdida en Tailandia y, durante los últimos meses, desde aquella cabaña en Costa Rica donde el calor no daba tregua y la selva parecía devorarlo todo. Cambiaba de lugar con la misma facilidad con la que otras personas cambiaban de camisa. Nunca me había pesado.

Al contrario. Siempre había sentido que esa era mi forma de vivir.

Carla decía que yo tenía el don de no echar raíces. Yo decía que ella tenía el de construirlas.

Las dos españolas, las dos criadas en el mismo sitio, con la misma historia detrás y, aun así, tan distintas que a veces parecía imposible que hubiéramos salido del mismo vientre.

Yo acumulaba experiencias. Ella eligió una vida estable.

Yo había tenido mil amores. Intensos, breves, a veces caóticos, a veces preciosos, siempre pasajeros.

Carla solo tuvo uno. Kieran.

Lo conoció durante unas vacaciones en Escocia. Un viaje que, en teoría, iba a durar una semana y que terminó cambiándole la vida. Me llamó la primera vez que lo vio y procesé que aquello era distinto incluso antes de que ella lo supiera.

—No es como los demás —me dijo—. Es… tranquilo.

Recuerdo haberme reído. Tranquilo no era una palabra que yo asociara a nada interesante.

Para ella lo fue todo. Volvió a España distinta. Más centrada. Más segura. Y meses después se marchó definitivamente.

Se casaron en Escocia. En las Highlands. En una zona espectacular. Colinas verdes que se perdían en el horizonte, lagos oscuros y profundos, casas de piedra integradas en el paisaje y una luz que lo envolvía todo con una calma difícil de explicar. Inverness-shire. Cerca de un lago rodeado de bosque, en una finca privada que pertenecía a la familia de Kieran desde hacía generaciones.

Aunque eso no fue lo que encandiló a mi hermana, Kieran era rico. Pero no solo tenía dinero. Tenía historia. Tierras. Un apellido que abría puertas y una forma de vivir que no admitía improvisaciones.

Todo lo contrario a nosotras.

Aun así, Carla encajó allí de una forma que me sorprendió. Kieran tampoco tenía padres y ella transformó ese lugar en un hogar. Lo llenó de vida. De detalles. De risas.

Y luego llegaron Lucas y Sophie. Y ya no hubo vuelta atrás.

Cuando el coche se detuvo frente a la finca, el silencio fue lo primero que me golpeó. Un silencio distinto al de la selva. Más frío. Más… vacío.

Bajé con la sensación de que todo el aire se había vuelto más pesado. El cielo estaba cubierto, gris, y una bruma ligera se extendía sobre el paisaje, difuminando los contornos de las colinas.

La finca que era el hogar de mis sobrinos se alzaba frente a mí con una presencia imponente. Piedra oscura, grandes ventanales, una entrada amplia que parecía diseñada para recibir vida constante…

Pero no había nadie. Ni un coche ni una voz ni una sola señal de movimiento.

Fruncí el ceño y avancé unos pasos, arrastrando la maleta sin darme cuenta del ruido que hacía sobre la grava.

—¿Hola?

Mi voz sonó extraña en ese espacio. Demasiado alta. Demasiado sola.

Empujé la verja principal. Abierta. Eso me desconcertó más que cualquier otra cosa.

Llegué hasta la casa y encontré una ventana abierta por la que fisgoneé.

El interior estaba impecable. Ordenado. Demasiado ordenado. Todo en su sitio, todo limpio, todo… detenido.

—¿Lucas? —probé, más alto—. ¿Sophie?

Nada. El eco de mi propia voz. Entonces, no me lo pensé y me colé por esa ventana.

Avancé por el salón, por el pasillo, por una estancia tras otra.

Vacío. Subí las escaleras casi corriendo, con el pulso acelerándose sin que pudiera controlarlo. Habitaciones abiertas. Camas hechas. Juguetes colocados.

Pero ningún rastro del servicio ni tampoco de mis sobrinos.

Bajé de nuevo, esta vez sin intentar contener la urgencia. El pecho se me había cerrado de golpe y cada respiración costaba más que la anterior.

—No…

La palabra salió sola. No. Esto no.

Salí de la casa y miré alrededor, buscando cualquier señal. Cualquier indicio. Cualquier cosa que me dijera que no estaba pasando lo que empezaba a formarse en mi cabeza.

Nada. Allí no había un alma.

La imagen empezó a construirse sin que pudiera evitarlo.

Me llevé las manos al pelo, tirando de él con frustración.

—¿Pero qué coño…?

El corazón me latía tan fuerte que me mareaba. Algo iba mal. Muy mal.

Y nadie estaba allí para explicármelo.

Di un paso atrás, otro, sin dejar de mirar la casa, intentando entender qué estaba viendo. O qué no estaba viendo. Y de pronto, la certeza. Fría. Clara. Imposible de ignorar.

No estaban. Lucas y Sophie no estaban. Y alguien se los había llevado.

Capítulo 2



El trayecto en taxi se me hizo irreal.

No por lo que veía fuera, que apenas era capaz de distinguir entre la niebla baja y el gris constante del paisaje, sino por lo que llevaba dentro. Una presión en el pecho que no terminaba de romperse del todo, una sensación de estar llegando tarde a algo que ya no tenía arreglo.

—A la comisaría de policía ha dicho, ¿verdad? —me preguntó el conductor, mirándome por el retrovisor.

Asentí sin ganas. No podía pensar en otra cosa. Lucas. Sophie. Mis sobrinos. Mis niños.

Tragué saliva y apoyé la cabeza contra el cristal frío. El movimiento del coche no ayudaba. Todo iba demasiado rápido y demasiado lento a la vez.

Esto no podía estar pasando. No después de todo. Porque yo era su tutora legal. Yo.

La idea apareció de golpe, con una claridad que me hizo incorporarme ligeramente en el asiento.

Yo era la persona responsable de ellos. La que debía hacerse cargo si algo les pasaba a sus padres.

Lo había sido siempre. Lo recordaba perfectamente. El día que Carla me lo dijo, el día que me dio la sorpresa, mi sobrina Sophie acababa de nacer.

Lucas tenía poco más de dos años y no paraba quieto. Corría de un lado a otro del salón, mientras yo intentaba seguirle con la mirada sin perder de vista a Carla, que sostenía a la niña con esa calma suya que parecía imposible.

—Siéntate —me dijo, con una sonrisa cansada pero feliz—. Te va a dar algo mirándolo así.

—Es que no para —le respondí, señalando a Lucas, que en ese momento estaba intentando subirse a una silla demasiado grande para él.

Carla rio, suave.

—Se parece a ti.

—Pobre —murmuré volteando los ojos. No me consideraba el mejor modelo a seguir.

—No tanto —me miró con ese brillo que siempre tenía cuando hablábamos de nosotras—. Ha sacado lo mejor.

Me acerqué un poco más, mirando a la pequeña Sophie, que dormía ajena a todo.

—Es perfecta —murmuré.

Carla asintió despacio. Luego levantó la vista hacia mí. Y ahí cambió algo. La conocía lo suficiente para intuir que lo que estaba por revelarme no era ninguna cuestión trivial.

—Abril… —me descolocó ese tono. Serio. Demasiado serio.

—¿Qué pasa?

—He estado organizando cosas. Por si… bueno, por si algún día ocurre algo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué dices? —le contesté porque no era amiga de las conversaciones profundas.

—Escúchame —me interrumpió, con suavidad pero firme—. Si a Kieran y a mí nos pasara alguna cosa, tú te harías cargo de ellos.

La miré sin entender.

—¿Yo? ¿Me lo estás diciendo en serio, Carla?

—Sí. Totalmente en serio.

—Carla… —pronunció pausadamente—. Eres su tía —añadió—. Eres lo más cercano que tienen a mí. No se me ocurre nadie que pudiera ocuparse de ellos mejor que tú, cariño.

Negué con la cabeza, nerviosa.

—Pero tú sabes cómo vivo. Sabes que yo…

—Lo sé —me cortó—. Lo sé todo. Y aun así, no se me ocurre nadie mejor.

Sus palabras me dejaron sin respuesta.

—Kieran no lo ve igual —admitió entonces, bajando un poco la voz —. Supongo que ya lo imaginas.

Claro que lo imaginaba. Kieran nunca había disimulado. Nunca había hecho el más mínimo esfuerzo por entenderme. Para él, yo era un error con patas. Una decisión pendiente de consecuencias.

—Pero esto también es decisión mía —continuó Carla—. Y yo confío en ti.

Me quedé en silencio. Mirando a mi hermana. A sus hijos. A esa vida que ella había construido con una firmeza que a mí siempre me había faltado.

—No te pido que cambies quién eres —añadió—. Solo que, si llega el momento… estés. Simplemente que estés.

La miré un segundo más. Y asentí.

—Siempre. Te lo prometo, Carla. Si eso es lo que has decidido, si pese a todo tú confías en mí, acepto. Pero también te advierto que no se te ocurra morirte antes de tiempo o tendrás que atenerte a las consecuencias —bromeé con la sensación de que la conversación me venía un poco grande y de que necesitaba quitarle hierro al asunto.

El coche frenó suavemente y el presente volvió de golpe. Parpadeé, desorientada. La comisaría. Habíamos llegado.

Pagué casi sin mirar, bajé del taxi y empujé la puerta de entrada con una urgencia que ya no podía disimular.

El interior era pequeño, funcional, con ese olor característico de los espacios oficiales.

Un agente levantó la vista desde el mostrador.

—Buenas tardes.

—Necesito denunciar algo —solté, acercándome—. Mis sobrinos. Han desaparecido. No están en casa. No hay nadie. Se los han llevado.

El hombre me observó con atención, pero sin alterarse.

—Tranquila —dijo—. Vamos a verlo. ¿Nombre de los menores?

—Lucas y Sophie —respondí sin dudar—. Su apellido es McRae.

El agente tecleó algo.

Otro más al fondo levantó la vista. Sin duda, era una familia conocida en la zona. Se cruzaron una mirada rápida. Y entonces volvió a mirarme.

—No hay ninguna denuncia de desaparición sobre los niños McRae.

—Claro que no —respondí, tensa—. Acabo de llegar. Estoy denunciándolo ahora. No soy adivina, ¿sabe?

—No —repitió, con calma—. Me refiero a que no están desaparecidos.

—¿Cómo? Eso me lo tendrá que explicar…

—Los niños están localizados —continuó—. Se encuentran con su tutor legal.

El mundo se detuvo un segundo. ¿Qué clase de información acababa de consultar ese hombre que a mí me era ajena?

—Eso es imposible. Le digo que es totalmente imposible.

—¿Perdón? —me preguntó con gesto desafiante.

—La tutora legal soy yo. De modo que tiene que haber una explicación para todo esto. Porque se lo repito, que igual no lo ha oído bien: la tutora legal soy yo. No existe nadie más. Punto.

El agente dudó apenas un instante. Luego giró la pantalla ligeramente hacia él, revisando la información.

—Aquí consta otra cosa.

El pulso se me aceleró. Noté que la sangre se me revolucionaba en las venas y contuve las ganas que me asaltaron de tachar al policía de inepto al darme una explicación que, claramente, debía tratarse de un error.

—Eso está mal. Tiene que estar mal.

—Figura como tutor el señor Liam McGregor —leyó con claridad—. Con domicilio registrado en la finca de…

—No —negué, con más fuerza—. Eso no puede ser. Yo soy su tutora. Carla me lo dijo. Está establecido. Y no desde hace poco, ¿entiende? Hace años que se estableció así. Y Carla, por si lo está dudando, es mi fallecida hermana y la madre de esos niños.

El agente mantuvo la calma.

—Puede haber más de un tutor designado —me explicó—. Y según consta aquí, el señor McGregor ha asumido la custodia de los menores tras el fallecimiento de sus padres. Todo conforme a la documentación presentada por la abogada de la familia.

Lorna Brown. El nombre apareció en mi cabeza un segundo después. Lorna no solo era una abogada para Carla, también era su amiga. Yo también la conocía a través de mi hermana.

Sentí un vacío seco en el estómago.

—No… —murmuré—. No puede ser.

—Si lo desea —añadió el agente—, puedo facilitarle la dirección.

Me quedé quieta. Con el corazón latiendo demasiado rápido. Con la certeza de que algo que creía seguro… acababa de cambiar por completo.

—Sí —dije al final, con la voz más baja de lo que esperaba—. Démela.

Porque si alguien había decidido por mí…iba a tener que explicármelo.

El agente me había dado el número de Lorna. Cuando por fin lo marqué, las rodillas apenas me sostenían.

Contestó al tercer tono.

—¿Sí?

—Lorna… soy Abril. La hermana de Carla.

Silencio. Un segundo. Dos.

—¿Abril? —su tono cambió al instante—. ¿Dónde estás? ¡Por el amor del cielo, por fin apareces!

Cerré los ojos un momento. ¿Lorna me había estado buscando? Cielo santo, menudo caos…

—En Escocia. Acabo de llegar.

—Te he llamado mil veces —dijo, sin rodeos—. Mil veces, Abril. No había forma de localizarte.

—Joder… —apoyé la mano en la pared, intentando mantenerme centrada—. Estaba incomunicada. Una tormenta en Costa Rica, vuelos cancelados, retrasos… No me ha dado por revisar las llamadas desde mi llegada. Todo ha sido caótico, no imaginas cuánto.

—Ya veo —murmuró, más calmada—. ¿Estás bien?

La pregunta me pilló a contrapié.

—No —respondí sin pensar—. No estoy bien. Y creo que ya conoces la razón.

Hubo otro silencio, más corto esta vez.

—¿Dónde estás exactamente? Voy ahora mismo a buscarte. Necesitamos hablar. Es importante.

—Te paso ubicación —resoplé.

—No se te ocurra moverte de ahí —exigió sin dudar.

Colgó antes de que pudiera añadir nada más. Me quedé un segundo con el teléfono en la mano, mirando la pantalla apagada. Lorna. Siempre había estado ahí.

Había sido abogada de Carla y Kieran desde hacía años, pero también algo más. Cercana. Presente. Parte de ese círculo que mi hermana había construido lejos de mí. Parte de esa gente que sí formaba parte de su día a día.

La había visto varias veces. En visitas rápidas, en alguna cena, en momentos de celebraciones. Siempre correcta, siempre atenta, siempre con esa forma de observar que parecía ir un paso por delante.

Y ahora era la única persona que podía explicarme qué estaba pasando.

No tardó mucho. La vi llegar con su pequeño y moderno utilitario en tono celeste pastel. Lorna bajó con paso firme y gesto apesadumbrado.

Menuda, delgada, con esa apariencia frágil que engañaba a cualquiera que no la conociera. Tenía algo de muñequita, no en el sentido superficial, sino en la precisión de sus rasgos, en la forma cuidada en la que todo encajaba: el cabello castaño, pulido y brillante, cayendo recto hasta los hombros; los ojos color miel, vivos, siempre atentos a lo que ocurría a su alrededor.

Porque a Lorna no se le escapaba nada. Había en ella una inteligencia rápida, despierta, casi punzante, que contrastaba con su tono siempre correcto, siempre medido. Profesional hasta el último detalle. Segura. Eficaz. Y, sin embargo, conmigo era distinta. Más cercana. Más cálida.

Apenas bajó del coche, su expresión cambió por completo. La firmeza dejó paso a algo mucho más humano, más blando, más sincero. Dio un paso hacia mí sin dudarlo y me rodeó con los brazos.

—Abril… —murmuró, apretándome con fuerza.

Fue un abrazo real. De esos que no se quedan en la superficie. Noté cómo me sostenía un segundo más de lo habitual, cómo su mano se cerraba en mi espalda con un cariño que no necesitaba palabras.

—Lo siento muchísimo —añadió, separándose apenas para mirarme —. De verdad… lo siento muchísimo.

De pronto, nos sorprendió la lluvia, por lo que me invitó a subir a su coche.

Me senté en el asiento del copiloto y cerré la puerta con un golpe seco. Ella se percató de mi rabia.

Durante unos segundos, ninguna de las dos habló. Hasta que no pude más.

—¿Quién es Liam McGregor? Al grano, por favor…

Lorna arrancó el coche con calma, sin mirarme.

—Es el tutor legal de los niños.

Negué con la cabeza de inmediato.

—Eso no puede ser. La tutora legal soy yo. Y tú lo sabes. No me vengas también con esas.

—Lo sois ambos —me aseguró.

Giré hacia ella, tensa.

—En comisaría me han dicho eso. Que puede haber más de uno. Pero mi hermana no me comentó nada.

—Tu hermana no llevaba sola estos temas —me respondió tajante —. Kieran también tenía voz en eso.

Apreté los dientes. Claro. Kieran. Mi cuñado.

—Lo siento por él. Siento que haya fallecido, pero.... nunca me tuvo en estima. Y ese tal Liam… ¿Quién es? —insistí—. ¿De dónde sale?

—Liam ha sido socio de Kieran durante los últimos años —me explicó—. Negocios, inversiones… Comenzaron a trabajar juntos. Y con el tiempo se hicieron muy cercanos.

—Muy cercanos —repetí, con amargura.

—Mucho —confirmó Lorna.

El silencio se volvió más pesado. Más cruel. Todo en aquella situación lo era.

—Claro —murmuré al final—. Claro, porque no confiaba en mí. Por eso hizo esto. Kieran me la ha jugado.

Lorna no respondió de inmediato. Solo giró ligeramente el volante al tomar una curva, dejando que el coche avanzara en dirección a la carretera estrecha que se abría entre colinas.

—No era tan simple —dijo finalmente.

—Sí lo era —corté—. Para Kieran, al menos.

Lorna ladeó la cabeza, pensativa.

—Kieran era… práctico.

—Kieran era rígido —respondí—. Y nunca le gusté.

—No le gustaba tu forma de vivir —puntualizó ella.

—Es lo mismo.

—No —replicó, tranquila—. No es lo mismo.

Apreté las manos sobre mis piernas.

—¿Y ahora qué va a pasar? —le pregunté, sin poder contener la tensión—. Porque ya he tomado una decisión.

Esta vez sí me miró. Solo un segundo. Suficiente.

—Imagino, Abril. Pero las cosas, quizás, no se reduzcan a tu decisión.

—Quiero llevármelos —añadí, con firmeza—. A España. Conmigo. No puedo arrastrarlos a mi modo de vida. Necesitan un hogar sólido, no una maleta siempre a medio hacer.

Lorna asintió muy levemente.

—Era justo lo que me imaginaba.

—Entonces dime qué va a pasar.

Exhaló despacio.

—Lo primero que sucedió es que los niños no podían quedarse solos en la casa —dijo—. Ni siquiera con el servicio. Era inviable en un momento tan estresante para ambos.

—Lamento haber tardado tanto.

—No sabíamos cuándo ibas a aparecer, Abril —respondió, sin dureza —. Y ellos necesitaban estabilidad inmediata.

Asentí, medio avergonzada.

—Así que se los diste.

—Sí. Era lo lógico. El juez lo propuso. No cabía otra…

—A él. Al tal Liam…

—A su tutor legal —corrigió de nuevo—. No al primero que apareció por la esquina. No hemos actuado de una manera irresponsable, como seguramente estés pensando.

Miré al frente, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Y el servicio?

—De momento está fuera —explicó—. La casa se ha cerrado. Hay una herencia que gestionar, decisiones que tomar… no era el momento de mantener todo eso en funcionamiento.

—Eso me da igual —dije de inmediato—. La herencia me da exactamente igual.

Mi voz salió más alta de lo que pretendía. Estaba fuera de mí. En shock. Cada noticia que recibía me resultaba más complicada que la anterior. Era como si, minuto a minuto, todo se fuera complicando. Y eso que lo veía como algo imposible.

—Quiero verlos —exigí.

El coche siguió avanzando unos metros en silencio.

—Los verás —dijo Lorna al final—. Vamos hacia allí.

El paisaje empezó a cambiar poco a poco. La carretera se abrió, el terreno se volvió más amplio, más cuidado. Muros de piedra delimitaban propiedades extensas, perfectamente mantenidas. Árboles altos, alineados con precisión. Todo tenía un orden que no dejaba espacio al azar.

Y entonces lo vi. A lo lejos. Primero fue la verja. Hierro oscuro, imponente, abierta a ambos lados de un camino largo que se adentraba en la finca.

—Ahí es —dijo Lorna.

El coche cruzó la entrada y avanzó despacio.

El camino estaba rodeado de césped perfectamente cuidado, ondulado, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Más allá, el terreno descendía suavemente hacia un lago que reflejaba el cielo gris con una calma casi inquietante.

La casa apareció poco a poco. Grande. Sólida. Elegante. Una arquitectura que mezclaba tradición y lujo sin esfuerzo. No era ostentosa. Era peor. Era impecable.

—Madre mía… —murmuré, sin poder evitarlo.

Lorna no dijo nada.

El coche siguió avanzando hasta detenerse frente a la entrada principal. Me quedé quieta, mirando. La finca era espectacular. Todo en ella transmitía control, estabilidad, permanencia. Todo lo que mi vida nunca había sido.

Y, en algún punto dentro de aquella casa… estaban Lucas y Sophie. Sin mí. Respiré hondo. Lorna llamó a la puerta.

Mi corazón comenzó a saltar a la comba.

Capítulo 3



La puerta no tardó en abrirse.

No fue Liam.

Fue una mujer del servicio, de unos cincuenta años, uniforme impecable, gesto contenido. Nos observó apenas un segundo antes de hacerse a un lado con una discreción casi ensayada.

—El Señor McGregor está en el salón —dijo con acento cerrado—. Pasen, por favor.

Señor.

El término me chirrió, pero no tuve tiempo de procesarlo.

Porque apareció él.

Desde el fondo del pasillo, caminando hacia nosotras con una calma que no encajaba con nada de lo que yo llevaba dentro.

Liam McGregor.

Alto.

Mucho más de lo que esperaba.

Complexión fuerte, hombros anchos, postura recta sin rigidez. Cabello oscuro, ligeramente despeinado, con ese punto descuidado que parecía intencionado. La barba corta, perfectamente medida, marcándole el rostro. Y los ojos…

Claros.

Fríos.

No en el color, sino en la forma de mirar.

Me recorrió de arriba abajo en un segundo. Sin disimulo. Sin cortesía.

Evaluando.

Como si necesitara encajarme en una idea previa.

No dijo nada.

Ni una sonrisa.

Ni un gesto de bienvenida.

Nada.

—Liam —intervino Lorna, rompiendo ese silencio incómodo—. Ella es Abril.

No añadió más.

—Abril —repitió él, sin moverse.

Su voz era grave. Medida.

No había hostilidad abierta.

Pero tampoco había cercanía.

—Soy la tía de los niños —dije, sin poder evitar el tono.

Lo sabía.

Claro que lo sabía.

Aun así, necesitaba decirlo.

Él asintió muy levemente.

—Lo sé.

Y ya estaba.

Eso era todo.

Ningún gesto.

Nada.

—Están en el salón —añadió, apartándose apenas para dejarnos pasar.

Lorna me tocó el brazo con suavidad.

—Vamos.

Avancé.

Y el mundo se redujo a una sola cosa.

Lucas y Sophie.

El salón era enorme.

Luminoso, pese al cielo gris que se filtraba por los ventanales. Techos altos, vigas de madera, una chimenea encendida que aportaba un calor suave, acogedor. Sofás amplios en tonos neutros, alfombras gruesas, detalles cuidados sin exceso.

Todo estaba en su sitio.

Todo parecía pensado para durar.

Pero yo apenas lo vi.

Porque estaban allí.

Sentados en el sofá.

Lucas y Sophie.

Durante un segundo me quedé quieta.

Observándolos.

Memorizándolos.

Como si necesitara confirmar que eran reales.

Los dos pelirrojos.

El tono de su padre, ese cobrizo intenso que resaltaba aún más en contraste con la luz suave del salón.

Sophie tenía el pelo largo, cayéndole en mechones suaves sobre los hombros. La piel clara, fina, y los ojos… los ojos eran de Carla. Miel cálida, expresivos, abiertos de par en par en cuanto me vio.

Lucas, en cambio, llevaba el pelo corto. El rostro más serio, más Kieran. Y los ojos… distintos. Más claros. Verdes tirando a gris. Más duros.

Ocho años él.

Seis ella.

Y ya parecían más mayores de lo que les correspondía.

—…

No llegué a decir nada.

No me dio tiempo.

—¡Tía Abril!

Sophie saltó del sofá y corrió hacia mí sin pensarlo, sin frenar, sin dudar.

La recibí a mitad de camino.

Se lanzó a mis brazos con toda la fuerza que pudo y me rodeó el cuello, apretándose contra mí con una desesperación que me rompió por dentro.

—Han muerto —dijo entre sollozos, enterrando la cara en mi hombro—. Mamá y papá han muerto…

El aire se me cortó.

La abracé más fuerte.

—Lo sé, cariño… —murmuré, aunque la voz apenas me salió—. Lo sé…

Su cuerpo temblaba.

El mío también.

Le acaricié el pelo, la espalda, sin saber muy bien qué hacer, qué decir, cómo sostener algo así.

—Estoy aquí —añadí—. Estoy aquí.

Sophie lloraba sin contención, agarrada a mí como si soltarme fuera una opción imposible.

Y yo no pensaba separarme.

No ahora.

No nunca.

Le besé la cabeza, cerrando los ojos un instante, intentando recomponerme.

Cuando los abrí, Lucas seguía en el mismo sitio.

De pie junto al sofá.

Mirándome.

No se había movido.

No había corrido.

No había dicho nada.

Se quedó allí, con los brazos pegados al cuerpo, observando la escena con una calma que no correspondía a un niño de ocho años.

Demasiado quieto.

Demasiado contenido.

Nuestros ojos se cruzaron.

Y lo vi.

Ese esfuerzo.

Ese control.

Esa forma de sostenerse.

Me dolió más que el llanto de Sophie.

—Lucas… —dije en voz baja.

No se movió.

Pero algo cambió en su expresión.

Apenas.

Un gesto mínimo.

—Hola —respondió al final.

Seco.

Correcto.

Demasiado adulto.

Demasiado herido.

Solté a Sophie lo justo para acercarme un poco más a él, sin invadir, sin forzar.

—Hola —repetí.

Se quedó donde estaba.

No dio el paso.

Ya estaba todo dicho.

Me incorporé despacio, manteniendo a Sophie pegada a mí, y estiré la mano hacia él. No para que la cogiera, solo… para estar.

Dudó un segundo.

Y entonces, muy leve, apoyó su mano en la mía.

Un contacto breve.

Pero suficiente.

Me incliné y besé su cabeza con suavidad.

No dijo nada.

Pero no se apartó.

Eso ya era mucho.

Me quedé con ellos un rato.

El tiempo se volvió extraño, difuso, sin medida clara. Sophie no se separaba de mí. Lucas permanecía cerca, sin acercarse del todo, sin alejarse tampoco.

Lorna se había retirado discretamente.

Y Liam…

Liam seguía allí.

De pie.

Observando.

Sin intervenir.

Sin acercarse.

Sin una palabra de más.

Notaba su presencia en cada gesto.

En cada silencio.

En cada segundo.

Y cada vez me resultaba más difícil ignorarlo.

Cuando Sophie se calmó un poco y Lucas volvió a sentarse, me incorporé despacio.

—Necesito hablar contigo —le dije, girándome hacia él.

Liam sostuvo mi mirada.

Un segundo.

Dos.

Y asintió.

—Por aquí.

Lo seguí.

Dejando atrás el salón.

La chimenea encendida.

Los sofás amplios.

La sensación de hogar que, en ese momento, no sabía si me pertenecía… o no.

Y la conversación que estaba a punto de empezar.

Y que algo me decía que no sería en absoluto fácil.

Capítulo 4



Entré detrás de él con el pulso todavía alterado.

Su despacho estaba al fondo del pasillo, separado del resto de la casa por una puerta de madera oscura que Liam cerró en cuanto pasé. La estancia era tan impecable y sobria como todo lo demás allí: estanterías repletas de libros, una mesa amplia de roble, dos sillones frente al escritorio, una lámpara encendida que proyectaba una luz cálida sobre la madera pulida y, al fondo, un ventanal enorme desde el que se veía el lago extendiéndose bajo el cielo gris.

Hasta aquella habitación tenía más orden que toda mi vida.

No me senté.

Tampoco él.

Se quedó frente a mí, a una distancia prudente, con las manos relajadas a ambos lados del cuerpo y esa manera tan exasperante de parecer dueño de la situación.

Respiré hondo. Una vez. Dos.

—Entiendo las circunstancias —empecé, obligándome a sonar serena—. Y te agradezco que hayas cuidado de los niños estos días.

No cambió de expresión.

—No tienes que agradecérmelo.

—Déjame terminar.

Su mandíbula se tensó apenas, pero asintió.

—Eras amigo de Kieran. Has estado aquí. Has reaccionado rápido y, de verdad, te lo agradezco. Pero la tutora legal de siempre he sido yo. Soy su tía. Carla me lo dijo hace años y lo tenía clarísimo. Así que, en cuanto organicemos todo esto, me los llevo a España conmigo.

El silencio que siguió fue tan frío que me erizó la piel.

Liam no parpadeó.

—Eso no está nada claro.

Lo miré sin entender durante un segundo.

—Perdona…

—He dicho que eso no está nada claro —repitió, con la voz baja y firme—. Yo también soy su tutor legal.

Noté un latigazo seco en el estómago.

—Eso ya me lo ha dicho media Escocia hoy, sí.

—Entonces deberías empezar a asumirlo.

La forma en que lo dijo me encendió por dentro.

—Lo que debería asumir es que nadie me informó de nada.

—Lorna intentó localizarte durante días.

—Ya sé que intentó localizarme. Estaba en la otra punta del mundo, atrapada por una tormenta, sin cobertura. No es que estuviera tomando cócteles en una hamaca mientras todo esto pasaba.

Sus ojos claros no se movieron de los míos.

—No he dicho eso.

—No hace falta. Se te nota bastante lo que piensas.

Aquello sí pareció atravesar su calma.

Muy poco.

Pero lo hizo.

—Kieran lo decidió en los últimos tiempos —dijo—. Los niños necesitaban otro tutor legal por si ocurría algo. Alguien que pudiera ocuparse de las cosas. Alguien que pusiera orden si llegaba el momento.

Solté una risa breve. Ácida. Sin humor.

—Vaya. O sea que yo no puedo ordenar su vida.

—Creo que precisamente llevas una vida poco ordenada.

La frase cayó entre los dos con la violencia de una bofetada.

—¿Perdón?

—Vives de un país a otro. Cambias de sitio cada pocos meses. Has pasado tres años sin ver a tu hermana y a tus sobrinos…

—No vuelvas a usar eso contra mí.

—Es un hecho.

—Es una crueldad.

—Es la verdad.

Di un paso hacia él.

—La verdad es que no tienes ni idea de nada. No sabes nada sobre nuestra relación. No sabes cuánto hablé con Carla. No sabes cuánto amo a mis sobrinos. No sabes nada de mi vida más allá de lo que Kieran te contara tomando un whisky.

—Sé lo suficiente.

—No, no sabes una mierda.

El tono se me había escapado por completo, pero ya me daba igual. Llevaba demasiadas horas tragándomelo todo: la culpa, el miedo, el vacío, el shock. Y él estaba ahí, en su despacho perfecto, hablándome de orden con esa superioridad tranquila que me daban ganas de romper algo.

—Yo soy su familia —seguí, con la voz temblándome de rabia—. Soy su tía. La única familia de sangre que les queda. Y tengo clarísimo que mis sobrinos se vuelven conmigo.

Liam endureció el gesto.

—Tus sobrinos se quedan aquí.

—No.

—Sí.

—No pienso dejarlos en manos de un desconocido.

Sus ojos destellaron.

—No soy un desconocido para ellos.

—Para mí sí.

—Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo.

Elevó la voz por primera vez.

—Llevan toda su vida aquí, Abril. En las Tierras Altas lo tienen todo. Su colegio. Sus amigos. Sus rutinas. Su entorno. Han perdido a sus padres hace unos días y lo último que necesitan es que alguien llegue arrasando y decida arrancarlos de las raíces que les quedan, de todo.

—No es "todo". Es Escocia.

—Es su vida.

—También tienen derecho a compartir la mía.

—Tu vida está repartida por medio mundo.

—Ya no.

Frunció el ceño.

—¿Seguro?

Lo miré de frente, sin titubear.

—He tomado una decisión. Se acabó. Voy a establecerme en España con ellos. Definitivamente. Se acabó el ir de un sitio para otro.

Una sombra de incredulidad cruzó su cara.

—¿Y tengo que creerte sin más?

—No necesito que me creas.

—Claro que sí. Si pretendes llevártelos, claro que sí.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Pues vas a necesitarlo.

Se hizo un silencio brusco, afilado.

Nos estábamos acercando demasiado el uno al otro. No físicamente, sino en ese punto en el que una discusión deja de ser una discusión y empieza a convertirse en otra cosa. Algo más personal. Más feo.

—Le prometí a Kieran que cuidaría de ellos —dijo, con una firmeza que me revolvió todavía más—. Y pienso cumplirlo.

—¿Y yo qué? —solté—. ¿Yo era solo la loca simpática a la que se le deja hacer reír a los niños en Navidad?

—No he dicho eso.

—No, claro. Tú no dices casi nada. Solo juzgas.

—Estoy intentando protegerlos.

—De mí.

No contestó.

Y ese silencio me dio la razón.

—Increíble —murmuré, apartándome un paso—. De verdad, increíble.

—No tergiverses esto.

—¿Tergiversarlo? Me acabas de dejar claro que Kieran te eligió porque pensaba que yo era incapaz de dar estabilidad a mis propios sobrinos.

—Kieran pensaba en lo mejor para ellos.

—Y tú te crees con derecho a decidir que lo mejor eres tú.

—No he dicho que sea yo. He dicho que es aquí.

—Pues yo digo que no.

—Y yo digo que sí.

—No puedes impedir que me los lleve.

—Pruébame.

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera responder.

Lorna apareció en el umbral con el rostro serio y ademanes de mediadora. Su mirada fue de uno a otro y debió de bastarle medio segundo para entenderlo todo.

—Por favor, decidme que no estáis gritando con los niños a dos puertas de distancia.

Ninguno contestó.

—Fantástico —murmuró, cerrando la puerta tras ella—. Justo lo que faltaba.

Yo di un paso hacia ella.

—Lorna, esto es absurdo. Dile que yo siempre he sido su tutora. Dile que no puede retenerlos aquí.

—No los estoy reteniendo —cortó Liam.

—Lo estás haciendo.

Lorna levantó una mano.

—Se acabó.

Su tono no fue alto, pero bastó.

—Los dos vais a bajar la voz y vais a empezar a pensar en Lucas y Sophie, no en vuestro orgullo.

Solté una risa seca.

—Mi orgullo no tiene nada que ver. Yo solo quiero llevarme a mis sobrinos.

—Y yo quiero evitar que tomes una decisión precipitada y egoísta —replicó Liam.

Me giré hacia él.

—¿Egoísta?

—Sí. Egoísta. Llegas después de una semana, entras aquí exigiendo, alterándolo todo y pretendes que dos niños destrozados hagan una maleta y se muden a otro país porque tú lo has decidido en… ¿en medio segundo?

—No me hables de egoísmo cuando tú te has instalado en su vida sin preguntarme nada.

—Había que actuar.

—Había que esperar.

—Basta —intervino Lorna otra vez, más dura—. Escuchadme bien. Abril, entiendo que quieras llevártelos. Liam, entiendo que quieras que se queden. Pero con esta actitud lo único que vais a conseguir es que termine decidiéndolo un juez.

Eso nos frenó a ambos.

Muy poco.

Pero lo suficiente.

Apreté los labios y volví a mirar a Liam.

—Vale. Estoy dispuesta a que esto sea civilizado. Si quieres verlos en España, podrás hacerlo cuando quieras. No me voy a oponer a las visitas ni a que sigan teniendo contacto contigo. Pero se vienen conmigo.

—De eso nada —respondió él al instante—. Los niños se quedan aquí. En las Highlands. En su casa.

—También pueden tener una casa conmigo.

Lorna exhaló despacio, como alguien que está contando hasta diez por dentro para no estrangular a dos adultos funcionales.

—No podéis seguir así —dijo—. Esta conversación no va a resolverse hoy. Ni ahora. Ni de esta manera.

Miré a Liam. Seguía igual de inflexible. Igual de distante. Igual de insoportablemente seguro.

Y él me miró a mí del mismo modo: como si yo fuera el problema que había entrado por la puerta aquella tarde.

La guerra acababa de empezar.

Y los dos lo sabíamos.

Capítulo 5



Cuando Lorna anunció que ya era suficiente por un día y que lo mejor sería retomar la conversación a la mañana siguiente, yo también lo tuve claro.

Necesitaba salir de allí.

Respirar.

Tomar distancia.

Instalarme en un hotel, darme una ducha interminable, encerrarme unas horas a digerir el golpe y pensar con la cabeza fría. Aquella casa era preciosa, sí, pero también era territorio enemigo. Todo olía a Liam, a su control silencioso, a esa certeza insoportable con la que se movía por cada rincón.

Así que, en cuanto regresamos al salón, busqué el bolso con la mirada y me incliné para recogerlo del sofá.

—Voy a irme ya —dije a los niños, procurando sonar tranquila—. Mañana volveré temprano.

No llegué a incorporarme del todo.

Sophie me agarró del brazo con una fuerza inesperada.

—No.

La miré.

Sus ojos miel ya estaban llenándose otra vez.

—Cariño…

—No te vayas, tía Abril.

La frase me atravesó entera.

Mi sobrina se levantó de golpe y se me echó encima, rodeándome la cintura con sus brazos pequeños. Enterró la cara en mi estómago y empezó a llorar con ese desconsuelo limpio que tienen los peques cuando todavía no saben disimular el miedo.

—No quiero que te vayas —repitió entre sollozos—. No quiero dormir lejos de ti. No quiero.

Se me cerró la garganta.

Le acaricié el pelo despacio, intentando que no me temblaran las manos.

—Solo iba a ir a un hotel, princesa. Estoy aquí. Mañana voy a volver.

—No —insistió, negando con la cabeza contra mí—. Hoy.

Lucas, desde el otro extremo del sofá, observaba la escena en silencio. Más rígido que antes. Más cerrado. Sus piernas colgaban apenas del asiento y tenía las manos apretadas sobre las rodillas, tan serio que dolía verlo.

Lorna me miró de reojo.

Y después miró a Liam.

No hizo falta que dijera nada.

Él permaneció unos segundos quieto, con esa expresión inescrutable que parecía no alterarse nunca, aunque yo empezaba a sospechar que aquello no era del todo cierto. Sus ojos bajaron hasta Sophie, se detuvieron en ella, y luego volvieron a mí.

—Puedes quedarte esta noche, si quieres —concedió.

Tardé un segundo en reaccionar.

—¿Quedarme? ¿Aquí?

—Sí —dijo Lorna, con bastante menos sutileza que él—. La niña está agotada y no va a entender que te marches ahora.

Sophie apretó más los brazos a mi alrededor al escuchar eso.

—Por favor…

Cerré los ojos un instante.

Yo no quería aceptar nada de Liam McGregor. Ni su hospitalidad ni su aparente buena voluntad ni ese gesto medido que, en el fondo, seguía colocando las piezas a su manera. Pero Sophie seguía temblando pegada a mí, y aquella noche no iba de mí.

Iba de ella.

De Lucas.

De esos dos niños que acababan de perder a sus padres y que se estaban sosteniendo con lo poco que les quedaba.

Abrí los ojos otra vez.

—Está bien —murmuré—. Me quedo.

Sophie levantó la cara de golpe. Tenía las mejillas húmedas y el labio inferior temblándole.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad.

No me dio tiempo a añadir nada más. Se me colgó del cuello con una intensidad que me desarmó por completo.

Lorna soltó el aire despacio, aliviada.

—Bien. Entonces yo me marcho —dijo, recogiendo el bolso—. Mañana vuelvo a primera hora y seguimos hablando de todo esto con un poco más de sentido común. Si es que eso sigue siendo posible.

Ni Liam ni yo respondimos.

Ella se acercó a mí antes de irse, me apretó el brazo y me habló lo bastante bajo para que solo la oyera yo.

—Descansa lo que puedas. Y no discutas más esta noche.

Le lancé una mirada seca.

—No prometo nada.

Eso le arrancó una media sonrisa cansada.

—Ya me lo imaginaba.

Cuando la puerta principal se cerró tras ella, el silencio de la casa cambió de forma. Más íntimo. Más extraño. Ya no era la casa de Liam ni la casa donde estaban mis sobrinos ni el lugar donde acababa de discutir con un desconocido insufrible. Era, por una noche, el sitio en el que iba a dormir rodeada de todo lo que no entendía.

—Moira puede preparar una habitación para ti —dijo Liam al cabo de unos segundos.

La mujer del servicio apareció casi de inmediato, discreta y eficiente, como si hubiera estado esperando la orden a la vuelta de la esquina.

—La del ala este está lista —informó con suavidad.

Me sonó a broma. Parecíamos estar en un palacio con mapa incluido.

Asentí sin apartar a Sophie de mí.

—Me instalaré allí, pero antes merendaré con ellos, si no te importa.

Noté la mirada de Liam sobre mi cara un segundo más.

—Haz lo que necesites. Pero en esta casa ya pasó la hora de la merienda. Cenamos pronto, enseguida —me indicó, consultando ceremonioso su reloj de muñeca.

La frase era correcta. Incluso amable, en su idioma glacial. Pero yo seguía oyendo la discusión del despacho detrás de cada una de sus palabras.

—Pero me puedes bañar tú, tía Abril…

—¿Yo, pequeña?

—Claro, como lo hacía mamá…

Sentí que la responsabilidad se instalaba en mi pecho con una fuerza desconocida para mí.

Subí con Sophie de la mano unos minutos después. La niña no quería soltarse ni para subir los escalones. Me iba contando cosas a trompicones, sin orden, enlazando frases pequeñas que mezclaban el miedo, el cansancio y esa necesidad infantil de escuchar una voz conocida.

Liam le había preparado una habitación muy… correcta.

Demasiado perfecta para una niña de seis años, pensé al principio. Luego vi los detalles que ella había colocado y que le daban un aire más infantil: dibujos pegados a un lateral del escritorio, una caja abierta con lazos y pinzas de colores, una colección de cuentos junto a la cama, un peluche con una oreja doblada que debía de acompañarla a todas partes. Carla estaba allí. En el gusto, en el cuidado, en esa mezcla de dulzura y orden que era tan suya. Mi hermana se dejaba sentir incluso desde el otro mundo.

Se me volvió a encoger el pecho.

—¿Entonces me bañas tú? —me preguntó Sophie, ya un poco más tranquila, mirándome con esos ojos enormes que eran casi un calco de los de Carla.

Sonreí, aunque me costó.

—Claro que sí, pequeña.

Le preparé el baño despacio, remangándome la blusa frente a una bañera de mármol que probablemente costaba un riñón. El agua caliente empezó a llenar el cuarto de vapor y Sophie se desvistió con esa confianza absoluta que solo tienen los niños con quien sienten suyo. La ayudé a meterse, le lavé el pelo con mimo, le aparté los mechones mojados de la frente y, durante unos minutos, todo se redujo a algo sencillo: jabón, agua caliente, una niña pequeña y mis manos intentando sostenerla sin romperme yo.

—Tía Abril…

—Dime.

—¿También se han ido al cielo los dos?

La pregunta llegó así. Sin preámbulos.

Tuve que mirar hacia otro lado un segundo antes de responder.

—Eso dice mucha gente.

—Entonces mamá está con papá.

—Sí —susurré—. Eso quiero pensar.

Sophie bajó la cabeza y jugueteó con la espuma.

—No quería que se fueran.

Me mordí por dentro.

—Ya lo sé, cariño.

—Yo tampoco quería.

La frase se me escapó sola y, al decirla, la voz se me quebró un poco. Sophie levantó la cara para mirarme y yo sonreí lo mejor que pude.

Cuando terminó el baño, la sequé con una toalla enorme y suave, y la preparé para bajar a cenar.

La cena fue… extraña.

La mesa era demasiado grande para cuatro personas. Demasiado protocolaria.

Sophie fue la única que habló.

Desde el primer momento.

—Hoy he estado en el jardín con Moira y hay un sitio donde salen flores moradas y le he dicho que quiero plantar más y me ha dicho que cuando llegue el calor…

No paraba.

Saltaba de una cosa a otra sin respirar apenas, con esa energía nerviosa que no era del todo alegría, sino una forma de no quedarse quieta, de no pensar demasiado.

—…y Lucas dice que esas flores no duran mucho pero yo creo que sí porque las he visto antes…

—Duran poco —murmuró Lucas, sin mirarla.

Fue lo único que dijo.

Volvió a su plato.

Serio.

Correcto.

Distante.

Demasiado adulto.

Yo lo observé unos segundos, intentando entender qué había cambiado. Siempre había sido más tranquilo que Sophie, sí, pero aquello era otra cosa. Había algo en su forma de estar, en cómo evitaba mirarme directamente, en cómo medía cada gesto.

No era solo timidez.

Era recelo.

Y no entendía por qué.

—…y luego Moira me ha dejado probar una cosa que era como un pastel pero no era dulce del todo y a mí me ha gustado mucho…

Sophie siguió hablando, ajena a todo.

Liam no la interrumpía.

Tampoco participaba.

Simplemente la miraba.

Con atención.

Con calma.

De vez en cuando asentía, o dejaba caer alguna palabra breve, pero nada más. Su presencia llenaba el espacio sin necesidad de imponerse. Y lo más inquietante era que Lucas parecía moverse en esa misma línea.

Controlado.

Contenido.

Demasiado parecido a él.

Bajé la vista al plato.

No tenía hambre.

—…y mañana quiero enseñarle a la tía Abril el lago —añadió Sophie de pronto, mirándome con una sonrisa que me desarmó un poco—. ¿Podemos?

—Claro que sí —respondí, devolviéndole la sonrisa.

Liam asintió levemente.

—Si el tiempo acompaña.

—Seguro que sí —insistió ella, convencida.

No pude evitar soltar una pequeña risa.

Lucas no.

Ni siquiera levantó la cabeza.

Y ese gesto, mínimo, volvió a incomodarme más de lo que debería.

Porque no era solo que estuviera serio.

Era que parecía… pasar de mí.

Como si ya hubiera tomado partido en algo que yo todavía no alcanzaba a ver.

Sophie siguió hablando.

De flores.

De Moira.

Del lago.

De cualquier cosa que llenara los silencios.

Y yo la escuchaba, asentía, sonreía cuando tocaba… mientras, de reojo, intentaba descifrar a mi sobrino.

Sin conseguirlo.

Y eso, por alguna razón, me inquietó más que la presencia silenciosa de Liam al otro lado de la mesa.

Tras la cena, subí con Sophie a su dormitorio. Le puse el pijama rosa pálido que encontramos doblado sobre la cama y la metí en brazos entre las sábanas, aunque ya pesaba lo suyo. Ella se dejó hacer, apoyada en mi hombro, agotada.

—Un cuento —me pidió en cuanto la arropé.

—Uno corto.

—No.

Pese a todo, me reí.

—Uno corto y precioso.

Eso pareció convencerla. Me senté a su lado, cogí el primer libro que encontré en la mesita y empecé a leer. Mi voz sonó extraña al principio, oxidada por el dolor y por el día interminable, pero poco a poco fue asentándose. Mi inglés era bueno, y eso ayudaba. Sophie se acurrucó contra mí, respirando cada vez más despacio, con los dedos cerrados sobre la tela de mi manga.

Cuando terminé, tenía los ojos casi cerrados.

—No te vayas.

—No me voy.

—Promételo.

Le besé la frente.

—Te lo prometo. Esta noche no.

Se quedó dormida pocos minutos después, todavía agarrada a mí. Tuve que soltarme con mucho cuidado para no despertarla. La observé un momento desde el borde de la cama. Tan pequeña. Tan parecida a Carla en los gestos, en la forma delicada de la cara, en la boca suave incluso al dormir. El pelo pelirrojo era de Kieran, sí, pero aquel rostro tenía algo de mi hermana que me dejaba sin aire.

Apagué la lámpara y cerré la puerta casi del todo antes de cruzar el pasillo hacia la habitación de Lucas.

Llamé con los nudillos.

—¿Sí?

Empujé despacio.

Lucas estaba ya en la cama, incorporado contra el cabecero, con un libro abierto sobre las piernas. La luz de la mesita le marcaba el pelo cobrizo y la línea seria de la cara. Sus ojos, esos ojos verdes tirando a gris, se alzaron hacia mí con cautela.

—Venía a ver si querías que te ayudara con algo. O a darte las buenas noches.

—Ya me las sé dar solo.

La respuesta fue seca, pero no insolente. Solo… triste. Demasiado triste para un niño de ocho años.

Aun así, sonreí un poco y entré.

—También puedo contarte un cuento.

Eso consiguió arrancarle una expresión rarísima, a medio camino entre la incredulidad y el fastidio.

—No tengo seis años.

Me acerqué a la cama.

—Ya lo sé.

—Y no necesito cuentos.

—Vale.

—Ni fantasías.

La palabra se quedó suspendida un instante.

Lo miré mejor entonces. Más allá de la seriedad, más allá del tono cortante. Y lo entendí. No estaba rechazando el cuento. Me estaba rechazando a mí. O, más bien, estaba rechazando todo lo que yo representaba: la irrupción, el desorden, las promesas, las ideas bonitas. Lo que no podía controlar.

—No son fantasías —dije en voz baja—. A veces solo ayudan a dormir.

Lucas apartó la vista.

—A mí no.

La frase llevaba otro significado debajo. Más duro. Más triste todavía.

Apreté los labios para no forzarlo.

—Está bien. Entonces solo venía a desearte buenas noches.

Asintió sin mirarme.

—Puedes apagar la luz al salir.

Tardé una fracción de segundo en moverme. Aquello dolía, claro que dolía, pero no iba a convertirlo en una batalla. No esa noche.

Me acerqué de todos modos, lo justo para apartarle un mechón rebelde de la frente. Lucas se quedó quieto, rígido, permitiéndomelo apenas por educación o agotamiento. Le besé la cabeza muy suave.

—Buenas noches, cielo.

No respondió.

Apagué la luz.

Y salí de la habitación con la sensación de que, a diferencia de Sophie, a él no iba a recuperarlo con abrazos ni cuentos. Con Lucas tendría que ganarme cada centímetro. Cada gesto. Cada pequeña grieta en esa madurez prematura que se había puesto encima a modo de armadura.

Recordaba al Lucas de antes y la diferencia dolía.

Cerré la puerta a mi espalda y me quedé un segundo en mitad del pasillo, sola, escuchando el silencio de la casa.

Aquel lugar seguía sin gustarme.

Liam seguía sin gustarme.

Pero esa noche ya no tenía ninguna importancia.

Porque Sophie dormía sabiendo que yo seguía allí.

Y Lucas, aunque no quisiera admitirlo, también.

Capítulo 6



Dormí fatal.

No hubo forma humana de maquillarlo. Ni descanso ni alivio ni esa tregua mínima que a veces concede el cuerpo cuando ya no puede más. Me tumbé en aquella cama enorme, demasiado cómoda para el estado en el que estaba, y me pasé horas mirando al techo, dándole vueltas a todo hasta sentir que la cabeza me pesaba más que el resto del cuerpo.

Carla.

Kieran.

Los niños.

Liam.

La discusión en el despacho.

La cara de Sophie al suplicarme que no me fuera.

La forma en la que Lucas me había mirado, tan serio, tan rígido, tan lejos de mí.

Todo volvía una y otra vez, en bucle, sin orden y sin descanso. Cada vez que cerraba los ojos aparecía algo nuevo. Un recuerdo de Carla riéndose conmigo. La voz pequeña de Sophie diciendo que sus padres habían muerto. El tono seco de Liam hablándome de orden, de estabilidad, de decisiones. Y debajo de todo eso, latiendo sin darme tregua, una culpa vieja, enorme, insoportable.

A ratos me incorporaba. A ratos me volvía a tumbar. En algún momento me quité la colcha porque me agobiaba; diez minutos después volví a cubrirme porque el frío de la madrugada escocesa se coló por cada rincón de mi cuerpo. La casa estaba en silencio. Un silencio precioso y odioso a la vez. Solo de vez en cuando crujía la madera o el viento rozaba los ventanales.

Cuando por fin me quedé dormida, el cielo ya empezaba a aclararse.

Y, por supuesto, me desperté de golpe.

Con esa sacudida torpe de quien siente, antes de abrir los ojos, que ha olvidado algo importante.

Me incorporé de un salto, desorientada, con el corazón acelerado.

Los niños.

Miré la hora y se me heló la sangre.

—No, no, no…

Salí de la cama atropelladamente, me puse lo primero que encontré, me recogí el pelo con una goma que apareció por milagro en el bolso y abrí la puerta casi corriendo. Bajé las escaleras sin dignidad alguna, con el estómago encogido y una sensación horrible clavándome el pecho.

No los había oído.

No había escuchado pasos ni voces ni puertas ni nada.

Nada.

La cocina estaba inundada por una luz gris clara y olía a café recién hecho. Moira estaba junto a la encimera, tranquila, removiendo algo en una olla pequeña. Levantó la vista al verme entrar.

—Buenos días, Abril.

—¿Dónde están los niños, Moira?

Ni siquiera me molesté en disimular el tono.

Moira parpadeó, quizás sorprendida por mi cara, y se secó las manos en un paño antes de responder.

—El Señor McGregor ya los ha llevado al colegio.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—¿Qué?

—Hace un rato.

Me quedé quieta en mitad de la cocina, mirándola sin terminar de procesarlo.

—¿Se han ido?

—Sí.

—¿Y nadie me ha despertado?

Moira dudó una fracción de segundo.

—Pensamos que estaba descansando.

Me apoyé en la mesa, notando de pronto el cansancio de toda la noche cayéndome encima con una violencia absurda.

Ni siquiera los había visto irse.

Ni había podido desayunar con ellos.

Ni decirles adiós.

Ni escuchar una sola palabra.

Nada.

Bonita manera de empezar a ocuparme de ellos…

La humillación, la culpa y la rabia se mezclaron dentro de mí de una forma feísima.

—No puedo creerlo —murmuré.

La puerta de entrada se abrió en ese momento.

Giré la cabeza al instante.

Liam entró con abrigo oscuro, llaves en la mano y esa calma exasperante que empezaba a odiar de verdad. En cuanto me vio allí, supo que algo iba mal. No hizo falta ser un genio.

—Ya estás despierta —dijo.

Lo miré con una incredulidad tan limpia que hasta a mí me sorprendió.

—Me tendrías que haber despertado.

Dejó las llaves sobre la encimera con toda la tranquilidad del mundo.

—Ya eres mayorcita para despertarte sola.

Lo dijo sin alzar la voz. Casi peor.

—¿Perdona?

—Si esa es la manera en la que piensas cuidar de los niños, no empezamos bien.

La frase me encendió entera. Justo lo que yo pensaba. Pero que lo dijera él…

—Has aprovechado que estaba dormida para llevártelos sin decirme nada.

—Los he llevado al colegio. A su colegio. Al que van siempre. No los he secuestrado.

—Pues yo querría haberlos llevado también.

—Pues tendrías que haberte levantado.

Di un paso hacia él.

—No vuelvas a hacer eso.

Su expresión se endureció apenas.

—No me des órdenes en mi casa.

—Pues entonces hablemos.

—No.

Me quedé un segundo clavada en el sitio.

—¿Cómo que no?

—Solo hablaré contigo si Lorna está delante.

La rabia me subió de golpe.

—¿En serio?

—No quiero volver a tener una conversación a solas contigo. No entras en razones.

Solté una risa incrédula.

—Claro. Soy yo la que no entra en razones.

—Eres impulsiva, no escuchas y tomas decisiones antes de pensar en las consecuencias.

—Y tú eres un controlador insoportable.

Moira dejó la taza que estaba colocando sobre la mesa con una delicadeza digna de un premio y decidió esfumarse sin hacer ruido. Inteligente mujer.

Liam me sostuvo la mirada.

—Llama a Lorna si quieres. Pero no voy a discutir esto otra vez contigo sola.

Lo odié un poco más.

Llamé a Lorna desde allí mismo, con las manos frías y la paciencia al borde del abismo. Tardó menos de una hora en llegar. Cuando entró en su despacho y nos encontró en extremos opuestos de la mesa con un ambiente que podía cortarse con cuchillo, ni siquiera preguntó.

—Bien —dijo, dejando el bolso sobre una silla—. Veo que la mañana ha empezado de maravilla.

—Se ha llevado a los niños al colegio sin decirme nada —solté.

—Porque estabas dormida —replicó Liam al instante.

—Porque nadie me despertó.

—No eras un bebé en una cuna, Abril.

Lorna levantó una mano.

—Antes de que os lancéis a la yugular del otro, vamos a intentar hacerlo de otra manera.

Nos callamos por pura inercia, no por convicción. Lorna se quedó frente a nosotros, apoyó los antebrazos en la mesa y nos miró con esa mezcla de firmeza y paciencia que seguramente había perfeccionado en años de oficio.

—Voy a explicaros algo una vez más y os ruego que esta vez lo escuchéis. Los dos sois tutores legales. Los dos. Eso significa que ninguna decisión importante puede imponerse de forma unilateral sin abrir un conflicto serio. Residencia, colegio, país, entorno… todo eso entra en el mismo paquete. Y si no os ponéis de acuerdo, acabará interviniendo un juez.

—Yo ya sé lo que quiero —dije.

—Y yo también —respondió Liam.

—Sí, ese es exactamente el problema —replicó Lorna—. Porque no sois los únicos que tienen algo que decir.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A los niños —dijo, mirándonos a los dos—. Son pequeños, sí. Pero no muebles. No paquetes que se trasladan de un sitio a otro. Tienen una opinión, tienen un vínculo con este lugar, contigo, con Liam, con sus recuerdos, con todo. Y, sinceramente, creo que es importante escuchar qué quieren ellos.

El silencio que siguió fue incómodo.

Porque tenía razón.

Y porque yo no estaba segura de querer oír la respuesta.

Liam tampoco parecía encantado con la idea, aunque lo disimuló mejor.

—¿Y qué propones? —preguntó él.

—Que habléis con ellos cuando vuelvan del colegio. Los dos. Delante de mí. Sin dramatismos innecesarios, sin peleas, sin hacerles sentir que tienen que salvaros de nada. Solo explicarles la situación y escuchar.

Bajé la vista un segundo.

—¿Y si dicen cosas distintas?

Lorna suspiró.

—Entonces tendremos otro problema. Pero será un problema real, no uno imaginado por vosotros.

Esperamos hasta la hora del almuerzo con un nivel de cordialidad francamente penoso. Yo me fui a dar una ducha rápida y a intentar parecer una persona medio funcional. Liam desapareció. Lorna se quedó revisando documentos en el salón. Moira organizó la comida con esa discreción soberbia que empezaba a admirar.

Cuando Liam los trajo de vuelta, la casa se llenó de una energía distinta.

Sophie entró primero, colgándose la mochila de cualquier manera y echándose a correr hacia mí en cuanto me vio.

—¡Tía Abril!

La abracé con una necesidad casi tan grande como la suya.

—Hola, preciosa.

Lucas llegó detrás, más despacio. Uniforme impecable, mochila bien colgada, gesto serio. Me miró un instante.

—Hola.

—Hola, cariño.

No se acercó.

El almuerzo fue complicado, salvo por Sophie, quien contó una anécdota sobre una compañera de clase y el dibujo que había hecho, preguntó si luego podía enseñarme no sé qué piedra brillante del jardín y se comió la mitad del postre de golpe antes de que nadie pudiera impedírselo. Lucas apenas participó. Liam carraspeó más de una vez. Lorna mantuvo la conversación ligera a propósito. Yo intenté no pensar demasiado en lo que venía después.

Cuando acabamos, Moira retiró los platos y Lorna tomó la palabra.

—Chicos, necesitamos hablar un momento con vosotros. Es importante.

Sophie levantó la cabeza de inmediato.

—¿Pasa algo malo?

—No —respondí rápido—. Nada malo. Solo queremos contaros una cosa.

Lucas nos miró a los cuatro con una tensión contenida que no me gustó nada.

Sophie se pegó a mí en el sofá. Lucas eligió un sillón individual, cerca de Liam. Ese pequeño gesto ya decía bastante.

Lorna habló primero, con mucho cuidado.

—Vosotros sabéis que vuestra tía Abril os quiere muchísimo y que Liam también os quiere y cuida de vosotros. Pues bien… legalmente, los dos tienen la responsabilidad de cuidaros. Los dos son vuestros tutores.

Sophie frunció el ceño.

—¿Los dos?

—Sí —dijo Liam, con voz tranquila.

—Y… —Lorna me miró un segundo antes de continuar— Abril quiere que viváis con ella en España. Liam cree que debéis quedaros aquí, en las Highlands. Antes de tomar ninguna decisión, creemos que es importante saber cómo os sentís vosotros.

Sophie fue la primera en reaccionar.

Ni siquiera dudó.

Se volvió hacia Liam con los ojos muy abiertos.

—No te enfades —dijo de golpe—. Yo a ti te quiero. Pero no me quiero separar de la tía Abril. Es todo lo que me queda de mamá.

Sentí que algo se me rompía y se me arreglaba al mismo tiempo.

Liam no cambió de expresión, aunque vi el golpe en su mirada.

—No me enfado, Sophie —respondió él, muy despacio.

Lucas apretó la mandíbula.

—Yo no.

El salón entero se quedó quieto.

Lorna lo miró con suavidad.

—¿No qué, Lucas?

—Yo no quiero irme a España —dijo, cada vez más rígido—. Quiero quedarme aquí. Con Liam.

Sophie lo miró, desconcertada.

—Pero yo sí quiero ir.

Lucas giró hacia ella con una dureza que me heló la sangre.

—Pues entonces te vas tú sola con ella.

—No —intervino Lorna de inmediato—. Vosotros no podéis separaros.

—Pues entonces nos quedamos aquí.

—Lucas… —murmuré.

Él se giró hacia mí de golpe. Y entonces salió todo.

Todo lo que llevaba dentro.

—La estás liando, tía Abril.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—La estás liando —repitió, con la voz temblándole de rabia contenida—. Siempre la has liado. Siempre has ido a la tuya.

Noté a Sophie tensarse a mi lado.

—Lucas, eso no es justo —dije, intentando mantener la calma.

—Sí lo es.

Sus ojos, esos ojos verdes tan distintos a los de su hermana, brillaban de una forma que me descolocó.

—Vienes ahora y quieres cambiarlo todo. Todo. Y no has estado.

La frase cayó entre nosotros con una violencia devastadora.

—Lucas… —volví a decir, pero ya sin fuerza.

—No venías casi nunca. Mamá siempre decía que nos visitarías pronto. Peros estabas lejos. Y ahora llegas y hablas de llevarnos contigo, de España, de irnos… y yo no quiero. No quiero.

Sophie empezó a llorar en silencio.

Yo no podía moverme.

Porque no había defensa posible. No una de verdad.

—No quiero herirte —continuó él, más bajo, más roto—, pero siempre haces lo que quieres.

Esa fue la peor parte.

No el reproche.

La verdad que llevaba dentro.

Bajé la mirada un segundo porque, si no lo hacía, iba a echarme a llorar delante de todos.

Y quizás ya daba igual, pero aun así.

Lorna intervino con mucha calma.

—Lucas, tienes derecho a sentirte así. Pero no vamos a decidir nada hoy.

—Yo sí lo tengo decidido.

—Y Sophie siente otra cosa —respondió ella—. Precisamente por eso tenemos que ir despacio.

Sophie se secó la cara con la manga y se pegó más a mí.

—Yo quiero ir con la tía.

Lucas apartó la vista, cerrándose otra vez en sí mismo.

Y yo me quedé en mitad de aquello, con un brazo rodeando a una niña que quería venirse conmigo y el corazón destrozado por un niño que acababa de dejarme claro, por primera vez, todo el daño que podía hacer una ausencia.

Me encerré en la habitación en cuanto pude.

No tenía fuerzas para seguir manteniendo la compostura ni para cruzarme otra vez con Liam después de lo que había pasado en el salón. Cerré la puerta, apoyé la espalda en la madera y me quedé un momento quieta, respirando despacio, intentando recomponerme.

Lo primero que hice fue buscar el móvil.

Debía llamar a Nerea, a mi mejor amiga. A mi confidente, Nerea seguía siendo una pieza fundamental en el puzle de mi vida, por mucho que hiciera también un siglo que no la veía.

Marqué su número.

Tardó dos tonos.

—¿Abril?

Solo escuchar su voz ya me aflojó algo por dentro.

—Nerea…

—¿Dónde estás? —me preguntó de inmediato—. Llevo días intentando localizarte. ¿Qué ha pasado? Me enteré de lo de Carla y…

No la dejó terminar.

—Estoy en Escocia.

Silencio.

—Cuenta…

—Acabo de llegar hace un día.

—¿Y no me has llamado hasta ahora?

Cerré los ojos.

—No he podido, de verdad. Ha sido una semana horrible. Me pilló una tormenta en Costa Rica, cancelaron vuelos, no tenía cobertura… un desastre. No había forma de contactar con nadie.

—Joder, Abril… —su tono bajó—. Lo siento muchísimo. Por todo.

Me senté en la cama, agotada.

—Ya…

—¿Y los niños?

La pregunta no se hizo de esperar.

—Están bien… —murmuré—. O lo están lo mejor que pueden.

—¿Están contigo?

Dudé un segundo.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente?

Exhalé despacio.

—Es complicado.

—Pues explícamelo.

Y lo hice.

Le conté todo. Desde que llegué a la casa vacía, el susto en comisaría, la existencia de Liam, la tutoría compartida, la discusión, la noche allí, la conversación con los niños… todo.

Nerea no me interrumpió.

Solo soltó algún "madre mía" muy bajito de vez en cuando.

Cuando terminé, hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Chica… —dijo al fin—. No lo tienes nada fácil.

Solté una risa sin humor.

—Ya.

—Es que se trata de un asunto muy complicado, Abril. Muy, muy complicado. No sé ni qué decirte.

—Genial. Justo lo que necesitaba.

—No, en serio —insistió—. Es que es una situación muy delicada. Uno quiere una cosa, el otro otra… y en medio están los niños.

Resoplé.

—Sophie quiere venirse conmigo.

—Ya me lo has dicho, sí.

—Pero Lucas no. Ni de broma.

—Normal también.

Cerré los ojos otra vez.

—Es que no sé qué hacer, Nerea.

—Es que no hay una solución fácil.

—Ya, pero alguna tendrá que haber.

Ella suspiró al otro lado.

—A ver… —dudó—. Yo no sé cómo ayudarte, de verdad. No sé qué aconsejarte. Porque cualquier cosa que te diga va a perjudicar a alguien.

Me quedé en silencio.

—Salvo que… —añadió de pronto.

—¿Qué?

—Salvo que te quedes a vivir allí.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

—En las Highlands.

Solté una risa breve.

—Pero Nerea, ¿tú te estás escuchando?

—Sí.

—Eso no lo he contemplado nunca.

—Pues igual tienes que empezar a contemplarlo.

Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme.

—No. No tiene sentido.

—¿Por qué no?

—Porque mi vida no está aquí.

—Tu vida ahora mismo son tus sobrinos.

La frase me dejó muda un segundo.

—Ya, pero…

—Pero nada —me cortó—. Tú misma has dicho que Lucas no quiere moverse de allí. Que está arraigado. Que está enfadado contigo por no haber formado parte de su vida más activamente... Si encima le obligas a irse, lo vas a perder.

Apreté los labios.

—Pero Sophie sí quiere vivir en España.

—Claro, porque Sophie es más pequeña y está más vinculada emocionalmente a ti ahora mismo. Pero Lucas… Lucas ya está en otra fase.

Me dolió reconocerlo.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Los separo?

—No —respondió de inmediato—. Eso no es una opción.

Suspiré.

—Lo sé.

—Por eso te digo que es complicado.

Me quedé mirando el suelo.

—Yo creo que también tienen derecho a conocer su otra parte —dije al final—. A conocer España. A conocer de dónde viene su madre y toda su familia materna. Valencia les encantará. Sabes que conservo la casa familiar, les encantaría. Allí podríamos establecer nuestro cuartel general. Soy un puto desastre, lo admito. No sé vivir más de un tiempo en el mismo sitio, pero juro que lo intentaría con todas mis fuerzas.

—Eso es verdad.

—No pueden crecer aquí sin saber nada de eso.

—También es verdad.

—Entonces…

—Entonces tienes que encontrar la forma de que no sea un cambio brusco.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Pues no lo sé —respondió, sincera—. Pero igual no es blanco o negro. Igual no es o aquí o allí.

Me quedé pensando.

—¿Cómo lo harías tú?

Nerea dudó un segundo.

Desde que mi hermana había fallecido, no podía dejar de pensar en la casa familiar. La de mi infancia. La de Carla y mía. La que nunca vendimos porque ninguna de las dos había querido desprenderse de ella.

—Es cierto que tu casa es ideal —continuó—. Está en una zona buena, cerca del mar, con ambiente, con colegios… no sé, a los niños les podría gustar. No es un cambio a lo loco.

Me quedé en silencio.

Visualizándolo.

—Y no digo que te los lleves ya y punto —añadió—. Pero igual puedes plantearlo como algo progresivo. Que vayan, que prueben, que vean…

—No lo sé. Lo veo una idea estupenda, pero no sé cómo se podría hacer.

—Ya, ya sé que no lo sabes. Es normal.

—Es que siento que haga lo que haga, voy a hacer daño a alguien.

—Eso es lo que pasa en este tipo de situaciones.

Su tono fue suave.

—Pero también te digo una cosa, Abril.

—¿Qué?

—No puedes decidir solo desde la culpa.

Tragué saliva.

—Ya.

—Porque entonces te vas a equivocar seguro.

Me quedé callada unos segundos.

—Ojalá estuvieras aquí —murmuré.

—Ojalá mi clínica estuviera allí (Nerea era veterinaria). Te montaba un café en ella y lo arreglábamos todo entre un perro y un gato.

Sonreí un poco.

—Eso suena bastante mejor que esto.

—Desde luego.

Se hizo un pequeño silencio cómodo entre las dos.

—Llámame cuando lo necesites, loquilla —añadió—. A cualquier hora.

—Lo haré.

—Y respira un poco, ¿vale? Que estás en modo huracán portorriqueño.

Solté una risa muy leve.

—Siempre.

—Ya… —murmuró—. Siempre.

Colgué despacio.

Y me quedé sentada en la cama, con el móvil entre las manos, pensando que alguien había puesto palabras a lo que yo no sabía ni cómo empezar a ordenar.

Y a lo que no me sería nada fácil ordenar.

Capítulo 7



El silencio tras la conversación con Nerea me dolió.

Me quedé un rato más sentada en la cama, mirando a ningún sitio, dándole vueltas a lo mismo una y otra vez hasta que la idea dejó de parecerme imposible: tenía que llegar a algún tipo de acuerdo con Liam.

No era lo que quería.

Pero quizás era lo que los niños necesitaban.

Salí de la habitación sin pensarlo demasiado. Si me lo pensaba más, no lo haría.

Liam estaba en el salón.

De pie, revisando unos papeles sobre la mesa baja, con esa postura suya tan controlada que me costaba soportar.

Levantó la vista en cuanto me oyó.

Respiré hondo.

—Tenemos que hablar.

Su gesto no cambió.

—¿Está Lorna… por aquí?

Negué con la cabeza.

—No. Y esta vez no voy a discutir. Así que, contra todo pronóstico, creo que no nos hará falta.

Eso sí le hizo mirarme mejor.

—Te escucho.

Avancé unos pasos, lo justo para no tener que alzar la voz, pero sin invadir su espacio.

—No podemos decidir esto así —empecé—. Ni en dos días. Ni discutiendo como lo estamos haciendo.

No respondió. Pero no apartó la mirada.

—Tú quieres que se queden aquí. Yo quiero llevármelos conmigo. Y ahora mismo tenemos a dos niños que quieren cosas distintas.

Apreté los labios un segundo antes de seguir.

—Y ninguno de los dos está pensando en cómo va a afectarles tomar una decisión precipitada.

Esa palabra le hizo tensarse apenas.

—No estoy siendo precipitado.

—Yo tampoco quiero hacerlo —repliqué—. Pero eso no significa que tengamos razón en exclusiva.

Silencio.

—Entonces —dijo al fin—, ¿qué propones?

—Darnos un tiempo.

Sus ojos no se movieron.

—¿Un tiempo?

—Sí. Un tiempo antes de decidir nada definitivo. Un tiempo durante el cual podamos evaluar cómo marchan los niños, cómo se van haciendo a la nueva situación. Sus padres han muerto. Y eso no es fácil de digerir.

Negó muy levemente.

—Eso no resuelve nada.

—No lo resuelve hoy —respondí—. Pero nos da margen para no equivocarnos.

—¿Y qué implicaría ese tiempo? —preguntó tras unos segundos.

—Quedarme aquí. No me moveré de las Highlands.

La frase salió más firme de lo que esperaba.

—Con ellos.

Su mirada se volvió más intensa.

—¿Y después?

—Después decidiremos, siempre según sus necesidades.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó finalmente.

No lo había pensado. O quizás sí. Pero no lo había dicho en voz alta. Yo era la primera que estaba hecha un tremendo lío con todo lo sucedido, por no hablar de que el dolor por la muerte de mi hermana lo asolaba todo a su paso.

—Unas semanas.

Liam desvió la mirada hacia el ventanal un segundo, como si necesitara apoyarse en algo que no fuera la conversación.

—¿Y durante esas semanas?

—Durante esas semanas no hay decisiones definitivas. Ni traslados. Ni cambios bruscos. Prometo tratar de adaptarme a las circunstancias.

Volvió a mirarme.

—¿Y aceptarías que, durante ese tiempo, su vida siga siendo esta? —añadió—. Colegio, rutinas, entorno… E incluso esta casa para respetar la decisión de Sophie.

—Sí.

—Entonces te quedas —dijo él.

—Entonces me quedo.

Giré sobre mis talones sin darle margen a que la conversación entrase en mayores honduras. Tenía la sensación de que era lo mejor que podía hacer. No me llevaba bien con Liam y el conflicto de intereses entre ambos parecía estar servido así que, llegar a un acuerdo como aquel no era poco.

La casa se quedó en silencio otra vez cuando Sophie y Lucas se durmieron.

Un silencio distinto al de la noche anterior.

Menos hostil.

Menos afilado.

Aun así, yo seguía tensa.

Había sido un día demasiado largo, demasiado intenso, y la sensación de estar pisando un terreno que no era el mío no terminaba de desaparecer. Bajé las escaleras despacio, todavía con el calor del beso que le había dado a Sophie en la frente y con la imagen de Lucas, serio, dándome la espalda al apagar la luz.

Cuando llegué al salón, Liam ya estaba allí.

De pie, junto a la mesa baja, con dos vasos y una botella que no había visto antes. No levantó la vista de inmediato, pero sabía perfectamente que había bajado.

—¿Se han dormido? —me preguntó.

—Sí.

Me acerqué lo justo, manteniendo esa distancia que ninguno de los dos parecía dispuesto a romper del todo.

—Sophie ha caído enseguida.

—Y Lucas habrá tardado más.

—Tenemos que establecer unas normas —carraspeó.

No me salió discutir.

Porque tenía razón.

Y porque, por primera vez, no lo estaba planteando como una imposición.

—Esto no puede ser improvisado —continuó—. Ni para ellos ni para nosotros.

—Estoy de acuerdo. No sé mucho de normas, pero estoy segura de que seré capaz de acatarlas.

Se giró hacia mí entonces.

—Eso está bien porque durante estas semanas necesitamos una rutina clara. Algo estable. No podemos confundir a los niños con instrucciones contradictorias. Eso no haría más que ahogar en un mar de confusiones el dolor que de por sí sienten.

Lo miré con un punto de curiosidad nueva.

—Vale, veo que sé de lo que hablas. Dispara. Pero no lo hagas literalmente, por favor.

Apenas un esbozo de sonrisa apareció ante mi broma.

—Por las mañanas, uno de los dos los lleva al colegio y el otro se encarga de recogerlos al término de las clases. ¿Conduces?

—Sí, sí. Aunque tendrás que fiarte de mí para conducir uno de tus coches.

—Eso no me supone ningún problema. Lo material no me obsesiona.

—Oye, que tampoco pensaba empotrarlo, un poquito de por favor. Ok, ok, que estás hablando en serio. Pues sigue….

—Mañana los llevo yo —añadió—. Y tú puedes recogerlos.

Me pareció justo.

—Perfecto.

Se inclinó ligeramente sobre la mesa y apoyó las manos en la superficie, pensativo.

—Las comidas… —empezó.

—Caseras y, a poder ser, escogidas equilibradamente. Ya veo por dónde vas —completé yo.

Levantó la vista.

—Lo has pillado.

—Y todos juntos —añadí.

Su gesto se relajó un poco.

—Perfecto. El desayuno será más complicado porque a esa hora suelo estar despachando asuntos normalmente —matizó—. Pero almuerzo y cena, sí.

—Vale.

Anoté mentalmente cada punto.

—Nada de desaparecer sin avisar —añadió él—. Ni cambios de planes a última hora que afecten a la rutina de los niños.

Lo miré de lado.

—Eso iba por mí, ¿no?

No contestó. Pero no discutí.

—Los fines de semana —continuó—. Hay que organizarlos.

—¿En qué sentido?

—En que no pueden quedarse aquí encerrados ni tampoco ir cada uno por su lado. Es importante que se siga una rutina familiar.

—De los cuatro —añadí—. Podemos planear cosas. Excursiones, paseos… actividades divertidas. En eso soy buena. Por mucha información en contra que haya llegado a tus oídos no soy ninguna calamidad. Al menos no en todo —le aseguré.

—Hay un cine en el pueblo —dijo él obviando mi comentario—. No es gran cosa, pero a Sophie le gusta.

—¿Y a Lucas?

—A Lucas no le apasiona.

—Pues habrá que equilibrar.

Me sorprendí a mí misma diciendo eso. Ajustar y pensar en conjunto no era mi especialidad y, sin embargo, estaba segura de que haría lo que hiciese falta por mis sobrinos.

—¿Qué más? —le pregunté.

Liam se quedó pensativo un segundo.

—Disciplina —dijo al final—. No podemos contradecirnos delante de ellos. Eso es clave.

—Depende.

—No —cortó—. Si uno toma una decisión, el otro no la cuestiona delante de los niños. En eso no estoy dispuesto a ceder.

Lo miré, valorando.

—¿Y si no estoy de acuerdo en lo que decides?

—Se habla después. En privado y entre nosotros. A ellos no les afectarán nuestras polémicas. Y nada de utilizar a los niños para… —hizo un gesto vago con la mano— reforzar posturas.

—Eso iba a decirlo yo.

Su mirada se cruzó con la mía un segundo más de lo habitual.

—Bien.

—Otra cosa —añadí—. Necesitan estabilidad emocional.

—Lo sé.

—No solo rutinas. Hablar con ellos. Escucharles.

—Lo hago.

—Ya —murmuré—. Pero ahora también lo haré yo.

—Y lo haremos juntos cuando sea necesario.

Terminamos de intercambiar impresiones con una copa en la mano. Finalmente, le di las gracias.

Liam frunció el ceño.

—¿Por qué?

Me encogí ligeramente de hombros.

—Por esto. Por dejar que me quede en tu casa.

No respondió de inmediato.

—No es por ti —dijo al final—. Es por ellos.

Asentí.

—Lo sé.

Pero aun así…

Importaba.

Capítulo 8



El colegio de Lucas y Sophie no parecía un colegio.

Parecía otra cosa.

Algo entre una postal carísima y un club privado donde, en lugar de whisky, servían exámenes y modales impecables.

Lo descubrí el primer día que los recogí y lo tuve claro aquel fin de semana, en el que acudimos todos juntos. El coche tomó la última curva y el edificio apareció entre los árboles, perfecto, simétrico, levantado en piedra clara y ventanales enormes que reflejaban un cielo limpio de esos que duran poco en Escocia y, precisamente por eso, parecen más importantes.

Bajé un poco la ventanilla.

—Madre mía… No me acostumbro a esto —murmuré.

—Pues espera a entrar —dijo Sophie desde atrás—. Huele a madera y a ambiente elitista.

Sonreí.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Aburrido.

Liam no dijo nada, pero noté ese gesto mínimo suyo, casi imperceptible, que ya empezaba a identificar. No era una sonrisa. Pero se acercaba.

Entramos.

Vestíbulo enorme. Escaleras de piedra. Cuadros antiguos. Uniformes impecables. Padres… bueno, padres y madres que parecían sacados de una revista. Todo demasiado ordenado, demasiado pulido.

—Esto no es un colegio —le comenté a Liam al oído—. Es un casting para aristócratas.

—No exageres.

—Estoy siendo prudente, te lo prometo.

Lucas se había apartado de nosotros.

Se había quedado clavado en la entrada del salón principal, donde habían montado varias mesas con tableros. Un cartel discreto, elegante, anunciaba lo evidente:

Torneo de ajedrez.

Sophie hizo un gesto de tragedia absoluta.

—No. Otra vez no.

La miré, divertida.

—¿Otra vez qué?

—El ajedrez. Es horrible. Nadie habla, todos piensan y Lucas pone esa cara.

—¿Qué cara?

—Cara de señor pequeño que quiere conquistar el mundo. No tengo claro que sea mi hermano de verdad.

Allí estaba él… concentrado. Fijo. Metido en algo que le importaba de verdad. No estaba enfadado. No estaba a la defensiva. Estaba… presente.

—No tenía ni idea de que le importase tanto —comenté.

—No solo le gusta —dijo Liam a mi lado—. Es muy bueno.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Ah, sí?

—Ganó el torneo interno el trimestre pasado.

—Kieran le enseñó —continuó.

—¿Y ahora?

—Empecé a jugar con él yo. Nos has visto alguna tarde.

Volví a mirar a Lucas, que ahora estaba hablando con un profesor, señalando piezas con una seguridad que no había visto en él en ningún otro momento.

Sophie soltó un suspiro más grande que ella.

—Es aburridísimo. Mueven una cosa. Piensan. Mueven otra. Piensan más. Y yo me muero.

Se me escapó una risa.

A Liam también. Muy leve. Pero lo hizo.

Lucas se acercó entonces.

—Empieza en diez minutos la ronda de práctica.

—Ya lo sabemos —dijo Sophie—. Llevas diciendo eso días. Menudo rollo.

La ignoró.

Miró a Liam.

—¿Podemos revisar la siciliana?

—Cinco minutos —respondió Liam—. No más.

Lucas asintió. Se fueron hacia una mesa. Yo me quedé quieta, observándolos. Porque la realidad era que no solo jugaban, sino que se entretenían.

Movían piezas rápido, hablaban bajo, se corregían. Lucas escuchaba. Liam también. No era una clase. Era otra cosa. Una especie de lenguaje compartido. Las pequeñas rutinas que construyen algo sin que te des cuenta.

Un profesor llamó a los participantes.

Lucas se levantó.

Antes de irse, Liam le dijo:

—No quieras ganar demasiado rápido.

—Ya lo sé.

—Y no te precipites.

Lucas asintió.

—Está nervioso —le comenté cuando se unió a Sophie y a mí.

—Mucho —contestó.

—Y quiere ganar.

—No sabes cuánto.

Sophie levantó la mano.

—Yo ganaría si el premio fuera hablar.

—Seguro —le dije.

Se apoyó en mí con dramatismo.

—Luego hacemos algo divertido o me dará algo…

Ese silencio raro del ajedrez. Todo quieto por fuera. Todo moviéndose por dentro.

Lucas se sentó. Parecía un adulto. Recto, serio y con la mirada fija.

Sophie prosiguió con su discurso:

—Si hay ajedrez, exijo azúcar.

—Negociaremos —le dijo Liam.

Y, mientras miraba a Lucas concentrado, a Liam observándolo y a Sophie apoyada en mí protestando por todo…

tuve una sensación rara.

.Quizás quedarme no había sido solo una concesión.

Quizás era la única forma de empezar a entender de verdad dónde estaba cada uno.

Incluida yo.

A Lucas le fue muy bien, aunque Liam me explicó que con sus compañeros controlaba, y que ese torneo no era el importante, sino el que se celebraría el siguiente fin de semana contra chicos de otro colegio rival.

Desde que llegamos, Lucas no soltó el tablero. Se fue directo al salón, donde ya había preparado la mesa como si se tratara de algo importante. Muy importante.

Liam no tardó en unirse porque Lucas insistía en que el tiempo apremiaba y en la necesidad de practicar.

Se sentaron frente a frente. Sin ruido. Sin distracciones. Sophie y yo nos quedamos al otro lado del salón, ella con un libro abierto que no estaba leyendo y yo observando sin querer interrumpir, pero sin poder dejar de hacerlo.

—Esto es insufrible —murmuró Sophie, apoyando la cabeza en mi brazo—. Se van a llevar así toda la vida.

Sonreí, pero sin apartar la vista.

Lucas no jugaba.

Lucas luchaba.

Lo vi en su postura, en la forma en que se inclinaba ligeramente hacia el tablero, en cómo fruncía el ceño cuando algo no le encajaba y en cómo respiraba más despacio antes de cada movimiento. Había tensión. Mucha. Pero no era frustración. Era otra cosa.

Necesidad.

—Está muy metido —dije en voz baja.

—Está obsesionado —corrigió Sophie.

—Lucas —le llamé cuando hizo una pausa.

No levantó la vista.

—¿Sí?

—Cariño, relájate un poco. Es un juego.

El movimiento que estaba a punto de hacer se quedó en el aire.

Lentamente, levantó la cabeza.

Y lo que vi en sus ojos no me gustó nada.

—No es un juego.

El tono fue seco. Mi observación no debió hacerle ni chispa de gracia.

—Claro que lo es —respondí con suavidad—. Lo importante es participar, pasarlo bien…

—¡No entiendes nada!

Me lo dijo casi gritando.

Yo me quedé helada.

Y Lucas… Lucas volvió a bajar la vista al tablero como si no hubiera pasado nada.

Como si lo normal fuera hablar así. Liam no tardó en recriminarle su actitud. Y yo… tuve la necesidad de salir corriendo del salón.

Me quedé en el pasillo, apoyada en la pared, con las manos temblándome ligeramente y una sensación horrible abriéndose paso dentro de mí.

Noté que se me llenaban los ojos y me obligué a respirar despacio. No quería llorar por eso. No quería que Lucas me viera así. No quería darle más motivos para pensar que no encajaba en su mundo.

Pero aun así…

Se me escapó una lágrima.

Y luego otra.

Me las limpié rápido, enfadada conmigo misma.

—Joder…

Pasaron unos minutos.

No sé cuántos.

Los suficientes para recomponerme un poco.

Cuando volví al salón, Sophie ya no estaba y Lucas tampoco. Solo quedaba el tablero a medio montar.

—¿Lucas? —pregunté en voz baja.

—Arriba —respondió Liam desde el fondo.

No lo había visto.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, mirándome.

No dijo nada sobre mis ojos.

Pero lo había visto.

Claro que lo había visto.

—Está en su habitación —añadió.

Era su manera de indicarme que creía que debía ir a hablar con él. Liam no solía darme demasiadas explicaciones de nada, pero había algo en el lenguaje que ambos estábamos comenzando a utilizar con el otro que se me hacía familiar.

Asentí.

Y subí.

Llamé con suavidad.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Entré despacio.

Lucas estaba en la cama, con un pequeño tablero portátil abierto sobre las piernas. Seguía jugando. Solo.

Me acerqué un poco.

—Oye…

No levantó la vista.

—No quería gritarte.

La frase me pilló desprevenida. Fue su forma de excusarse.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Ahora sí me miró.

—Pero es que no entiendes. Tú nunca entiendes nada.

Noté un cierto temblor. En algunos momentos pensaba que no estaba preparada para tanta responsabilidad, si bien no me quedaba otra. No pensaba fallarle a la memoria de mi hermana Carla. No pensaba darle el gusto a Liam de demostrarle que no valía para cuidar a mis sobrinos.

—Entonces explícamelo.

Dudó un segundo.

Y luego bajó la mirada.

—Le prometí a papá que ganaría.

El mundo se me paró.

—¿Qué?

—El torneo. El torneo final.

Su voz bajó.

—Antes de que… —no terminó la frase—. Le dije que iba a ganarlo.

Sentí algo romperse dentro de mí.

—Lucas…

—Y no voy a perder.

La forma en la que lo dijo no era infantil. Más bien sonó firme, dolorosa y, por su parte, diría que hasta necesaria.

—No es solo un juego —añadió—. Es importante. Para mí lo es… Aunque tú no lo entiendas, como pareces no entender nada.

Me senté en el borde de la cama.

—No lo sabía. Tendrás que perdonarme.

Soltó una risa pequeña. No había ninguna gracia en ella.

—Normal.

Me dolió más que el grito.

—No sabes nada de nosotros. No sabes más que las cuatro tonterías que pudieras hablar con mamá a través del teléfono.

Ahí sí que no pude sostenerle la mirada.

—Lo siento…

Lucas no respondió.

Volvió al tablero.

Y yo me quedé un segundo más, sintiendo que no había nada que pudiera decir que arreglara aquello.

Me incliné y le besé la cabeza.

Esta vez no se apartó.

Pero tampoco reaccionó.

—Buenas noches, campeón.

No contestó.

Salí de la habitación con el pecho encogido.

Y esta vez sí. Mi llanto fue silencioso.

Apoyada en la pared del pasillo, con esa sensación de haber llegado tarde a algo que ya no tenía solución fácil.

—Abril.

La voz de Liam.

Levanté la cabeza.

Estaba a unos pasos de mí.

No se acercó demasiado.

—Ven.

No pregunté.

Bajé con él al salón. Había estado pendiente de mi reacción, en el silencio. Me sirvió una copa.

—Te vendrá bien.

La miré.

Luego lo miré a él.

—En realidad necesitaría una botella.

—Empieza por esto.

Acepté la copa.

El alcohol me quemó lo justo para hacerme sentir algo distinto al nudo constante que llevaba todo el día dentro.

—No sabía lo del torneo —le confesé.

—Claro que no. Sé que no has pretendido ofenderle.

No había reproche en su voz.

Solo una constatación.

Y eso lo agradecí.

Porque, para mí, igual que para el resto, nada de aquello estaba siendo fácil.

—Está muy implicado —añadí.

—Le prometió a su padre que ganaría.

—Lo sé, me lo acaba de contar.

—No eres su enemiga, Abril —dijo al final.

—Ahora mismo no lo parece.

—Está enfadado.

—Con razón.

—Está herido.

Liam pareció entenderme.

Y eso, de alguna forma, me sostuvo un poco más de lo que esperaba.

Capítulo 9



El día del torneo llegó con una tensión rara en el ambiente.

No era evidente. No había nervios aparentes ni prisas desordenadas. Pero se notaba. En la forma en la que Lucas desayunó casi en silencio. En cómo revisó dos veces su mochila aunque no necesitara nada. En el gesto concentrado que no abandonó en ningún momento, ni siquiera cuando Sophie protestó por quinta vez porque, según ella, nadie debería madrugar para ver "cómo se mueven muñequitos en silencio".

Llegamos al colegio y todo estaba ya en marcha. Más gente que otros días, más movimiento, pero también ese silencio extraño que solo se da cuando muchas personas están pendientes de lo mismo. La rivalidad con los chicos del otro centro se dejaba notar… sobre todo en mi sobrino.

Se dirigió directamente a las mesas, como si todo lo demás hubiera dejado de existir.

Liam se acercó un poco antes de que empezara la primera ronda.

—Juega como sabes, campeón —le animó en tono paternal.

Yo me quedé un poco atrás, con Sophie apoyada en mí.

—Voy a morir aquí —murmuró—. Lo digo en serio.

Sonreí.

—Te invito a hamburguesa después.

—Acepto.

La primera partida fue rápida.

Lucas ganó.

La segunda también.

La tercera le costó más, pero la sacó adelante con una calma que me sorprendió. No celebraba. No sonreía. Solo asentía levemente y volvía a centrarse.

Cuando anunciaron la final, el ambiente cambió.

Menos ruido.

Más atención.

Más miradas.

Lucas se sentó frente al otro niño.

Lo intuí enseguida. Algo no iba a salir bien. El otro chico era bastante mayor que él. Y parecía más seguro.

Y con esa sonrisa ladeada que no me gustó ni un poco.

Pedante.

De esos que necesitan que el resto sepa que son buenos.

Lucas no reaccionó a eso.

Durante los primeros movimientos, ninguno falló. Movían piezas con precisión, con una concentración tan intensa que parecía que todo el salón se hubiera reducido a ese tablero. Yo no entendía la partida, pero sí entendía lo que pasaba dentro de él.

Cada gesto era más contenido.

Cada decisión más medida.

Cada segundo más importante.

Y entonces ocurrió.

Un cambio mínimo.

Una duda.

Un instante de más.

Lucas se quedó un segundo más de lo habitual mirando el tablero.

El otro niño también.

Y sonrió.

A partir de ahí, todo fue lento.

Demasiado lento.

Lucas aguantó.

Se recompuso.

Intentó recuperar.

Pero el error ya estaba cometido.

Dos movimientos después, terminó.

—Jaque mate.

Lucas no se movió.

Se quedó mirando el tablero.

Inmóvil.

Y durante un segundo tuve la sensación de que estaba intentando rehacerlo todo en su cabeza, encontrar una salida, una forma de que no hubiera pasado.

Pero no la había.

De pronto, se levantó.

De golpe.

La silla se arrastró con un ruido brusco.

Y sin decir nada, barrió el tablero con el brazo.

Las piezas cayeron al suelo.

Rodaron.

Se dispersaron.

Y él salió corriendo.

Me quedé completamente quieta.

Sin reaccionar.

Sin saber qué hacer.

Liam no.

Salió detrás de él en el mismo instante.

Yo me quedé allí, con Sophie agarrada a mi mano, viendo cómo el resto del mundo retomaba su ritmo poco a poco, como si aquello no fuera más que un incidente dentro de algo más grande.

Pero para Lucas no lo era.

Y para mí tampoco.

Cuando volvieron, unos minutos después, Lucas tenía los ojos rojos.

—¿Nos vamos? —preguntó Liam.

Asentí.

Fuera, el aire frío me despejó un poco.

Caminamos en silencio hasta el coche.

Hasta que no pude más.

—Vamos a comer fuera. Se lo prometí a Sophie.

Lucas ni reaccionó.

—No tengo hambre.

—Yo sí —dijo Sophie—. Y también tengo derecho a divertirme.

Respiré hondo.

—Hamburguesas.

Lucas levantó la vista.

Solo un segundo.

Pero fue suficiente.

—¿De verdad?

—De verdad.

Dudó.

Se le notaba.

Y luego asintió.

—Está bien.

El sitio era pequeño. Y el olor no dejaba margen a la duda: la carne debía ser exquisita.

Sophie pidió media carta.

Lucas tardó más.

Pero pidió.

Y terminó por comer.

Al principio en silencio.

Luego un poco más suelto.

Sin hablar del torneo.

Sin que nadie se lo sacara.

Y eso fue lo mejor.

Porque poco a poco, entre el ruido de fondo, el olor a comida caliente y la insistencia constante de Sophie contando cualquier cosa, algo en él empezó a aflojarse.

Salimos del sitio de hamburguesas con ese punto raro en el cuerpo en el que no todo está bien… pero tampoco está tan mal.

Lucas ya no tenía la mirada clavada en ningún sitio.

No hablaba mucho, pero respiraba distinto.

Sophie iba delante, saltando entre las baldosas como si hubiera olvidado por completo que el mundo se había roto hacía apenas unos días.

Y eso, por extraño que pareciera, era bueno.

—¿Ahora qué? —preguntó, girándose de golpe hacia nosotros.

—Ahora paseo —dijo Liam.

—Aburrido.

Me reí.

—Tiene razón.

Liam me miró de lado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Necesitamos algo… —hice un gesto ligero— menos solemne.

Sophie levantó las manos.

—¡Eso!

Lucas nos miró entonces, con una mezcla de cansancio y curiosidad.

—¿Como qué?

Pensé un segundo.

Y lo vi.

Un cartel al otro lado de la calle.

Pequeño.

De esos sitios que parecen poca cosa… hasta que entras.

—Como eso.

Señalé.

Un local con luces de colores y un letrero algo desgastado que anunciaba: *Game Zone*.

Sophie gritó.

—¡SÍ!

Lucas no gritó.

Pero dio un paso hacia delante.

Y eso ya era suficiente.

Liam suspiró.

El sitio era justo lo que necesitábamos.

Nada elegante.

Nada perfecto.

Ruido, luces, máquinas, colores, gente riendo demasiado alto y niños corriendo de un lado a otro. Había mesas de dardos con dianas gigantes, canastas de baloncesto, máquinas de aire, juegos de puntería… y un caos agradable que rompía por completo la tensión que llevábamos encima desde hacía días.

Sophie salió disparada.

—¡Quiero ese!

—Primero organizamos —dije.

Liam me miró con escepticismo.

—¿Organizamos?

—Sí.

Me giré hacia los niños.

—Equipos.

Lucas levantó una ceja.

—¿Equipos?

—Sí. Competición.

Sophie dio un salto.

—¡Sí!

—Vale —dije—. Dos equipos. Y vamos sumando puntos.

—¿Quién gana? —preguntó Lucas.

Sonreí.

—El que tenga más puntos al final.

—Obvio —murmuró.

Me crucé de brazos.

—¿Te apuntas o no?

Dudó.

Un segundo.

Y luego asintió.

—Vale.

—Perfecto. Sophie conmigo.

—¡Sí!

—Lucas con Liam.

Sophie hizo un gesto de celebración.

—Vamos a ganar.

Lucas miró a Liam.

—No.

Y ahí.

Ahí empezó todo.

La primera prueba fueron los dardos.

Pero no unos normales.

Una diana enorme con velcro y pelotas blandas que había que lanzar desde cierta distancia.

Sophie lanzó la primera.

Falló.

—Vale, calentamiento.

Lucas lanzó después.

Dio en el centro.

Sin esfuerzo.

—Uno a cero —dijo, seco.

—No vale, él juega mejor —protestó Sophie.

—Entonces lanza mejor —respondió él.

—Lucas… —intervine.

Pero no hizo falta.

Sophie sacó la lengua.

Y volvió a lanzar.

Esta vez acertó.

—¡Toma!

Reí.

Y lancé yo.

—Empate.

Liam lanzó después.

Falló.

Lo miré.

—¿En serio?

—Estoy midiendo.

—Claro.

Seguimos entre risas, comentarios y provocaciones.

Y, sin darme cuenta, algo empezó a cambiar.

Pasamos al baloncesto.

Dos máquinas.

Dos canastas.

Tiempo limitado.

—Aquí ganamos —dijo Lucas.

—Eso lo veremos —respondí.

Sophie no metía ni una.

Pero se reía tanto que daba igual.

Yo metía algunas.

Lucas muchas.

Liam… sorprendentemente bien.

—¿Desde cuándo haces esto? —le pregunté.

—Desde que tú no miras.

—Gracioso.

El marcador pitó.

Ganaron ellos.

—Dos a uno —dijo Lucas.

Pero esta vez…

Había una sonrisa. Con eso me conformaba. Apenas le había visto sonreír desde mi llegada y para mí suponía el mayor de los premios.

Más juegos.

Más puntos.

Más ruido.

Y, poco a poco, sin que nadie lo dijera en voz alta, sin que nadie lo señalara, sin que ninguno lo forzara…

La tarde dejó de pesar.

Dejó de doler tanto.

Dejó de girar alrededor de lo que faltaba.

Y empezó a llenarse de lo que había.

En uno de los juegos finales, una especie de hockey de aire, Sophie y yo nos enfrentamos a Lucas y Liam.

—Esta es la definitiva —les reté.

—Vamos a ganar —respondió Lucas.

—Soñando.

El disco empezó a moverse.

—¡Para! —gritó Sophie a su hermano cuando le pareció que nos podrían ganar—. ¡Eso no vale!

—Vale todo —respondió Lucas.

—¡Tramposo!

—Pierdes.

—¡No!

El marcador subía.

Empate.

Último punto.

Silencio.

Un segundo.

Golpe.

Gol.

Silencio.

Y luego…

—¡HEMOS GANADO!

Sophie saltó sobre mí.

Yo me reí.

Lucas resopló.

Pero no se enfadó.

Liam negó con la cabeza.

—Ha sido suerte.

—Ha sido talento —le respondí.

Y, mientras salíamos del local, con Sophie hablando sin parar, Lucas caminando más cerca de nosotros que antes y Liam en silencio a mi lado…

me di cuenta de algo.

Aquello.

Eso.

Era lo que estaba en juego.

No solo dónde vivirían.

Sino con quién.

Y cómo.

Capítulo 10



La idea de la película no surgió como algo especial, ni siquiera como un plan pensado. Fue más bien una consecuencia natural del día. Llegamos a casa con ese cansancio bueno que se instala en el cuerpo después de reírse mucho, de moverse, de olvidarse durante unas horas de todo lo demás. Nada que ver con el agotamiento de días anteriores, ese que venía cargado de tensión y pensamientos que no daban tregua.

La casa estaba tranquila. Moira había dejado la cena preparada y el olor a comida caliente llenaba la cocina, envolviéndolo todo en una sensación de hogar que, poco a poco, empezaba a resultarme menos ajena. Sophie fue la primera en dejarse caer en la silla, como si ya no pudiera más.

—Estoy agotada —dijo, arrastrando las palabras y apoyando la cabeza sobre la mesa.

—Eso te pasa por no parar ni un segundo —le respondí mientras me colocaba frente a ella.

—He dado todo de mí —añadió con dramatismo—. Soy una persona muy comprometida con la diversión.

Lucas soltó un leve resoplido, pero sin mala intención. Se sentó junto a Liam, sirviéndose agua con un gesto más relajado que en días anteriores. No estaba a la defensiva. No estaba cerrado. Simplemente estaba allí, compartiendo el momento sin esa rigidez constante que me había dolido tanto al principio.

Liam se movía con naturalidad por el salón, terminando de colocar lo que faltaba sin necesidad de decir nada. Había algo en su forma de actuar que imponía orden sin resultar pesado, algo que empezaba a comprender aunque todavía no lo admitiera en voz alta.

La cena transcurrió tranquila. Sophie hablando sin parar, Lucas interviniendo de vez en cuando, Liam escuchando más que participando, y yo intentando mantener ese equilibrio frágil que habíamos conseguido.

Fue entonces cuando Sophie levantó la cabeza de golpe, como quien acaba de recordar algo importantísimo.

—¿Podemos ver una peli después? Es sábado.

Lo dijo con esa seguridad suya que convertía cualquier petición en algo casi obligatorio. Miré a Liam por instinto, pero él ya la estaba mirando a ella.

—¿Una película? —repitió.

—Sí. Y nada de cosas tristes —añadió rápidamente—. Tiene que ser divertida.

—Estoy de acuerdo con esa parte —intervine, apoyándome en el respaldo de la silla.

Lucas no dijo nada, pero se quedó atento, dando a entender que la decisión le importaba más de lo que quería demostrar.

Liam dudó un segundo, lo justo para valorar la situación, y finalmente asintió.

—De acuerdo. Pero no muy tarde.

La reacción de Sophie fue inmediata. Levantó los brazos, celebrándolo, y Lucas negó con la cabeza, aunque esta vez había algo distinto en su gesto. Más ligero.

Cuando terminamos de cenar, los dos desaparecieron hacia la zona de la tele para elegir la película. Se oían sus voces discutiendo, negociando. Aquello parecía una decisión crucial. Yo me quedé unos segundos más en el comedor, recogiendo sin necesidad real, solo para tomar aire.

—No ha ido mal —dijo Liam a mi lado.

Me giré hacia él, sorprendiéndome de lo fácil que resultaba, de pronto, coincidir en algo.

—No. Ha ido bastante bien.

La zona de la tele ya estaba preparada cuando entramos. Sophie había ocupado el centro del sofá, dando a entender que era su lugar natural, y Lucas se había sentado a un lado, dejando espacio sin invadir, pero tampoco alejándose. Había mantas, la luz más baja y ese ambiente que invitaba a quedarse.

Nos acomodamos. Yo en un extremo, Liam en el otro, los niños entre los dos.

La película empezó entre comentarios constantes de Sophie, interrupciones de Lucas y alguna intervención puntual de Liam. Yo me reía más de ellos que de la película, observando cómo, sin darse cuenta, estaban funcionando como algo parecido a una familia.

Poco a poco, el ritmo bajó. Las voces se fueron apagando. El cansancio empezó a notarse. Sophie fue la primera en rendirse. Sin avisar, apoyó la cabeza en mi hombro y dejó de hablar. Noté su peso, su respiración haciéndose más lenta, y al mirarla confirmé que se había quedado dormida.

Sonreí sin poder evitarlo.

Lucas aguantó más tiempo, pero también terminó cediendo. Dejó de comentar, se movió ligeramente hacia el lado de Liam y acabó apoyando la cabeza contra él, sin hacer ruido.

Liam no reaccionó de forma evidente. Solo bajó un instante la mirada hacia el niño y después volvió a la pantalla, manteniéndose completamente quieto.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de la situación. No podíamos movernos.

Giré la cabeza hacia él.

—Estamos atrapados —murmuré.

Él me miró y, por primera vez, sonrió de verdad.

—Eso parece.

Miré a Sophie, completamente dormida sobre mí, y luego a Lucas, apoyado sobre él.

—¿Cuánto tiempo crees que…?

—El necesario —respondió con calma.

Suspiré, acomodándome como pude sin despertarla.

—Perfecto.

—Podría ser peor —añadió.

Lo miré con incredulidad.

—¿Ah, sí?

—Podrían estar despiertos.

Se me escapó una risa baja, contenida, pero sincera.

Nos quedamos así durante un buen rato, sin movernos, con la película de fondo que ya ninguno estaba viendo. El peso de los niños, el calor de la manta, el silencio tranquilo… todo tenía algo distinto. No había tensión. No había reproches. Solo ese momento suspendido que ninguno quería romper antes de tiempo.

Cuando la película terminó y la pantalla quedó en negro, el silencio se hizo más evidente.

—Tenemos que subirlos —comenté en voz baja.

Pero ninguno se movió de inmediato.

—A la de tres —propuse.

—A la de tres.

Nos levantamos con cuidado, cada uno con su carga. Sophie se removió un poco, pero no llegó a despertarse. La cogí en brazos, notando lo ligera que era, lo fácil que resultaba protegerla en ese gesto tan simple.

Liam hizo lo mismo con Lucas, con esa firmeza tranquila que lo caracterizaba.

Subimos las escaleras en silencio. Primero dejé a Sophie en la cama, arropándola con cuidado, apartándole el pelo de la cara antes de apagar la luz. Después Liam hizo lo mismo con Lucas, que ni siquiera abrió los ojos.

Salimos de las habitaciones casi al mismo tiempo.

Nos quedamos un instante en el pasillo, sin hablar.

—Ha sido buena idea —dije finalmente.

Liam asintió.

—Sí.

Y esta vez, no había nada que discutir.

Capítulo 11



Me despertaron antes de tiempo.

No fue un ruido fuerte. Tampoco una pesadilla ni uno de esos sobresaltos desagradables que te arrancan del sueño con el corazón desbocado. Fue mucho peor y, a la vez, bastante más entrañable: una conspiración infantil en voz baja que pretendía ser sigilosa y que no lo era en absoluto.

—Está dormida.

—No, ha movido la cara.

—Eso no significa nada.

—Sí significa.

Abrí un ojo.

Sophie y Lucas estaban al pie de la cama, ya vestidos, peinados a medias y con esa expresión de urgencia que solo tienen los niños cuando creen que una idea suya merece atención inmediata del resto del mundo.

—Buenos días —murmuré, incorporándome un poco.

Sophie sonrió con todo el cuerpo.

—Queremos tortitas.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Tortitas —repitió, más despacio, por si el problema fuera de comprensión y no de cordura—. Es domingo.

Lucas cruzó los brazos.

—En realidad, la propuesta original fue mía.

—Mentira —soltó Sophie—. Tú querías tostadas.

—Porque era más probable.

Los miré a los dos, todavía medio dormida, y terminé riéndome.

—Vale. Dadme un minuto para recordar en qué país estoy y luego hablamos de las tortitas.

Sophie se acercó más.

—Moira no está.

Eso sí me despertó del todo.

—Ay, Dios…

—Dios no tiene nada que ver en esto. Es su día libre —respondió Lucas, con su tono de adulto diminuto—. Todo el servicio tiene el día libre.

Me dejé caer otra vez contra el cabecero. Maravilloso.

Bajé veinte minutos después, todavía recogiéndome el pelo con una goma que encontré de milagro en el bolsillo del pantalón. La casa estaba más silenciosa de lo habitual, pero no vacía. Olía a café. Y eso solo podía significar una cosa.

Liam ya estaba despierto.

Lo encontré en la cocina, apoyado sobre la encimera con una taza en la mano y una expresión de serenidad llamativa. Llevaba un jersey oscuro y ese aire de hombre que parecía haber nacido sabiendo exactamente qué hacer en cualquier situación.

Los niños se sentaron en la mesa, expectantes.

—Quieren tortitas —le dije.

—Ya me he enterado.

—¿Y?

Liam bebió un sorbo de café.

—Y supongo que habrá que hacer tortitas.

Lo miré con atención.

—¿Tú sabes hacer tortitas?

Su gesto no cambió.

—Claro.

Mentía fatal. No en la cara, porque en la cara apenas se le movía un músculo, sino en la voz. Le salió demasiado rápida la respuesta.

Sophie, sin embargo, quedó encantada.

—¡Genial!

Decidí no quedarme atrás.

—Yo también sé hacerlas.

Lucas me miró con una ceja ligeramente arqueada, exactamente igual que hacía Liam a veces, y eso me molestó un poco más de lo razonable.

—¿Seguro? —preguntó.

—Segurísimo —mentí con la misma dignidad que pude reunir.

La realidad era otra. Había comido tortitas muy buenas en muchísimos sitios. Había subido *stories* monísimas de desayunos con sirope, fruta y platos colocados con más intención que comida. Incluso podía hablar durante diez minutos seguidos sobre las mejores cafeterías para *brunch* de medio planeta. Pero hacerlas yo… lo que se dice hacerlas yo… no era precisamente una habilidad cultivada.

Aun así, yo misma había caído en mi propia trampa.

—Muy bien —dijo Liam, dejando la taza sobre la encimera—. Nos organizamos.

Los niños se removieron en sus sillas, con el signo de interrogación en los ojos.

Liam abrió un armario. Yo otro. Él buscó harina. Yo terminé con cacao en polvo y un colador en la mano. Nos cruzamos una mirada.

Cinco minutos después, la cocina parecía un campo de batalla. Harina sobre la encimera. Un huevo roto de forma dudosa. Un bol demasiado pequeño. Una botella de leche abierta y el paquete del azúcar a un lado, como si todos los ingredientes hubieran llegado por su cuenta y nadie tuviera un plan claro para utilizarlos.

—Creo que necesitamos una receta —murmuré.

—Eso sería razonable —admitió Liam.

—Y ya que estamos fingiendo competencia, quizás deberíamos fingirla mejor.

Por primera vez esa mañana sonrió de verdad. Fue breve, pero completamente real.

—Busca en internet.

Lo hice. Apoyé el móvil contra la cafetera y leí en voz alta con toda la solemnidad del mundo.

—Harina, leche, huevo, levadura, azúcar y mantequilla.

—Perfecto —dijo Liam, aunque sonó a cualquier cosa menos a perfecto.

Empezamos.

Yo medía. Él mezclaba. O eso intentábamos. La primera masa quedó demasiado líquida. La segunda, demasiado espesa. La tercera tenía mejor aspecto, pero él añadió sal en vez de azúcar y Lucas fue el primero en detectarlo por la cara de horror que se me quedó al probar una gota con el dedo.

—Eso está mal —dictaminó.

—Gracias por tu valiosa aportación —murmuré.

Sophie ya se estaba partiendo de risa.

—Sois malísimos.

—Todavía no hemos cocinado nada —protesté.

—Precisamente.

Liam encendió la sartén con gesto de concentración. Echó mantequilla. Yo vertí un poco de masa. Demasiada. La tortita se expandió hasta bordes sospechosos y empezó a tostarse de una manera muy poco uniforme. Cuando intentó darle la vuelta, se dobló sobre sí misma, se rompió por el centro y quedó convertida en una especie de masa pálida y chamuscada que no habría pasado el control de calidad en ningún lugar del planeta.

Sophie soltó una carcajada.

Lucas, más digno, se limitó a taparse la boca, pero también estaba riéndose.

—No pasa nada —dije—. Era de prueba.

La segunda fue peor.

La tercera directamente se pegó.

La cuarta salió entera, sí, pero con un color extraño y una textura que recordaba más a una suela de zapato dulce que a una tortita. Liam la observó en silencio, tenedor en mano, con una seriedad tan absurda que me eché a reír.

—No te rías —exigió.

—Perdón, pero tienes cara de estar negociando un tratado internacional con ese engendro.

Él me miró.

—Tú has echado la masa.

—Tú la has cagado con la sartén.

—La sartén estaba en perfecto estado hasta que tú interviniste.

—Claro. Todo es culpa mía.

—En este caso, bastante.

Los niños ya se habían rendido del todo. Sophie tenía la cara enterrada en los brazos sobre la mesa, riéndose a mandíbula batiente, y hasta Lucas había perdido esa compostura suya de miniabogado escocés.

—Dejadme —dijo al final, levantándose.

Lo miré.

—¿Perdón?

—Que me dejes —me pidió con una seguridad aplastante.

Liam frunció el ceño.

Hubo un segundo de silencio.

Y luego Sophie también se bajó de la silla.

—Yo también me uno a mi hermano.

—No, tú no —dijo él.

—Sí, yo sí. Tú mezclas fatal.

—Y tú hablas demasiado.

—Y tú eres un mandón.

—Y tú eres un desastre.

—¡Como la tía Abril!

—Gracias, Sophie —murmuré.

Liam apartó la sartén y cedió el sitio con una calma que ya no era autoridad, sino curiosidad auténtica. Lucas cogió el bol, añadió leche, removió con más soltura de la que esperaba y corrigió la textura con una naturalidad pasmosa. Sophie se encargó del azúcar, con supervisión discutible y entusiasmo inagotable. Entre los dos, entre pullas, codazos y pequeñas órdenes, arreglaron la masa de una forma que ni Liam ni yo habíamos conseguido.

—¿Desde cuándo sabéis hacer tortitas? —les pregunté con entusiasmo.

Lucas encogió un hombro.

—Mamá nos enseñó —murmuró y la sola idea de imaginarme a Carla cocinando tortitas con los niños me removió por dentro. Tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notase.

La primera que hicieron ellos salió redonda.

La segunda, dorada.

La tercera, perfecta.

Me crucé de brazos, fingiendo ofensa.

—Bueno, esto ha sido humillante.

Liam, a mi lado, murmuró:

—Completamente.

Lo miré, y los dos terminamos riéndonos a la vez.

Desayunamos unos minutos después con una montaña de tortitas más que decentes, fruta, mermelada y una sensación extraña, cálida, casi luminosa, instalada en la cocina, en cuya mesa no nos habíamos sentado hasta ese día. Sophie no paraba de hablar. Lucas seguía corrigiéndola cada treinta segundos. Liam se había relajado lo suficiente como para intervenir de vez en cuando con comentarios secos que ya empezaba a distinguir del verdadero mal humor.

Y yo los miraba a los tres sintiendo algo que no me esperaba al bajar aquella mañana: una especie de felicidad pequeña. Dolorosa, incluso. Porque tenía algo de prestado. De frágil. Pero no por eso menos real.

No habíamos sabido hacer tortitas.

Habíamos hecho un desastre.

Y, aun así, aquella cocina se había llenado de harina, de risas, de niños metiendo las manos donde supuestamente no debían y de dos adultos intentando aparentar una solvencia que no tenían. Quizás precisamente por eso funcionó.

Porque salió mal.

Y porque, al salir mal, nos obligó a estar de verdad.

El resto del domingo se deslizó sin prisa, con esa calma extraña que solo aparece cuando nadie tiene un plan claro y, aun así, todo funciona. Después del desayuno, la cocina quedó hecha un desastre: harina en la encimera, restos de masa en el bol y una sartén que preferí no mirar demasiado, pero ninguno parecía especialmente preocupado por ello.

—Luego lo recogemos —comenté, aunque no sonó muy convincente.

—Luego —repitió Liam, y por una vez no sonó a orden, sino a tregua.

Sophie desapareció un momento y volvió con una baraja.

—Jugamos —anunció, tirándola sobre la mesa como marcando territorio.

Lucas suspiró.

—Eso no es un plan. Eso es perder el tiempo.

—Exacto —respondí—. Por eso vamos a hacerlo.

Nos quedamos en la cocina más de lo previsto. Empezamos con cartas, seguimos con una especie de juego inventado que Sophie modificaba cada dos minutos y terminamos riéndonos sin demasiado motivo. Incluso Lucas se relajó lo suficiente como para dejar de corregir las reglas y centrarse en ganar, que era, al final, lo único que le importaba.

A media mañana salimos fuera. El aire estaba frío, pero limpio, y el paisaje parecía más abierto que otros días. Sophie insistió en llevar una pelota que encontró en algún rincón del jardín y organizó equipos sin dar opción a réplica.

—Tía Abril conmigo —decidió.

—Perfecto —dije, colocándome a su lado.

—Entonces yo con Liam —añadió Lucas, como si fuera lo más lógico del mundo.

El partido fue un caos absoluto. Nadie respetaba normas, Sophie gritaba cada vez que tocaba la pelota, Lucas se tomaba cada jugada como decisiva y Liam… Liam jugaba sorprendentemente bien.

—Eso no vale —protesté cuando nos marcó un golazo.

—Ha valido —respondió él, sin alterarse.

Y nos liamos a discutir. Acabé riéndome, sin poder sostener la queja.

Después del partido, entramos en casa con las mejillas frías y esa sensación de haber gastado energía de verdad. La comida fue sencilla, improvisada entre todos.

Por la tarde, el ritmo volvió a bajar. Sophie se quedó dormida en el sofá, medio tapada con una manta, y Lucas se sentó en el suelo con un libro que apenas avanzaba, aunque fingía concentración. Yo me acomodé en el otro extremo, dejando que el silencio hiciera su trabajo.

Liam estaba cerca, revisando algo en el móvil, pero sin esa tensión habitual. Más presente. Más… accesible.

No hablamos mucho.

Pero tampoco era necesario.

Porque, por unas horas, todo estaba en su sitio.

Capítulo 12



Sophie llegó ese día a casa como un torbellino. Liam los había recogido del colegio porque le pillaba de camino tras hacer un recado en la calle.

Cruzó el recibidor prácticamente corriendo y apareció en el salón con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de emoción.

—¡Quiero montar a caballo!

Levanté la vista del sofá, todavía con el portátil en las piernas, y tardé un segundo en procesarlo.

—Hola, cariño —dije con calma—. ¿Qué tal el colegio?

—¡Quiero montar a caballo! —repitió, ignorando por completo cualquier norma básica de conversación.

Lucas entró detrás, bastante más tranquilo, cerrando la puerta con cuidado y quitándose la mochila sin prisa.

—Ahora le ha dado por eso.

—Porque es importante —replicó ella.

Liam colgó su abrigo y se acercó, atraído por el volumen.

—¿Qué es importante?

Sophie se giró hacia él de un modo vertiginoso.

—Montar a caballo.

—Vaya —dijo él, apoyándose en el marco de la puerta—. Eso es bastante específico.

—Freya monta —añadió Sophie con énfasis, como si ese dato fuera determinante.

—¿Freya? —pregunté.

—Mi amiga. La de pelo rubio. La que lleva siempre trenzas.

Asentí, fingiendo ubicarla mejor de lo que realmente lo hacía.

—Y quiero aprender —continuó—. Ella va a clases. Dice que es increíble.

Lucas se sentó cerca de nosotras.

—También dice que su caballo es el más bonito del mundo, y es mentira. Es mentira porque lo será el mío —añadió mi sobrina.

Miré a Liam. Él me devolvió la mirada durante un segundo. No hizo falta hablar. Ya habíamos aprendido a entendernos en esos pequeños momentos.

—¿Te gustan los caballos? —le pregunté a Sophie.

—Muchísimo.

—¿Los has montado alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Pero me encantan.

Lucas resopló.

—Claro. Te encantan porque no te has caído todavía.

—¡No me voy a caer!

—Eso lo dices ahora.

—Tú no sabes nada.

—Sé más que tú.

—Lucas —intervine, mirándolo con un punto de advertencia.

Él se encogió de hombros, pero no siguió.

Liam dio un paso hacia la mesa y apoyó las manos en el respaldo de una silla.

—Aprender a montar no es mala idea —dijo, midiendo cada palabra —. Pero es algo serio. No es un juego.

Sophie se acercó un poco más.

—Lo sé.

—¿Seguro que lo sabes? —insistió.

—Que sí, de verdad —resopló.

—Entonces empezamos por clases —continuó él—. Nada de caballos propios hasta saber si se trata de un capricho pasajero o no.

Ella abrió la boca.

—Pero…

—Nada de peros —añadí yo, con suavidad—. Primero aprendes. Luego decides si de verdad te gusta.

Sophie dudó. Se le notaba en la cara. Estaba negociando consigo misma.

—Vale —aceptó al final—. Pero si me gusta…

—Si te gusta —dijo Liam—, ya veremos.

No era un sí. Pero tampoco un no.

Suficiente.

Lucas negó con la cabeza.

—Es una idea horrible.

Sophie se giró hacia él.

—Es mejor que tus piezas de ajedrez —le retó con la mirada.

—Mis piezas no huelen ni muerden.

—Tus piezas son aburridas.

—Son inteligentes.

—Los caballos también. Y además son divertidos.

—Basta —dije, levantándome del sofá—. Los dos.

Se callaron, pero se miraban como si la discusión no hubiera terminado.

Me acerqué un poco más.

—Cada uno tiene un gusto —continué—. A Sophie le gustan los caballos. A ti, Lucas el ajedrez. Y ninguna de las dos cosas es en absoluto reprochable.

—El ajedrez no te tira al suelo —añadió él.

—El ajedrez no te hace sentir nada —respondió ella.

Ahí hubo un pequeño silencio.

No de enfado. De esos que indican que algo ha tocado donde no esperaba.

Liam intervino entonces, con calma.

—Las dos cosas requieren concentración —dijo—. Y esfuerzo. Eso es lo importante y con lo que os debéis quedar. Fin de la conversación.

Sophie se acercó a la mesa. Por un momento, tuve la impresión de que iba a tenderle un puente a su hermano.

—Podrías venir a verme montar —le propuso.

Lucas negó inmediatamente.

—Ni de broma.

—Cobarde.

—No soy cobarde.

—Entonces ven.

Él dudó. Solo un segundo.

—A lo mejor —dijo finalmente, en voz más baja.

Sophie sonrió como si hubiera ganado algo importante.

—Entonces yo veré tus torneos.

Lucas la miró, desconfiado.

—¿Sin decir que es aburrido?

—Sin decirlo en voz alta.

—Eso no vale.

—Vale lo suficiente.

Me crucé de brazos, observándolos.

—Eso se parece bastante a un acuerdo.

—No es un acuerdo —murmuró Lucas.

—Lo es —respondí.

Liam asintió levemente.

—Y es un buen comienzo.

El ambiente se relajó poco a poco. Sophie empezó a hablar de Freya otra vez, de su caballo, de las clases, de lo que imaginaba que sería montar. Lucas escuchaba a medias, corrigiendo algún detalle, pero sin esa resistencia inicial.

Y yo me quedé un momento en silencio, mirándolos.

Porque no era solo una conversación sobre caballos.

Era otra cosa.

Era cómo estaban empezando a encajar.

Cómo discutían, sí… pero también cómo cedían. Cómo buscaban su sitio sin romper el del otro.

Y, sin darme cuenta, mi mirada se cruzó con la de Liam.

El sábado llegó con ese punto de expectación que Sophie había estado alimentando toda la semana. No hablaba de otra cosa. Caballos. Freya. Cascos. Sillas. Nombres que yo no terminaba de ubicar y que, aun así, ella repetía como un papagayo.

Desayunó rápido. Demasiado rápido.

El trayecto fue más silencioso de lo que esperaba. Sophie iba pegada a la ventanilla, mirando todo con ilusión renovada. Lucas llevaba los brazos cruzados, con esa expresión suya de "yo no estoy implicado en esto", aunque de vez en cuando miraba también hacia fuera, sin querer perderse del todo los detalles.

Yo iba en el asiento del copiloto, con una mezcla extraña de curiosidad y algo parecido a nervios que no terminaba de entender.

No sabía qué esperar.

Cuando llegamos, lo entendí un poco mejor.

El lugar era amplio. Abierto. Con vallas de madera, terreno de arena, establos alineados al fondo y ese olor tan característico que no era desagradable, pero sí nuevo para mí. Había movimiento, pero no caos. Gente que parecía saber exactamente qué hacer y cómo hacerlo.

—Vale —murmuré, bajándome del coche—. Esto es serio.

Sophie ya estaba fuera antes de que termináramos de cerrar las puertas.

—¡Es increíble!

Lucas salió detrás, más despacio.

—Huele raro.

—Huele a caballo.

—Exacto.

Liam rodeó el coche y se colocó a nuestro lado.

—Venid.

Su tono fue tranquilo. Seguro. Demasiado seguro. No dudamos en seguirlo.

Atravesamos el pequeño camino de grava hasta acercarnos a la zona principal. Sophie no paraba de mirar a todos lados. Lucas se mantenía un poco más atrás, pero no se había quedado fuera. Eso ya era bastante.

Yo iba observando. Intentando entender.

Y entonces pasó.

Un hombre que estaba cerca de la valla levantó la mano al ver a Liam.

—¡Eh!

Él respondió con un gesto de lo más natural. Me giré, frunciendo ligeramente el ceño.

—No es la primera vez que vienes, ¿verdad?

Fue su gesto el que me lo confirmó.

—Sophie —añadió—. Ven.

Ella acudió como un resorte.

—¿Sí?

—Vas a empezar por lo básico.

—Vale.

—Primero conocer al caballo.

—Vale.

—Y escuchar.

—Vale —repetía una y otra vez con la certeza de que era lo que le tocaba en ese momento. Obedecer.

Lo hizo todo con esa energía que tenía, pero también con una atención que no le había visto antes. No estaba jugando. Estaba… centrada.

Y Liam… Liam no estaba como siempre. Había algo distinto en él. Primera noticia que tenía de que era un entusiasta de ese mundo.

Se acercó a uno de los caballos de menor estatura, apoyando la mano con suavidad sobre el cuello del animal. El gesto fue lento, seguro, casi instintivo. El caballo ni se movió.

Yo me quedé quieta.

—Este será el tuyo hoy —le dijo a Sophie.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que se manejaba como pez en el agua entre los equinos. Para comprobar cómo colocaba la mano de Sophie. Cómo le indicaba dónde tocar. Cómo le hablaba en voz baja, sin prisa, sin tensión. Cómo se agachaba ligeramente para ponerse a su altura cuando le explicaba algo.

Lucas se sentó en una especie de grada de madera, a mi lado.

—Te lo dije —murmuró.

—¿El qué?

—Que esto iba a ser raro, tía Abril.

Me gustó que se dirigiera a mí por mi nombre, porque no solía hacerlo. El hecho de que añadiera lo de "tía" me hizo sentir algo más de cercanía por su parte.

Sophie se reía. Nerviosa. Emocionada. Pero hacía caso. Seguía cada indicación de Liam. Se notaba que quería hacerlo bien.

—Despacio —le decía él—. No tengas prisa.

—Vale.

—El caballo nota cómo estás.

—Estoy bien.

—Entonces demuéstraselo.

Había una paciencia en su tono que no le había escuchado antes. Una calma distinta. Más suave.

Más…

No supe ponerle nombre.

La ayudó a colocar el pie. A subir. A sentarse. Corrigió la postura con pequeños gestos, sin invadir, sin imponer.

Sophie ya estaba sobre el caballo, sujetando las riendas con más firmeza de la que esperaba. Liam caminaba a su lado, guiando el movimiento, marcando el ritmo.

—No tires —le decía—. Acompaña.

Dio unos pasos. Luego otros.

Sophie empezó a reír.

—¡Estoy montando!

—Estás aprendiendo. Pero parece que se te dará bien —corrigió él.

—¡Estoy montando! —insistió la peque en el colmo del entusiasmo.

Cuando terminó, bajó del caballo con su ayuda y salió corriendo hacia nosotros.

—¡Ha sido increíble!

Se tiró prácticamente encima de mí.

—¡Es lo mejor del mundo!

—Se te ve —respondí, riéndome.

—Quiero volver mañana.

—Ya veremos —dijo Liam detrás.

—¡Pero quiero!

Y ambos, Liam y yo, tomamos nota del deseo de una niña que necesitaba alicientes en la vida.

Porque, tras la tempestad… llega la calma.

Capítulo 13



Llamé a Nerea al final de la tarde, cuando la casa ya estaba tranquila, pues los niños andaban cada uno a lo suyo. Me encerré en la habitación con la excusa de ordenar un poco, aunque lo único que necesitaba ordenar era la cabeza.

Tardó poco en cogerlo.

—Hombre, la desaparecida.

Sonreí.

—No he desaparecido.

—Has desaparecido. Yo ya pensaba que te habías perdido en las Highlands.

—No dramatices.

—No dramatizo, informo. ¿Dónde estabas metida?

Suspiré, dejándome caer en la cama.

—Ha sido una semana… intensa.

—Ya, ya. Intensa. Esa palabra que usas cuando no quieres contarme todo.

—Te estoy llamando, ¿no?

—Eso te da puntos. Venga, suéltalo. Y rapidito.

Le resumí la situación poco a poco: el acuerdo con Liam, la convivencia, cómo estaban los niños, el colegio, los días que se iban organizando casi sobre la marcha… y, sin darme cuenta, terminé hablándole también de esa mañana en el centro ecuestre.

—¿Cómo que él era el profesor? —saltó—. Perdona, pero eso tiene su morbo. No lo vi venir.

—Yo tampoco.

—O sea, que el señor borde tiene mano con los niños. Y es sensible.

—No es sensible —me apresuré a decir—. Es… no sé. Es distinto.

—Claro, claro. Distinto.

—Nerea, no empieces.

—No estoy empezando nada. Estoy escuchando cómo describes a un tío que hace unos días no podías ni ver. Y ahora parece que hasta te mola.

—No puedes estar más loca.

Se rio al otro lado.

—Vale, vale, no. No te gusta. Nada. Cero. Ni un poco.

—Ni de coña.

—Perfecto.

—Me quedo tranquila.

Suspiré, pero no pude evitar sonreír.

—A ver… —añadí, bajando un poco el tono—. Es verdad que… bueno.

—Bueno.

—Que tiene su atractivo.

—¡Hombre! Menos mal.

—Calla.

—Sigue, que esto se pone interesante.

—Pues eso. Que es responsable. Muy centrado. Y con los niños… —hice una pequeña pausa—. Con los niños es increíble. Me ha costado reconocerlo, pero tengo que hacerlo.

Nerea guardó silencio un segundo.

—Ajá.

—No en plan ñoño ni nada de eso. Es que sabe estar. Sabe cómo tratar a Lucas, cómo calmar a Sophie, cómo… no sé, cómo manejar la situación.

—Y eso te gusta.

Me quedé callada un momento, pensando en la respuesta.

—Me gusta que los niños estén bien.

—Claro.

—Abril, ten cuidado.

Fruncí el ceño.

—¿Cuidado de qué?

—De no meterte en un lío emocional sin darte cuenta. Estás en una situación que no sé qué recomendarte.

—No me voy a meter en ningún lío.

—Eso lo decimos todas.

Resoplé, incorporándome un poco en la cama.

—Además, sería el último hombre del mundo con el que me liaría.

—Siempre son esos. Pero si dentro de dos semanas me llamas llorando porque estás confundida, no quiero sorpresas.

—No va a pasar. Te lo garantizo.

Hubo un pequeño silencio y, como si nada, cambió de tema.

—Bueno, dejando al señor Highlander de lado… ¿cuánto tiempo te vas a quedar en su casa?

—En principio dijimos unas semanas.

—¿Unas semanas?

—Sí.

—Eso ya no es una visita. Piénsalo.

—Ya. Es que la situación lo requiere. Esto no es fácil.

—No he dicho que lo sea. ¿Y estás bien con eso?

Lo pensé un segundo.

—De momento sí.

—¿De momento?

—Sí. Porque no tenemos que tomar ninguna decisión ahora mismo. Los niños se están adaptando, nosotros nos estamos organizando… y me siento tranquila.

—Eso es bueno.

—Sí.

—Pero no te acomodes demasiado.

—Gracias por el ánimo.

—Para eso estoy.

Sonreí.

—¿Y tú qué tal? ¿Qué tal la clínica?

—No me preguntes.

—¿Por?

—Porque hoy ha venido un señor con un loro.

Me froté las manos. Las anécdotas de Nerea en la clínica no tenían precio.

—¿Un loro?

—Un loro. Y no uno cualquiera. Un loro que insulta.

No pude evitar reírme. Es más, lo hice de un modo ruidoso.

—¿Y te insultó?

—A mí no se atrevió. Pero me dijo que me diera prisa.

—Me muero.

—Y al dueño lo puso fino. Le soltaba "inútil" cada dos minutos.

—Necesito conocer a ese loro.

—Bastantes pajarracos has conocido ya en tus andanzas por el mundo.

—¿Me estás queriendo decir algo?

Seguimos hablando un rato más, saltando de una cosa a otra, riéndonos, soltando tonterías que no tenían ninguna importancia y que, sin embargo, me estaban viniendo mejor que cualquier otra cosa.

Cuando colgué, me quedé un momento en silencio, con el móvil todavía en la mano.

Había algo raro en todo aquello.

Algo que no terminaba de encajar.

Pero, de pronto, no me agobiaba.

Sophie salió del colegio, días después, radiante. La vi antes de distinguir su cara, porque su voz ya venía anunciándola.

—¡Tía Abril!

Corría hacia mí con esa energía suya imposible de contener, la mochila golpeándole la espalda y sus mechones de cabello pelirrojo escapándose en todas direcciones. Cuando llegó a mi altura, prácticamente se me lanzó encima y tuve que sujetarla riendo para que no perdiéramos el equilibrio.

—A ver, a ver… ¿qué ha pasado para que estés así? —le pregunté, apartándole un mechón de la cara.

—¡Nos vamos! —soltó, sin respirar.

Le pregunté, todavía sujetándola.

—¿Cómo que nos vamos?

—Bueno, no nosotras… —corrigió rápido, con un gesto de impaciencia—. El cole. Todos los niños. Nos vamos unos días a una granja, pero no es una granja normal, es como… una convivencia con talleres y animales y cabañas y cosas, y dormimos allí y hay hoguera por la noche y juegos y… —se detuvo un segundo, buscando aire—. ¡Es increíble!

No pude evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Vale, vale, ya me ha quedado claro que es increíble.

—¿A que sí? —me miró con los ojos brillantes—. ¿Nos dais permiso?

La pregunta llegó de golpe, directa, sin rodeos. Antes de que pudiera responder, noté la presencia de Lucas a nuestro lado. Había salido más despacio, como siempre, con la mochila bien colocada y esa expresión suya más adulta, más pausada.

—No es para tanto —dijo, sin demasiado interés.

Sophie giró hacia él de inmediato, como si le hubieran pinchado.

—¡Sí lo es!

—Es una excursión —añadió él, encogiéndose de hombros—. Nada más.

La miré a ella, luego a él, intentando medir el terreno.

—Bueno… suena bastante bien —intervine con calma—. ¿Cuántos días son?

—Tres —respondió Sophie sin apartar la mirada de su hermano—. Tres días enteros.

—No pienso ir —añadió Lucas.

Su decisión le cayó como un jarro de agua fría. Sophie se quedó mirándolo, incrédula.

—¿Cómo que no vas?

—Pues eso. Ya te lo he dicho, ¿es que estás sorda?

—¡Pero si es lo mejor que ha pasado en todo el curso!

—Pues para ti.

El tono de Lucas no era agresivo, pero sí firme. De esos que no admiten demasiada discusión. Sophie, en cambio, estaba al borde de la desesperación.

—¡Quiero que vayamos los dos! Será genial y, si tú no vienes, igual no me dejan ir a mí, ¿es que no lo entiendes?

—Pues yo no quiero.

El resto del camino hasta casa estuvo marcado por ese contraste: Sophie argumentando a favor, describiéndome todo lo que iban a hacer como si ya estuviera allí, mientras Lucas se quedaba en silencio, completamente ajeno a su entusiasmo.

Cuando entramos, Liam estaba en el salón. Levantó la vista al vernos y enseguida notó el ambiente.

—¿Qué tal el día?

Sophie no le dio ni tiempo a terminar.

—¡Nos vamos a una granja con el cole! ¿No es maravilloso?

Liam arqueó ligeramente una ceja, interesado.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no es una granja normal, es con talleres y animales y dormimos allí y hay hoguera y… —volvió a enumerar, acelerada—. ¿Podemos ir?

Liam no respondió de inmediato. Me miró a mí primero, como buscando una referencia.

—¿Qué opinas?

Me encogí de hombros, tranquila.

—A mí me parece bien. Es una experiencia chula.

Sophie se tensó, esperando.

Liam volvió a mirarla.

—No veo mayor problema en que vayáis —contestó en plural.

Sophie soltó el aire de golpe.

—¡SÍ!

Pero la alegría duró apenas un segundo. Se giró hacia Lucas.

—Ahora tú.

Su hermano ni se movió.

—Yo no voy.

Liam frunció ligeramente el ceño, como solía hacer en esas ocasiones.

—¿Algún motivo?

—No me apetece.

—Eso no es una razón suficiente, Lucas.

—Para mí sí.

Había algo en su forma de decirlo que me hizo fijarme más. No era simple desgana. Era otra cosa. Me acerqué un poco.

—Lucas, cariño… ¿hay algo que te preocupe?

Negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿por qué no quieres ir?

Dudó apenas un segundo, pero lo suficiente para que lo notara.

—Porque no.

Sophie lo miraba como si le estuviera rompiendo el corazón en directo.

—Yo no quiero ir sin ti…

Lucas suspiró, incómodo.

—Pues no vayas.

—¡Quiero ir! —insistió ella, casi desesperada—. Pero contigo.

Aquello nos obligó a intervenir. Miré a Liam y, sin decir nada, entendimos lo mismo.

—Vale —dije, con calma—. No vamos a decidir esto así, en caliente.

Lucas levantó la vista hacia mí.

—Yo ya he decidido.

—No del todo —respondí suavemente—. Vamos a hablarlo con tranquilidad esta noche.

Liam asintió.

—Es lo mejor, estoy de acuerdo.

Lucas no contestó, pero su postura no cambió. Sophie, en cambio, se acercó más a mí, agarrándome la mano con fuerza.

—Va a ir —susurró, convencida.

Miré a Lucas de nuevo, intentando entender qué había detrás de esa negativa tan cerrada. No parecía un simple capricho, y eso era precisamente lo que más me inquietaba.

Convencerle no iba a ser fácil.

Y, por alguna razón, tenía la sensación de que aquello escondía algo más de lo que él estaba dispuesto a confesar.

Habíamos quedado en hablarlo durante la cena, así que, en cuanto nos sentamos a la mesa, el tema salió sin dilación.

No hubo tiempo para conversaciones triviales ni para que Sophie arrancara con su entusiasmo habitual. Liam fue directo.

—Lucas, vamos a hablar de lo de la convivencia.

Él ni siquiera levantó la vista del plato.

—Ya lo hemos hablado.

—No —intervine con calma—. Has dicho que no quieres ir, pero no nos has contado por qué.

—Porque no —contestó seco y tajante.

Tras unos días en los que se había mostrado más cercano, me daba la sensación de que aquel tema volvía a alejarlo.

—Esa respuesta no nos vale —añadió Liam, sin dureza, pero sin ceder—. Necesitamos entenderlo.

Lucas soltó el tenedor con un pequeño golpe seco contra el plato, lo justo para marcar su incomodidad.

—Es que no lo entendéis.

Ese "no lo entendéis" cambió algo. No era una negativa vacía. Había peso detrás.

Traté de ponerme en su lugar, suavizando el tono.

—Entonces explícanoslo.

Silencio.

Sophie miraba de uno a otro, cada vez más nerviosa, como quien ve en directo una partida de ping pong.

Lucas tardó unos segundos en arrancar a hablar. Cuando lo hizo, no nos miró directamente. Su mirada, huidiza y vacía, me conmocionó.

—No tiene sentido —sentenció.

—¿El qué? —preguntó Liam.

—Irnos ahí… —hizo un gesto leve con la mano—. A hacer juegos. A dormir fuera. A divertirnos.

Ahí estaba el *quid* de la cuestión.

—¿Por qué no tiene sentido? —insistí, más despacio.

Lucas apretó la mandíbula.

—Porque… —se quedó a medias, dudando—. Porque no toca.

La frase quedó suspendida. Sophie se encogió de hombros, sin comprender.

—¿Cómo que no toca?

Su hermano levantó la vista entonces, directo hacia ella.

—Han muerto.

El silencio fue inmediato.

—Papá y mamá han muerto —repitió, más bajo—. Y nosotros nos vamos a una granja… como si nada.

Sophie negó enseguida.

—No es como si nada.

—Sí lo es.

—Sophie —pronunció Liam, sin alzar la voz, pero cortando la discusión—. Déjale terminar.

Lucas respiró hondo. Hablar sobre aquello le costaba. Y mucho.

—No podemos mostrarnos así —añadió—. Como si estuviéramos bien. No tan rápido.

Aquello me golpeó con más fuerza de la que esperaba. No por lo que decía, sino por cómo lo decía. Demasiado dolido.

—¿Crees que ir significa olvidar? —le pregunté con cuidado.

Lucas dudó.

—No… pero es como… —buscó las palabras—. Como si no importara tanto.

A Sophie se le notaba la impotencia.

—¡Claro que importa!

—Pues no lo parece —replicó él, sin mirarla—. Tú estás todo el rato contenta.

Ella se quedó callada un segundo.

—Porque… —empezó, pero no supo seguir.

Le apoyé una mano en el brazo, sin apartar la vista de Lucas.

—Cada uno lleva esto de una forma distinta —opiné—. No hay una forma correcta. Se llama duelo. Y adquiere tantas formas como personas hay. Que tu hermana muestre entusiasmo por las cosas no significa que olvide.

Lucas negó muy despacio.

—Pues a mí me lo parece. Y no quiero olvidarme de ellos.

Liam intervino entonces, con una calma que sostenía más de lo que parecía.

—No lo vas a hacer, pequeño. No vas a olvidar a tus padres así como así.

Lucas lo miró, con esa mezcla de resistencia y duda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no funciona en automático —le respondió él—. Sentirte bien un rato no borra lo demás.

Lucas no contestó, pero tampoco apartó la mirada.

—Tu padre y tu madre no querrían que estuvieras mal siempre —añadió Liam.

Ahí sí hubo un cambio. Pequeño, pero visible.

—No lo sabes —dijo Lucas, aunque sin la misma firmeza.

—Sí lo sé —respondió Liam, sin titubear—. Porque nadie quiere eso para sus hijos.

El silencio volvió, pero ya no era tan tenso. Había algo moviéndose, algo que empezaba a ceder.

Sophie, despacio, deslizó su mano por la mesa hasta rozar la de su hermano.

—Yo no me olvido —murmuró—. Aunque me ría.

Lucas la miró sin demasiada confianza en sus palabras.

Durante un segundo, pareció debatirse entre apartarse o quedarse.

No se apartó.

—No es lo mismo —murmuró, casi sin fuerza.

—No lo es —añadí yo—. Pero tampoco es incompatible.

Me incliné un poco más hacia él.

—Puedes echarles de menos… y aun así hacer cosas que te gusten. No estás traicionando a nadie por eso. Te lo prometo, cariño.

El niño bajó la vista, pensativo.

—No vamos a obligarte —dijo Liam entonces—. Pero tampoco queremos que decidas solo desde el dolor. Nos gustaría que, al menos, te lo pensaras. Y si decides no ir, Sophie lo hará de todos modos. Y tú no cuestionarás sus razones.

Lucas no respondió.

Sophie apretó un poco más su mano.

—Ven conmigo —susurró.

Esta vez, Lucas no contestó.

Pero tampoco dijo que no.

Y, en ese pequeño gesto, en ese silencio distinto, sentí que algo empezaba a cambiar.

Capítulo 14



La decisión no llegó de golpe. No hubo una frase clara ni un momento concreto en el que Lucas dijera que sí y todo cambiara de sitio. Fue algo más silencioso, más propio de él: una rendija que se abrió poco a poco hasta dejar pasar el aire.

Dos noches después de aquella cena, apareció en el salón con la autorización de la convivencia en la mano. No hizo ruido al entrar ni buscó llamar la atención; simplemente se acercó a la mesa, dejó el documento frente a Liam con cuidado y se quedó ahí, de pie, como si el gesto en sí ya dijera todo lo que necesitaba decir.

—Hay que firmarlo —murmuró.

Nada más.

Pero Sophie lo entendió al instante. Levantó la cabeza desde la alfombra, donde estaba dibujando, y se quedó inmóvil un segundo, procesando. Luego saltó con una mezcla de incredulidad y euforia que la llevó directa hacia él.

—¿Vas?

Lucas no respondió de inmediato. Se encogió de hombros, incómodo con la intensidad, pero no retrocedió cuando ella se le echó encima.

—Supongo —acabó diciendo, en voz baja.

Sophie se rio, le abrazó con fuerza y repitió la pregunta varias veces, necesitando confirmarlo una y otra vez para creérselo. Lucas aguantó el contacto con cierta rigidez al principio, pero no la apartó. Eso, viniendo de él, ya era una respuesta.

A partir de ahí, la casa empezó a girar en torno a algo muy concreto: preparar la convivencia. Y, sin embargo, lo que se movía debajo de todo eso era mucho más que ropa y mochilas.

La primera tarde, el ambiente terminó invadido por prendas, listas improvisadas y una maleta abierta que Sophie había arrastrado desde su habitación con un entusiasmo completamente envidiable para alguien que se marchaba pocos días.

Me dejé caer de rodillas junto a ella, intentando poner algo de orden mientras la niña lanzaba camisetas sobre el sofá sin ningún criterio.

—Para un segundo —le pedí, sujetándole suavemente la muñeca—. Vamos a pensar qué necesitas de verdad.

Frunció el ceño, como si aquella propuesta fuera casi ofensiva.

—Lo necesito todo.

No pude evitar sonreír.

—Eso no es una respuesta válida.

A unos metros, Lucas estaba sentado en la mesa con la circular del colegio extendida delante. La leía con atención, siguiendo cada línea con el dedo, subrayando mentalmente lo importante. No intervenía, pero estaba presente de otra forma: ordenando, anticipando.

—Pone ropa de abrigo —dijo al cabo de un rato, sin levantar demasiado la voz—. Y calzado de repuesto. Y una linterna.

Giré la cabeza hacia él, observándolo con más detenimiento. Había algo distinto en su forma de estar. Seguía siendo meticuloso, sí, pero ya no parecía estar a la defensiva. No se apreciaba ese gesto tenso en los hombros ni esa necesidad constante de marcar distancia.

—¿Desde cuándo eres tan organizado? —le pregunté, con un punto de curiosidad real.

Lucas se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Desde siempre.

—Es un pelmazo, eso es lo que es —intervino Sophie desde el suelo, sin mirarlo.

Lucas no respondió. Pero la comisura de sus labios se movió apenas, casi imperceptible, mientras yo le pedía su hermana que se abstuviera de hacer ese tipo de comentarios.

Liam observaba la escena desde el otro lado del salón, apoyado en la pared, con los brazos cruzados y una atención tranquila que no necesitaba imponerse. Cuando se acercó, lo hizo sin interrumpir, simplemente cogiendo una de las camisetas que Sophie había elegido y dejándola a un lado. Llevaba un unicornio de colores y lentejuelas.

—Esto no hace falta.

Sophie levantó la cabeza de golpe.

—¡Sí hace falta! Es mi camiseta favorita…

—No —repitió él, con calma—. No debes cargar demasiado. Y eso es innecesario. No vas a un festival.

—¡Sí!

—No.

La discusión no escaló. No había tensión real en ella, solo esa dinámica que empezaba a formar parte de algo más cotidiano. Entre los cuatro, fuimos reduciendo el caos inicial a algo más manejable. Yo doblaba, Liam filtraba, Lucas revisaba, Sophie protestaba.

Y, sin darnos cuenta, funcionaba.

La segunda tarde fue distinta. Más tranquila. Más predecible. Lucas ya tenía su mochila casi lista. Todo preparado con precisión, separado por días, el neceser colocado con un cuidado que rozaba lo obsesivo. Había comprobado la linterna dos veces y había añadido una libreta pequeña "por si acaso".

Me apoyé en el marco de la puerta, observándolo en silencio durante unos segundos.

—¿Estás bien con todo esto?

Levantó la vista. No parecía sorprendido por la pregunta.

—Sí, gracias.

No dudó. No esquivó. Solo respondió.

Y en ese "sí, gracias" había algo nuevo. No era resignación ni una decisión tomada a la fuerza. Era otra cosa. Más ligera. Más honesta.

Asentí despacio, sin presionarlo más.

En el dormitorio de al lado, Sophie intentaba cerrar su maleta sentándose encima, riéndose sola mientras forcejeaba con la cremallera.

—No cierra —murmuró.

Lucas se acercó y ni siquiera la miró.

—Porque llevas demasiadas cosas.

—No llevo tantas.

—Llevas el doble de lo necesario. Y te lo digo yo, que controlo de esto.

—¡No! No seas metomentodo, que te digo yo que no.

—Sí. Pero vamos, que haz lo que quieras. Total, vas a cargar tú con ella…

Intervine, apartando con suavidad un par de prendas.

—Vamos a sacar algunas cosillas, ¿vale?

—¿Más? Al final me iré sin nada — Sophie resopló, pero no protestó demasiado. Estaba demasiado ilusionada como para enfadarse de verdad.

La última noche, todo quedó preparado junto a la puerta. Maleta y mochila. Dos pares de botas. Plumíferos doblados. El silencio de la casa tenía algo distinto, una especie de calma anticipada.

Me tomé unos minutos para observarlos antes de dormir. Sophie no paraba de moverse en la cama, hablando sin parar sobre lo que iba a hacer, lo que iba a ver, lo que esperaba encontrarse. Lucas, en cambio, estaba sentado, escuchándola en la suya a través del pasillo, con la espalda apoyada en la pared y una tranquilidad que no le había visto en días.

No había culpa en su gesto. No había tensión.

Solo una especie de equilibrio nuevo, todavía frágil, pero real.

Liam apareció a su lado sin hacer ruido.

—¿Qué tal?

Sonreí. Me gustó que participase en aquel momento.

—Bien. Supongo que bastante mejor de lo que pensé al principio. Ya sabes… cuando llegué.

Él siguió mi mirada.

—Se les ve distintos.

—Sí. Creo sinceramente que las cosas van mejorando.

Porque, por primera vez desde que todo se rompió, Lucas no parecía estar luchando contra lo que sentía. Y Sophie continuaba sanando, a su infantil modo.

La mañana empezó antes de que sonara ningún despertador. No fue un ruido concreto lo que me despertó, sino una sensación; esa especie de energía que se cuela en la casa cuando algo importante está a punto de suceder. Tardé unos segundos en ubicarme, todavía medio dormida, hasta que escuché pasos en el pasillo. Rápidos. Irregulares. Inconfundibles.

Sophie.

Cuando llegué hasta ella, me la encontré ya vestida, con *outfit* de exploradora y hasta el gorro puesto, girando sobre sí misma, expectante, nerviosa.

—¿Podemos irnos ya? —me soltó nada más verme, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

No pude evitar apoyarme un segundo en el marco de la puerta, llevándome la mano a la frente con una mezcla de cansancio y ternura. Aún no había amanecido del todo.

—Sophie… —murmuré, intentando ordenar dos pensamientos seguidos—. Queda bastante.

Ella frunció ligeramente el ceño, como si aquello fuera un detalle menor sin importancia real.

—Pero ya estoy lista.

Y era verdad. Demasiado lista, incluso. Botas puestas, maleta cerrada (algo casi milagroso) y ese brillo en los ojos que la delataba por completo. Nadie podría bajarla de su nube.

Entramos en la cocina y saludamos a Moira con alegría. La casa aún estaba medio en silencio, pero ya no era el mismo silencio de días atrás; había algo distinto, una especie de expectación contenida. Liam llegó y pidió un café, observando sin intervenir demasiado, prefiriendo dejar que la escena se desarrollara sola.

Lucas apareció poco después.

Y fue entonces cuando lo noté de verdad.

No fue algo evidente. No sonrió, no dijo nada fuera de lo normal. Simplemente entró, dejó la mochila junto a la silla y se sentó a desayunar con una naturalidad que, días atrás, habría sido impensable. Ni rastro de esa tensión contenida, de esa resistencia silenciosa que parecía pesarle en los hombros. Solo… normalidad.

Me quedé mirándolo un segundo más de lo necesario, intentando confirmar que no era una impresión mía.

—¿Todo listo? —le pregunté, con un tono que pretendía ser ligero pero que probablemente no lo era tanto.

El crío levantó la vista hacia mí, y durante un instante tuve la sensación de que entendía perfectamente por qué se lo preguntaba. No esquivó la mirada. Tampoco se defendió.

—Sí —respondió, sin más.

Pero ese "sí" ya no era el de antes. No había dureza. No había ese esfuerzo por sostener una decisión incómoda. Era un sí tranquilo. Suficiente.

Asentí despacio, sin añadir nada más, y me obligué a no darle más vueltas en voz alta.

El resto del desayuno transcurrió con Sophie ocupando todo el espacio disponible con su entusiasmo. Hablaba sin parar, mezclando planes, ideas y expectativas, saltando de un tema a otro sin ningún orden, mientras Lucas intervenía de vez en cuando con algún comentario más práctico, corrigiendo detalles o aterrizando un poco sus fantasías. No discutían de verdad; era más bien ese contraste entre ambos que empezaba a resultar familiar.

Y, por debajo de todo eso, había algo que me costaba describir, pero que se sentía claro: Lucas estaba bien.

No completamente, no como si nada hubiera pasado, pero… bien dentro de lo posible. Y eso, en ese momento, era más de lo que habría esperado.

El trayecto hasta el colegio fue breve, aunque a Sophie le pareció eterno. Iba pegada a la ventanilla, como de costumbre, señalando cualquier cosa que se moviera, manteniendo la emoción en lo más alto posible. Lucas, en cambio, permanecía en silencio, pero no desconectado. Seguía ahí. Presente.

Cuando llegamos, el ambiente era el esperado: padres, mochilas, niños corriendo de un lado a otro, profesores intentando organizar el caos con una calma que parecía ensayada. Sophie se soltó de mi mano en cuanto cruzamos la puerta, localizó a su amiga Freya entre la multitud y salió corriendo hacia ella sin mirar atrás.

Me quedé un momento observándola, notando ese pequeño tirón que deja cuando alguien que ha estado pegado a ti de repente ocupa otro espacio.

Lucas no se movió.

Se quedó a mi lado unos segundos más, en silencio. No incómodo. Solo… contenido.

—Bueno… —dijo finalmente, en voz baja.

Me giré hacia él. Liam estaba a nuestro lado, pero dejándonos espacio.

—Bueno.

No quise hacer de ese momento algo más grande de lo que era. No necesitaba palabras complicadas. Aun así, me salió, casi sin pensar:

—Si en algún momento no te sientes cómodo, puedes hablar con ellos… o llamarnos.

Lucas negó ligeramente con la cabeza, y esta vez sí sostuvo la mirada.

—Estaré bien.

Y le creí.

No porque lo dijera, sino por cómo lo dijo. Sin tensión. Sin necesidad de convencer a nadie.

Liam intervino entonces, apoyando una mano breve en su hombro. El gesto fue rápido, pero firme, y Lucas lo aceptó con gratitud.

—Disfruta —le dijo.

—Lo intentaré.

Y nos dimos por satisfechos con su respuesta.

Se dio la vuelta y se unió a su grupo con una naturalidad que me dejó clavada un segundo más de la cuenta. No miró atrás. No dudó. Simplemente fue.

El autobús arrancó poco después, entre gritos, manos agitándose y caras pegadas al cristal. Sophie apareció entre las ventanas, buscándonos con esa urgencia suya, y levanté la mano para que me viera. Sonrió y agitó su brazo con fuerza en señal de despedida.

Y luego se fueron.

El silencio que quedó después fue inmediato y, por un instante, extraño. Volver a la casa sin ellos fue extraño. Demasiado orden. Demasiado espacio.

Entré la primera y me quedé quieta unos segundos, recorriendo el salón con la mirada como si algo faltara —porque faltaba.

—Bueno… —murmuré, más para mí que para otra cosa.

No tardé en girarme hacia Liam. Me apoyé en la mesa del salón, cruzando los brazos con una extrañeza que no tenía tanto que ver con el silencio como con lo que venía después.

—No sé si tiene mucho sentido que me quede aquí estos días —le dije al fin, eligiendo las palabras con más cuidado del que habría querido—. Quiero decir… los niños no están, es tu casa, y yo…

La frase se me quedó a medias. No porque no supiera cómo terminarla, sino porque, al hacerlo, sonaba peor.

Liam frunció ligeramente el ceño, observándome con esa calma suya que a veces descolocaba más que cualquier respuesta rápida.

—Lo que no tiene sentido es que te vayas por eso —respondió, sin prisa, como si lo estuviera pensando mientras lo decía.

Parpadeé, un poco sorprendida por la claridad de la respuesta.

—No quiero invadir —añadí, bajando ligeramente la voz—. Ahora que no están…

—No estás invadiendo —me cortó él, sin brusquedad, pero sin dejar espacio a duda.

Hubo un pequeño silencio. De esos que no son largos del todo, pero sí lo suficiente como para hacerte consciente de cada gesto.

Me apoyé mejor en la mesa, notando el frío de la superficie bajo las manos, y desvié la mirada un instante, más por ordenar lo que sentía que por otra cosa.

Y entonces lo dijo.

—Además… prefiero que te quedes.

No fue una frase cargada. No hubo énfasis. Pero precisamente por eso tuvo más peso.

Levanté la vista.

—¿Lo prefieres? —le repetí, sin poder evitarlo.

Asintió, con naturalidad.

—Sí.

Sostuve su mirada un segundo más de lo necesario, intentando encajar aquello sin darle más vueltas de las que merecía.

Respiré hondo antes de apartar la vista.

—Tengo que pasar por casa de mi hermana, eso sí —murmuré finalmente—. Quiero ver que todo sigue bien por allí.

Liam asintió sin dudarlo.

—Claro.

—Pensaba ir ahora.

Negó suavemente con la cabeza.

—Mejor por la tarde.

Me encogí de hombros, dirigiéndome hacia él.

—¿Por?

—Porque por la tarde podré ir contigo.

La respuesta llegó igual que las anteriores: sin tensión, sin adornos.

Me quedé mirándolo unos segundos, valorando si insistir o no en que no hacía falta. Pero no había presión en su tono ni intención de imponer nada. Solo una decisión tomada con calma.

Solté el aire despacio.

—Vale.

Y, por alguna razón, el silencio de la casa dejó de sentirse tan vacío.

Capítulo 15



No sabía muy bien por qué me había empeñado en ir aquella tarde. O sí lo sabía, pero me negaba a ordenarlo en voz alta. Había algo dentro de mí que necesitaba entrar en aquella casa aunque supiera, incluso antes de cruzar la puerta, que iba a dolerme. No se trataba solo de comprobar que todo seguía en pie, que las ventanas estuvieran cerradas o que el jardín no se hubiera llenado de maleza en unos días. Se trataba de enfrentarme a lo que quedaba de Carla. A su presencia quieta, extendida por cada rincón. A la huella de una vida que había continuado sin mí y que, de pronto, había terminado de la manera más abrupta e inesperada.

Fui en silencio casi todo el trayecto. Liam no intentó forzar conversación y se lo agradecí. Conducía con esa calma suya que a veces me desesperaba y otras, como aquella tarde, terminaba sosteniéndome más de lo que quería reconocer. El paisaje pasaba al otro lado de la ventanilla envuelto en una luz gris suave, con el lago al fondo y las colinas hundiéndose poco a poco en una neblina ligera. Todo era tan bonito que resultaba casi irreal.

Cuando aparcó frente a la casa, me quedé quieta unos segundos, con las manos entrelazadas sobre el regazo. No me faltaban fuerzas para bajar; me faltaba otra cosa. Valor, quizás. O la capacidad de aceptar que iba a abrir una puerta y, al hacerlo, iba a volver a perderla un poco más.

Liam apagó el motor y giró apenas la cabeza hacia mí.

—No hace falta que entres si hoy no puedes.

Negué despacio.

—Tengo que hacerlo.

Mi voz salió más baja de lo que esperaba, pero firme. Él asintió sin insistir. Nos apeamos del coche y el crujido de la grava bajo las botas me sonó exageradamente nítido. Todo allí parecía más silencioso que nunca.

La puerta se abrió con facilidad. El interior estaba limpio, ordenado, inmóvil. Aquel tipo de orden que no tranquiliza, sino que remueve. El aire tenía el olor leve de una casa cerrada pocos días, pero debajo seguía estando ella. Carla. Su perfume mezclado con el detergente, con la madera, con algo cálido e inconfundible que me golpeó nada más entrar, igual que el primer día, cuando fui hasta allí buscando a los niños.

Me quedé de pie en el recibidor, mirando sin mirar, sintiendo ese nudo ascender despacio desde el pecho hasta la garganta. Liam no se alejó demasiado. Cerró la puerta detrás de nosotros y se mantuvo a una distancia prudente, respetando el espacio sin desaparecer de él.

Di unos pasos lentos hacia el salón. El sofá. La manta doblada en un brazo. Un libro infantil abierto por la mitad sobre una mesita auxiliar. Un vaso pequeño con dos lápices de colores dentro. Todo aquello tenía una normalidad feroz, y tal vez por eso dolía tanto. No había nada solemne en la escena. Nada que anunciara tragedia. Solo restos de una vida interrumpida a mitad de frase.

Sobre la chimenea seguían las fotos.

Me acerqué casi sin darme cuenta.

La primera era antigua. Carla y yo en Valencia, todavía adolescentes, en la playa, con el pelo revuelto por el viento y una risa que parecía no acabarse nunca. Yo llevaba un vestido horrible que juraba entonces que era precioso. Ella me estaba abrazando por los hombros, apretada contra mí, con esa expresión luminosa que siempre conseguía convertirlo todo en algo más llevadero.

Tragué saliva.

Había otra de su boda. Carla con un vestido sencillo, elegante, el pelo recogido y los ojos brillantes. Kieran a su lado, serio incluso en aquel momento, aunque la forma en que la miraba lo decía todo. No era una imagen especialmente afectuosa. No se besaban ni se abrazaban delante de la cámara. Pero se notaba. En la proximidad. En la quietud de ambos. En la seguridad de estar exactamente donde querían estar.

Seguí avanzando.

Una foto de Sophie de bebé, envuelta en una manta rosa, con Carla agotada y feliz a partes iguales. Otra de Lucas con las rodillas llenas de barro, sujetando una rana con orgullo salvaje mientras Carla se reía detrás. Una de los cuatro en Navidad. Otra en las montañas. Otra más en el jardín, los niños corriendo y Carla girándose a medias, pillada en movimiento, con la cabeza echada hacia atrás por la risa.

Sentí algo muy parecido a una punzada, pero más honda. Más sucia.

Porque no eran solo sus recuerdos.

Eran también los míos que no llegué a tener.

Había cumpleaños a los que no fui. Veranos que no compartí. Tardes insignificantes que ahora me parecían inmensas. La primera caída de Sophie de una bicicleta pequeña. Lucas disfrazado de no sé qué animal en una función del colegio. Meriendas. Excursiones. Domingos cualquiera. Vida. Vida de verdad. De la que no se fotografía entera, de la que solo quedan migas en una casa cuando ya es demasiado tarde.

—Joder… —murmuré, casi sin voz.

No sé en qué momento me llevé una mano a la boca. Solo sé que empecé a respirar peor. Noté el pecho cada vez más cerrado, las lágrimas llenándome los ojos antes de que pudiera hacer nada por evitarlo. Di un paso hacia una estantería baja, donde había más marcos. Más fotos. Un dibujo de Sophie con purpurina. Una huella diminuta marcada en arcilla. Una nota escrita por Lucas con letra torpe, seguramente de hacía años: "Mamá no entrar a mi cuarto sin llamar".

Aquello terminó de romperme.

No fue una caída elegante. No hubo una lágrima silenciosa resbalando con dignidad cinematográfica. Fue feo. Real. Se me dobló el cuerpo hacia delante, me tapé la cara con las dos manos y empecé a llorar con un desconsuelo que me avergonzó incluso mientras me atravesaba. Me salían sollozos secos, desordenados, dolorosos, de esos que nacen demasiado abajo y suben arrasándolo todo. No podía parar. No quería ni intentarlo. Había demasiado ahí dentro.

—Abril…

La voz de Liam me llegó cerca, grave, contenida.

Negué sin apartar las manos de la cara, no sé muy bien para qué. Quizás porque no quería que me viera así. Quizás porque, una vez más, había llegado tarde incluso a mi propio dolor.

Pero él se acercó igual.

No me pidió permiso. Tampoco me invadió de golpe. Simplemente se colocó delante de mí, me apartó una mano de la cara con una delicadeza que no esperaba en él y, cuando notó que ya no podía sostenerme más, me rodeó con los brazos.

Y yo me hundí.

Apoyé la frente en su pecho, agarrándome a su jersey con una desesperación que ni siquiera intenté disimular, y seguí llorando. Sentía el calor de sus manos en la espalda, firmes, tranquilas, subiendo y bajando despacio en un gesto casi hipnótico. No dijo nada durante un buen rato. Solo estuvo. Y aquella presencia silenciosa, sólida, sin frases vacías ni consuelos torpes, terminó de derrumbarme y sostenerme al mismo tiempo.

Cuando por fin levanté la cabeza, tenía la cara empapada, la respiración todavía rota y una sensación absurda de pudor demasiado tardío. Liam me miraba con una intensidad serena que no tenía nada de incómodo. Nada de impaciencia. Había en sus ojos algo cálido. Algo que me tocó un sitio muy vulnerable.

No pensé.

O quizás pensé demasiado y demasiado rápido.

Lo único que sé es que me acerqué y lo besé.

Fue un beso torpe. Breve al principio. Nacido de la emoción, del desorden, del alivio feroz de no estar sola en aquel instante. Noté cómo se quedaba quieto una fracción de segundo, sorprendido quizás, y luego respondió. No con violencia ni con ansia. Solo inclinándose hacia mí, aceptándolo, dejando que existiera. Y en ese gesto hubo algo tan claro, tan limpio, que me temblaron aún más las manos.

Me habría quedado ahí más tiempo.

Lo supe enseguida.

Pero él no fue más allá.

Cuando el beso terminó, no me apartó de forma brusca ni me dejó caer en una distancia repentina. Hizo justo lo contrario. Apoyó la frente un instante contra la mía, me sostuvo la cara entre las manos con una suavidad extraña en alguien como él y después volvió a abrazarme, cerrándome dentro de sus brazos con una calma que me desarmó más que cualquier otra reacción.

No hubo prisa.

No hubo avance.

Solo ese abrazo. Largo. Entero. Casi protector.

Y, por alguna razón, aquello me afectó todavía más.

Cerré los ojos. Lo escuché respirar. Noté la estabilidad de su cuerpo contra el mío, la manera en que me mantenía cerca sin exigirme nada, sin convertir aquel momento en algo que yo no pudiera soportar.

Cuando nos separamos un poco, fui yo la que bajó la mirada primero.

—Lo siento —murmuré, todavía con la voz tomada por el llanto.

Él negó despacio.

—No lo sientas.

No dijo nada más, y se lo agradecí. No estaba preparada para analizarlo. Ni para nombrarlo. Ni para admitir lo que acababa de pasar entre aquellas paredes llenas de recuerdos.

Se hizo un silencio suave entre los dos. Menos duro que todos los anteriores.

Yo respiré hondo, una vez, y me limpié las mejillas con las manos, aunque sabía que debía de tener una cara espantosa. Liam apartó con los pulgares el resto de humedad bajo mis ojos con un gesto casi automático, tan natural que me dejó quieta un segundo.

—Vámonos de aquí ya —me pidió al final—. Te invito a cenar.

Lo miré.

No sonó a propuesta para llenar el tiempo. Sonó a refugio.

Asentí sin ganas de discutir.

—Vale.

Me dejó unos minutos para recorrer una vez más la casa, esta vez sin alejarse demasiado. No toqué casi nada. No habría sabido por dónde empezar. Pero miré. Guardé. Me dejé atravesar por lo que dolía hasta que dejó de hacerlo con tanta violencia.

Y luego me fui con él.

No porque estuviera mejor.

Todavía no.

Pero sí lo bastante entera para sentarme enfrente de alguien que, sin hacer preguntas, había conseguido acompañarme en el peor sitio posible.

Capítulo 16



El restaurante estaba a pocos minutos del pueblo, en una carretera secundaria que se abría paso entre colinas suaves y árboles desnudos. No era grande ni especialmente llamativo desde fuera; una fachada de piedra, una luz cálida filtrándose por las ventanas y un pequeño cartel de madera que anunciaba el nombre con discreción. Sin embargo, al entrar, todo cambiaba. El ambiente era acogedor, íntimo, con mesas bien separadas, velas encendidas y un murmullo bajo que invitaba a quedarse.

Agradecí el contraste.

Después de la casa de Carla, necesitaba algo así. Algo que no doliera al respirar.

Nos sentaron junto a una ventana desde la que apenas se distinguía el exterior, ya oscuro.

La luz del interior se reflejaba en el cristal, devolviéndonos una imagen tranquila, casi ajena a todo lo demás. Me quité el abrigo despacio, todavía arrastrando una parte de lo que había sentido allí dentro, pero ya sin ese peso asfixiante. Él me ayudó y retiró la silla para que me sentara en un gesto que le salió de lo más natural. Quién lo hubiera pensado en nuestros comienzos, cuando cualquier gesto era interpretado como una declaración (casi formal) de guerra.

Liam pidió una botella de vino tinto sin consultar demasiado, aunque me lanzó una mirada breve, como confirmando que estaba bien. Asentí. En ese momento, me parecía perfecto. De hecho, sabía que era de mi gusto porque descorchamos alguna que otra botella en su casa, durante mi breve estancia.

Cuando el camarero se alejó, apoyé los codos en la mesa con cuidado, dejando que el calor del lugar terminara de calarme. Había algo en el silencio que compartíamos que me resultaba familiar, nada de lo que pretendiera huir. Más bien lo contrario. Era un silencio lleno, sostenido, que no necesitaba rellenarse a toda prisa.

—¿Estás mejor? —me preguntó él al cabo de unos segundos, con la voz baja.

Asentí, aunque no de forma automática.

—Sí… —me tomé un instante antes de continuar—. O al menos… más tranquila.

No insistió. Se limitó a aceptar la respuesta con un leve gesto de cabeza, como si no necesitara más explicación. Aquello, otra vez, me desarmó un poco.

El vino llegó poco después. Sirvió primero en mi copa y luego en la suya, con un gesto tranquilo. Observé cómo lo hacía sin pensar demasiado en ello, en la forma en que sus manos se movían con seguridad, sin prisas. Cuando me tendió la copa, la sostuve un segundo antes de acercarla a los labios.

El primer sorbo fue justo lo que necesitaba.

Cálido. Suave. Con ese punto que relaja sin adormecer.

Apoyé la copa de nuevo sobre la mesa, dejando escapar un suspiro leve.

—Gracias por traerme aquí.

Él negó ligeramente.

—No tienes que darme las gracias por eso. Es un placer, lo digo en serio.

Lo miré un instante más de lo previsto. No sabía exactamente qué responder a eso, así que opté por algo más sencillo.

—Aun así… gracias.

Hubo una pequeña pausa antes de que él apoyara los antebrazos sobre la mesa, entrelazando las manos delante de sí. No parecía incómodo. Más bien pensativo.

—Antes dijiste que necesitabas ir a la casa —empezó, con calma—. ¿Por algo en concreto?

Bajé la mirada hacia la copa, girándola suavemente entre los dedos.

—No lo sé —admití—. Quizás porque allí descubro partes de mi hermana y de los niños que me perdí en estos años.

El silencio que siguió me dio espacio para ordenar lo que quería decir, para decidir cuánto contar y cómo hacerlo.

—No tenía una vida muy… estable —añadí al final, alzando la vista hacia él—. Iba de un sitio a otro. Cambiando de ciudad, de país… sin quedarme demasiado tiempo en ningún lado.

Vi cómo me observaba con atención, sin interrumpirme.

—¿Por qué? —preguntó entonces.

No fue una pregunta invasiva. Ni directa en exceso. Solo… clara.

Tomé aire despacio.

—Supongo que porque era más fácil así —respondí—. No quedarme. No arraigarme demasiado. No tener que enfrentarme a ciertas cosas. Nunca he sido una persona demasiado profunda. Entiendo que necesitaba experimentar mi libertad en toda su dimensión.

Hice una pequeña pausa, consciente de lo que estaba diciendo.

—Y también porque me gustaba —añadí, con una media sonrisa que no terminaba de serlo—. Viajar, conocer sitios, sentir que siempre había algo nuevo esperándome en otro lado. Era… sencillamente estimulante.

Liam asintió despacio.

—¿Y ahora?

La pregunta salió, era lógico. Lo que ambos traíamos entre manos lo requería.

Miré un segundo hacia la ventana, hacia nuestro reflejo tenue en el cristal.

—Ahora… —dejé la frase en suspenso, buscando las palabras—. No lo tengo tan claro. Me refiero a lo de… No a lo de volver a irme al otro lado del planeta, que esto está claro que ya está descartado. Pero hablo ya sabes… de mi idea de volver con los niños a España, a mi casa, de todo lo que a ti y a mí nos enfrentó al principio.

Volví a mirarlo. Parecía estar tremendamente interesado en lo que tuviera que decirle al respecto.

—Antes tenía sentido. Todo encajaba. Pero ahora… —negué ligeramente con la cabeza—. Ahora hay demasiadas cosas que me hacen dudar de si esa idea fue buena.

Él no apartó la mirada.

—Los niños. Los niños te están haciendo madurar a marchas forzadas.

Asentí.

—Sí. A ver, que tampoco antes era una cabeza loca y no vivía debajo de un puente, que todo estaba relativamente organizado, pero que ahora debo mira por su bienestar.

El camarero apareció para tomar nota de la comida, y ese pequeño paréntesis me dio unos segundos para recomponerme. Pedimos algo ligero, casi sin pensarlo demasiado. Ninguno parecía tener especial hambre, pero sabíamos que debíamos comer.

Cuando volvimos a quedarnos solos, retomé la conversación sin darme cuenta.

—Cuando llegué, tenía claro que quería llevármelos conmigo a España y crear un hogar con ellos —confesé—.Era lo lógico, ¿no? Sacarlos de aquí, darles otra vida, empezar de cero, escapar del dolor, supongo.

Me detuve un instante, girando la copa otra vez entre los dedos.

—Pero ahora ya no lo veo tan claro.

Liam no dijo nada. Esperó.

—Lucas… —continué, apoyando la mirada en la mesa un segundo antes de volver a levantarla—. Lucas necesita esto. Este lugar. Sus rutinas. Todo lo que le resulta familiar. Para él, cambiarlo todo ahora sería… demasiado.

Tragué saliva antes de seguir.

—Y Sophie se adaptaría a cualquier cosa, pero… eso no significa que sea lo mejor para ella.

El vino empezaba a hacer efecto de una forma suave, soltándome lo justo para decir lo que llevaba días rondándome por dentro.

—No quiero romper lo poco que les queda estable —añadí en voz baja.

Hubo un silencio breve.

—¿Te estás planteando quedarte? —preguntó Liam.

La pregunta llegó sin presión, pero con un peso evidente.

No respondí de inmediato.

—Me lo estoy planteando —admití finalmente—. No sé si es definitivo ni cómo encajaría todo… pero sí. Lo estoy pensando.

Sentí algo extraño al decirlo en voz alta. Más real. Más cercano.

—Quiero que estén bien —añadí, apoyando la mirada en la suya—. Aunque eso signifique cambiar mis propios planes.

Liam sostuvo mi mirada unos segundos más de lo habitual. No había sorpresa en su expresión. Tampoco juicio. Solo una especie de reconocimiento silencioso.

—No es una decisión pequeña —dijo al final.

Negué suavemente.

—No lo es.

El camarero trajo la comida en ese momento, interrumpiendo la conversación de forma oportuna. Durante unos minutos, nos centramos en platos sencillos, en comentarios triviales, en recuperar un poco la normalidad que habíamos dejado suspendida en la casa de Carla.

Poco a poco, la tensión fue desapareciendo.

El vino ayudó. La calidez del lugar también. Y, sobre todo, esa forma que tenía Liam de estar presente sin invadir, de acompañar sin dirigir, de escuchar sin necesidad de llenar cada silencio.

—Valencia —murmuró en un momento dado, retomando el hilo con suavidad—. ¿Es muy diferente a esto?

Sonreí, esta vez de verdad.

—Mucho.

Me apoyé un poco más en el respaldo de la silla, relajándome.

—Luz, calor, ruido… gente por todas partes. El mar. Terrazas llenas incluso en invierno. Comida que te obliga a sentarte sin mirar el reloj.

Liam escuchaba con atención, como si intentara imaginarlo.

—No suena mal.

—No lo es —admití—. Pero tampoco es lo que ellos necesitan ahora.

Hubo algo en ese reconocimiento que me dejó una sensación extraña. No de renuncia, exactamente. Más bien de ajuste. De aceptar que las cosas no siempre se colocan donde una pensaba.

El resto de la cena transcurrió con una calma distinta. Menos pesada. Hablamos de mis viajes, de los suyos, de anécdotas sin importancia, de pequeñas cosas que, sin embargo, iban dibujando una imagen más completa del otro. Descubrí detalles de Liam que no esperaba: gustos comunes, cierta ironía seca, una forma de ver el mundo más abierta de lo que su carácter inicial dejaba entrever.

Y, sin darme cuenta, empecé a sentirme bien.

De verdad.

No porque todo estuviera resuelto. Ni mucho menos. Sino porque, porque no estaba luchando contra nada. Solo estaba allí. Sentada frente a alguien que, sin grandes gestos, había conseguido que la noche dejara de pesar.

Cuando salimos del restaurante, el aire frío me despejó lo justo para darme cuenta de ello.

Y también de que, quizás, todo estaba empezando a cambiar un poco más de lo que había previsto.

Capítulo 17



El bar estaba lleno, pero no agobiaba. Música suave, luz baja, ese murmullo constante que no molesta, que envuelve. Habíamos llegado casi sin pensarlo, como una prolongación natural de la cena, y en cuanto crucé la puerta supe que no quería volver todavía a su casa.

Aún llevaba dentro el calor del vino, la conversación tranquila, esa sensación extraña (y agradable) de estar bien. De verdad bien. Hacía tiempo que no me pasaba algo así, sin peso, sin urgencia, sin esa necesidad constante de salir zumbando antes de que algo se complicara.

Nos acomodamos en la barra primero. Liam pidió dos copas al camarero. Me apoyé en el borde, girando ligeramente el cuerpo hacia él, con la sensación de que todo estaba… más cerca. Más fácil.

—No te imaginaba en un sitio así —le dije, observándolo de reojo mientras el camarero dejaba las copas delante.

—¿Y cómo me imaginabas?

Sonreí, llevándome la bebida a los labios.

—Más de… —hice un gesto vago— pub tranquilo, sin música, con gente hablando en voz baja.

Él arqueó apenas una ceja.

—Y esto no es tranquilo.

—Esto tiene ritmo —respondí, apoyando la copa—. Es distinto.

Liam asintió levemente, pero no apartó la mirada de mí. Había algo en sus ojos que no estaba antes. Algo más directo. Más presente. Y, sin darme cuenta, dejé de prestar atención al resto.

Nos quedamos un rato ahí, hablando de cosas sin importancia, de detalles pequeños que, sin embargo, iban rellenando los huecos. Me sorprendí riendo con él más de una vez, sin pensar en cómo sonaba, sin medir el gesto. Y eso, en nosotros, era raro.

En algún momento, la música cambió. Subió un poco el ritmo, algo más marcado, más fácil de seguir. Miré hacia la pista improvisada que se había formado en el centro del local y luego volví a él.

—Baila conmigo —le pedí sin pensar y con los ojos encendidos.

Liam soltó una pequeña risa, negando con la cabeza.

—No. Va a ser mejor que no.

—¿No?

—No te lo tomes a mal. Pero no soy de bailar.

—Eso es porque no te han insistido lo suficiente.

Apoyé la mano en su antebrazo, inclinándome un poco hacia él.

—Vamos.

Negó otra vez, pero esta vez más suave.

—Abril…

—Liam —repliqué, imitando su tono—. No es una negociación. Es una orden.

Me sostuvo la mirada unos segundos. Dudó. Lo vi claramente en ese pequeño cambio en su expresión, en la forma en que exhaló antes de apartar la copa.

—Una canción.

Sonreí, victoriosa.

—Te vas a arrepentir de haber puesto límite.

Lo arrastré prácticamente hasta la pista, abriéndome paso entre la gente. No había demasiado espacio, pero sí el suficiente. Me giré hacia él, colocándome frente a frente, y por un segundo ninguno de los dos se movió.

La música marcó el ritmo.

Di un pequeño paso hacia él.

—Relájate —murmuré—. No es tan complicado.

Apoyó las manos en mi cintura con una cautela que me llamó la atención. No era torpeza. Era contención. Como si midiera cada gesto antes de hacerlo. Si algo tenía claro era que no se trataba del típico aprovechado que, a la primera de cambio, te mete cuello.

Yo no actué con tanto tacto.

Deslicé las manos por sus hombros, acercándome un poco más, reduciendo esa distancia que aún parecía sostener por inercia. Noté cómo su respiración cambiaba ligeramente, cómo sus manos se afirmaban con más seguridad.

—Así está mejor —le aseguré en voz baja.

Empezamos a movernos despacio, al principio con cierta rigidez por su parte, pero poco a poco fue soltándose. No era un bailarín espectacular, pero tampoco necesitaba vivir de ello. Había algo en su forma de adaptarse al ritmo, en cómo se dejaba llevar sin exagerar nada, que resultaba… atractivo.

Muy atractivo.

Levanté la vista.

Y entonces sí.

El resto desapareció un poco.

No del todo, pero lo suficiente.

Había una intensidad nueva en la forma en que me miraba. Ya no era solo atención. Era algo más profundo, más cargado, que me recorría la piel con una facilidad inquietante. Sentí un pequeño escalofrío, leve pero claro, y me acerqué un poco más sin pensarlo.

—No lo haces tan mal —murmuré.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Nunca te he mentido. Y tú a mí tampoco, eso lo valoro —le confesé.

Mis dedos se deslizaron ligeramente por la parte posterior de su cuello, un gesto casi inconsciente que provocó que sus manos se tensaran un segundo sobre mi cintura antes de relajarse de nuevo.

El movimiento se volvió más natural.

Más cercano.

Ya no había espacio entre los dos.

Notaba el calor de su cuerpo, la firmeza de sus brazos, el ritmo de su respiración acompasándose poco a poco con el mío. Y entonces constaté que no había ruido dentro de mi cabeza. No había pensamientos cruzados ni dudas constantes. Solo ese momento.

Y él.

Apoyé la frente brevemente contra su hombro, cerrando los ojos un segundo. Me sentía bien. Demasiado bien. Y eso, en lugar de asustarme, me hizo querer quedarme ahí un poco más.

Liam no se movió.

Al contrario.

Ajustó ligeramente la posición, acercándome más, en un gesto casi imperceptible pero claro. Sus manos subieron apenas por mi espalda, lo justo para sostenerme con más firmeza, sin invadir, sin precipitar nada.

—Abril…

Dijo mi nombre bajo, cerca de mi oído.

Abrí los ojos despacio, separándome lo justo para mirarlo.

No hacía falta que dijera nada más.

Lo supe.

En la forma en que me miraba.

En ese silencio cargado que se instaló entre los dos, completamente ajeno a la música, a la gente, a todo lo demás.

Deslicé una mano por su mejilla, deteniéndome ahí un segundo. Él no apartó la cara. Tampoco avanzó.

Me acerqué yo.

Muy despacio.

Y lo besé.

Fue un beso distinto al de la casa de Carla. Más consciente. Más contenido al principio, pero también más firme. Noté cómo respondía casi al instante, sin dudas esta vez, profundizando ligeramente, acercándome más hacia él.

El mundo se redujo otra vez.

A eso.

A ese contacto.

A esa tensión que llevaba días creciendo sin que ninguno de los dos la nombrara.

Mis manos subieron hasta su cuello, enredándose ligeramente, mientras las suyas me sujetaban con más decisión. No había prisa, pero sí una intensidad clara, sostenida, que me hizo olvidar dónde estábamos durante unos segundos.

Me separé apenas para respirar, sin alejarme del todo.

—Liam…

No terminé la frase.

No era necesario.

Volví a acercarme, rozando sus labios otra vez, dejando que ese momento se alargara un poco más, que se quedara ahí, suspendido entre lo que ya era evidente y lo que todavía no habíamos cruzado.

Y, por primera vez, no quise pensar en nada más.

Capítulo 18



El trayecto de vuelta fue corto.

Demasiado corto.

Apenas hablamos. No porque no hubiera nada que decir, sino porque todo estaba ya ahí, flotando entre los dos, cargando el aire dentro del coche con una tensión distinta a la de antes. Más densa. Más directa. Yo miraba al frente, pero era consciente de cada uno de sus movimientos, de la forma en que sujetaba el volante, de cómo cambiaba de marcha con una calma que no terminaba de engañarme.

El silencio no era incómodo.

Era… expectante.

Cuando aparcó frente a la casa, ninguno de los dos se movió de inmediato. El motor se apagó y, durante unos segundos, lo único que se escuchó fue el leve crujido del metal enfriándose.

Giré la cabeza hacia él.

No dije nada.

Liam tampoco.

Salimos casi al mismo tiempo. El aire gélido me golpeó la cara, despejándome un poco, pero no lo suficiente como para enfriar lo que llevaba dentro. Caminamos hasta la puerta sin prisa, aunque tampoco nos detuvimos. Había algo inevitable en ese momento, algo que nos empujaba hacia dentro sin necesidad de palabras.

Liam abrió.

Entramos.

La casa estaba en silencio. Vacía. Con ese eco suave que dejan las estancias cuando no hay nadie más. Cerró la puerta detrás de nosotros y, antes de que pudiera dar dos pasos más, me giré.

Lo miré.

Y esta vez no esperé.

Me acerqué directamente, agarrando su jersey con una mano mientras la otra subía hasta su cuello, y lo besé con una intensidad que no dejaba margen a la duda. Él respondió al instante, sin contenerse ya, rodeándome con los brazos y atrayéndome hacia él con una firmeza que me hizo perder el equilibrio durante un segundo. Y también la cabeza.

Retrocedimos casi sin darnos cuenta.

Un paso.

Luego otro.

Hasta que mi espalda encontró la pared del recibidor.

No dolió.

Solo me ancló ahí.

Sus manos se deslizaron por mi cintura, subiendo por mi espalda con decisión, pegándome más a él. El beso se volvió más profundo, más urgente, dejando atrás cualquier resto de cautela. Sentía su respiración entrecortarse contra mis labios, el calor de su cuerpo, la presión de sus manos, todo demasiado claro, demasiado presente.

Yo no me aparté.

Al contrario.

Me acerqué más, si eso era posible, respondiendo con la misma intensidad, dejándome llevar sin pensar en nada más. Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando suavemente, acercándolo con urgencia, y noté cómo su cuerpo reaccionaba a ese gesto con una tensión nueva.

Se separó apenas para respirar.

Solo un segundo.

—Abril…

Su voz sonó distinta. Más baja. Más cargada.

Volví a besarlo antes de que pudiera decir nada más.

No quería palabras.

No en ese momento.

Deslicé las manos por su cuello, bajando después por su pecho, notando el ritmo acelerado bajo la tela. Él respondió igual, con un movimiento más decidido, recorriendo mi espalda, mi cintura, deteniéndose en ese punto donde la cercanía ya no ayudaba a fingir que aquello era algo ligero.

Dimos otro paso.

Y otro.

Hasta el salón.

La luz tenue procedente del jardín nos envolvió de forma suave, sin romper el momento. Apenas presté atención a nada más. Solo a él.

A cómo me miraba.

A cómo volvía a besarme.

A cómo el tiempo parecía haberse reducido a eso.

Pero entonces…

Algo cambió.

No fue brusco.

Ni evidente al principio.

Fue un pequeño gesto.

Una pausa más larga de lo normal.

Sus manos se quedaron quietas sobre mi cintura, sin seguir avanzando. El beso perdió un poco de intensidad, no porque desapareciera, sino porque algo en él se tensó. Se separó unos centímetros, apoyando la frente contra la mía, respirando más hondo.

Yo tardé un segundo en entenderlo.

—¿Qué pasa? —murmuré, todavía cerca, todavía dentro de ese momento.

No respondió de inmediato.

Cerró los ojos un instante, como si necesitara ordenar algo antes de decirlo. Sus manos no me soltaron, pero ya no me acercaban más.

—Liam…

Le llamé más bajo esta vez.

Él abrió los ojos.

Y lo vi.

No era rechazo.

Eso lo supe enseguida.

Pero tampoco era lo que estaba esperando.

Había algo contenido en su mirada. Algo que frenaba todo lo demás.

—Es mejor parar —dijo finalmente, en voz baja.

La frase me golpeó más de lo que esperaba.

Me aparté, lo justo para mirarlo bien.

—¿Parar?

Noté cómo mi respiración seguía acelerada, descolocada con respecto a la suya.

—Sí.

—¿Por qué?

La pregunta salió más directa de lo que pretendía. No había reproche aún, pero sí una confusión clara que no conseguía disimular.

Liam bajó la mirada un segundo antes de volver a levantarla.

—Porque… —empezó, pero no terminó la frase.

Apreté ligeramente los labios, intentando entender.

—No lo entiendo.

Y era verdad.

Hacía apenas unos segundos todo estaba claro. Todo fluía. No había dudas, no había distancia. Y, de repente, aquello.

—Abril —repitió mi nombre con calma, aunque se notaba la tensión bajo la superficie—. No es buena idea.

Esa frase sí dolió.

Más.

No por lo que decía, sino por lo que implicaba.

—¿No es buena idea? —le repetí, separándome un poco más—. ¿Después de todo esto?

Hice un gesto leve con la mano, señalando el espacio entre los dos, lo que acababa de pasar.

Él no se movió.

—Precisamente por eso.

Negué, sin terminar de asimilarlo.

—Hace un momento no parecía que pensaras eso.

—Lo sé.

La respuesta fue inmediata. Sincera.

—Entonces…

No supe cómo seguir.

Porque, de repente, todo lo que había sentido (la cercanía, la conexión, la forma en que me había mirado) no encajaba con aquello.

Liam pasó una mano por su nuca, tensando ligeramente la mandíbula antes de hablar.

—No quiero hacer esto mal.

Lo miré, intentando encontrar sentido a sus palabras.

—¿Mal?

—Sí.

Di un paso atrás.

Pequeño.

Pero suficiente.

—Vale.

No añadí nada más.

Porque no sabía qué añadir.

Porque, por primera vez en toda la noche, me sentí fuera de sitio. Descolocada. Con una sensación que me pilló desprevenida y que no terminaba de encajar con lo que había pasado minutos antes.

Él dio un paso hacia mí, como si quisiera acercarse otra vez.

Pero ya no era lo mismo.

—Abril…

—No pasa nada —me adelanté, cortando la frase antes de que la terminara.

Mentí.

Y los dos lo sabíamos.

Aun así, mantuve la mirada.

—De verdad.

Me obligué a sostener el gesto, a recomponerme lo suficiente como para no dejar ver demasiado. Porque, aunque no entendiera lo que acababa de pasar, había algo dentro de mí que ya empezaba a protegerse.

Y eso… eso sí lo entendía perfectamente.

Me desperté con una sensación mala en el pecho.

No era agitación exactamente. Tampoco calma. Algo intermedio, inestable, que me mantuvo unos segundos mirando al techo sin moverme, intentando ubicarme.

La noche anterior volvió de golpe.

El beso.

El beso.
Su forma de sujetarme.
Y, después, ese freno.

Giré la cabeza hacia su lado de la cama.

Vacío.

Las sábanas estaban frías.

Fruncí el ceño, incorporándome despacio, todavía envuelta en esa mezcla absurda de expectativa y resaca emocional. No era propio de Liam desaparecer así sin más. O quizás sí. Tampoco es que lo conociera tanto. Qué sabía yo de ese hombre en realidad, aparte de que, sin apenas percatarme de ello, me había ido acercando a él de una manera que ya era innegable. Y no solo físicamente.

Finalmente, opté por levantarme. Tampoco era plan de continuar en la cama toda la mañana.

Me dirigí hacia la cocina. Entonces la vi.

Una nota, doblada con pulcritud, sobre la mesa.

La cogí.

"Salgo temprano. Tengo trabajo fuera todo el día. Nos vemos luego."

Nada más.

Ni una explicación.

Ni una referencia a lo de anoche.

Solté el aire por la nariz, con una risa seca que no tenía ni pizca de gracia.

—Claro… —murmuré para mí misma.

Perfecto.

Moira entró entonces en la cocina, procedente de la despensa.

—Buenos días —me saludó con su tono suave.

Quizás sea un poco paranoica y lo que voy a comentar no tenga ningún sentido, pero para mí que detectó que yo no estaba pasando por mi mejor momento.

—Buenos días —le respondí, apoyándome en la encimera.

—¿Te apetece ayudarme? Voy a preparar *haggis* y *cranachan.*

El *haggis* lo conocía, ese intenso plato con deliciosa carne de cordero especiada con avena que se sirve con puré de patatas y nabo. En cuanto al *cranachan*, no lo había probado. En casa de Carla no eran muy de postres, mi hermana prefería que la familia tomara frutas y zumos naturales. Hasta para eso era equilibrada.

Moira me contó que se trataba de un postre emblemático en las Highlands que apasionaba a Liam, elaborado a base de nata, fresas, avena tostada y miel con un toque de whisky.

Lo único que se me venía a la cabeza en ese instante es que yo sí que cogería una botella de whisky y me la bebería a morro, más que deleitarme con un poco de su sabor en un postre. En fin…

Durante un rato me limité a ayudarla. Cortar, recoger, hacer algo con las manos que me mantuviera centrada. Ella hablaba lo justo, y lo agradecí. No estaba para conversaciones.

—Voy a ir a hacer la compra —comentó al cabo de un rato—. ¿Quieres venir?

Negué casi al instante.

—No… no me apetece. Me quedo aquí. Pero gracias.

Asintió sin insistir.

—No tardo.

—Vale.

Escuché la puerta cerrarse.

Y entonces, silencio.

Un silencio distinto. Más denso. Más evidente.

Me quedé un momento apoyada en la encimera, sin hacer nada, simplemente respirando, dejando que la casa se asentara alrededor.

Hasta que lo oí.

Un coche.

Fruncí el ceño y me giré hacia la ventana de la cocina.

El vehículo entró directamente por la entrada, sin dudar, sin detenerse. Como si conociera perfectamente el camino.

—¿Y este?… —murmuré.

No llamó.

Ni siquiera redujo la marcha.

Se detuvo frente a la casa y, segundos después, la puerta se abrió.

Bajó una mujer.

Alta. Muy alta. Y guapa. Muy guapa.
Cabello pelirrojo, brillante incluso bajo la luz gris del día.
Y una forma de moverse… segura. Demasiado segura.

Mi estómago se tensó sin motivo aparente.

Salí de la cocina casi por impulso y rodeé la casa hasta el jardín.

Ella ya estaba allí.

Se giró en cuanto me vio.

Nos quedamos mirándonos.

Un segundo.
Dos.

—¿Quién eres tú? —me preguntó directamente, sin molestarse en suavizar el tono.

Parpadeé, desconcertada por la forma.

—Perdona… ¿quién eres tú?

Su expresión cambió apenas. Una ligera elevación de la barbilla.

—Soy Samantha.

Pausa.

—La mujer de Liam.

El mundo no se detuvo.

Pero algo dentro de mí sí.

Fue como si todo encajara de golpe… y, al mismo tiempo, dejara de tener sentido.

La noche anterior.
El freno.
La distancia.

Noté cómo se me enfriaban las manos.

—Eso… no puede ser —le respondí, más firme de lo que me sentía.

Ella soltó una pequeña risa, sin humor.

—Claro que puede ser.

Me recorrió de arriba abajo con la mirada.

Sin disimulo.

—¿Y tú qué eres? —añadió—. ¿Su amante?

El golpe fue directo.

—No —respondí, seca.

—Ya… —replicó, cruzándose de brazos—. Pues lo parece.

La irritación me subió rápido, mezclándose con algo más feo, más difícil de identificar.

—Liam no está —le dije, cortante—. Ha salido a trabajar.

—Perfecto —respondió al instante—. Pues iré a buscarlo.

Ni una duda. Ni una pausa.

Se dio la vuelta con esa misma seguridad con la que había entrado, como si todo aquello le perteneciera.

Como si yo no fuera nadie.

La vi alejarse, subirse al coche y desaparecer sin mirar atrás.

Y entonces me quedé sola.

De verdad.

El silencio volvió, pero ya no era el mismo.

Era irrespirable.
Era denso.
Era… insoportable.

Me llevé una mano a la frente, cerrando los ojos un segundo.

—No… —susurré.

No podía ser.

No podía.

Pero lo era.

Porque, de repente, todo tenía sentido.

Tragué aire.

Y entonces dejé de pensar.

Subí las escaleras sin detenerme, con una decisión que no necesitaba analizar. Abrí el armario, saqué la maleta y empecé a meter ropa sin orden, sin cuidado.

Camisetas.
Pantalones.
Todo.

Cada movimiento era más brusco que el anterior.

Más rápido.

Más definitivo.

—Ni una palabra… —murmuré entre dientes—. Ni una maldita palabra…

Cerré la cremallera de golpe.

Bajé, cogí mis cosas y salí de la casa sin mirar atrás.

El trayecto hasta la casa de Carla se me hizo borroso. Automático. Solo tenía clara una cosa: no iba a quedarme ni un minuto más en la de Liam.

En cuanto cerré la puerta detrás de mí, apoyé la espalda contra ella y respiré hondo.

Una vez.
Otra.

Saqué el móvil.

Dudé apenas un segundo.

Y grabé el audio.

Abril: "No sé qué clase de juego te traes, pero no pienso formar parte. A partir de ahora, cualquier cosa relacionada con los niños la hablamos a través de abogados. Es lo mejor. Y lo único que voy a aceptar. No tengo nada más que decirte."

Lo envié sin escucharlo.

Sin corregirlo.

Sin arrepentirme.

Luego dejé el móvil sobre la mesa.

Y el temblor llegó.

No por él.

Sino por lo que acababa de romper.

Capítulo 19



El móvil vibró sobre la mesa.

Una vez.
Otra.

La pantalla se iluminó.

Liam.

Se me tensó la mandíbula al instante.

No lo cogí.

Dejé que sonara. Que insistiera. Que se diera contra el silencio que él mismo había creado.

Se cortó.

Volvió a entrar la llamada casi de inmediato.

Liam.

Solté el aire despacio, notando cómo me subía otra vez la rabia, más limpia ahora, más dirigida.

—No… —murmuré—. No ahora.

Tercera llamada.

La miré un segundo.

Y entonces la corté.

Directamente.

Sin contemplaciones.

Abrí WhatsApp.

Los dedos se movieron solos, con una claridad casi fría.

Abril: "No vuelvas a llamarme. Te lo digo muy en serio. Si vuelves a contravenir lo que te estoy pidiendo, te juro que lo vas a pagar caro. No tienes ni idea de cómo me las gasto cuando me empujan al límite. Se acabó el buen rollo entre nosotros. A partir de ahora, todo se hace por las vías que correspondan."

No lo releí más de la cuenta.

Enviar.

El doble check apareció al instante.

Dejé el móvil boca abajo.

Respiré.

Una vez.
Otra.

Pero la calma no terminaba de asentarse. Había demasiado acumulado, demasiadas piezas encajando de golpe.

Cerré los ojos un segundo.

La noche anterior.

Su mano en mi espalda.
Su boca en la mía.
Ese momento en el que todo parecía… fácil.

Y luego, el freno.

La distancia.

La nota de esa mañana.

Y, después, ella.

"La mujer de Liam."

Abrí los ojos de golpe.

—Joder…

Cogí el móvil otra vez.

Busqué un nombre.

Nerea.

Llamar.

Tardó unos segundos en contestar.

—¿Abril? —su voz sonó sorprendida—. ¿Estás viva o qué? Llevo días sin saber nada de ti.

Casi se me escapa una risa.

Casi.

—Sí… —respondí, suspirando hondo—. Estoy. Más o menos.

—Más o menos no me vale —replicó al instante—. ¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

No sabía muy bien por dónde empezar.

—Han pasado cosas… —murmuré.

—Ya veo —respondió—. Cuéntame.

Apoyé la frente en la mano, cerrando los ojos un segundo.

—Nerea… —empecé, más despacio—. Liam y yo…

Me quedé ahí.

Buscando las palabras.

—¿Qué pasa con Liam? —me preguntó, más atenta ahora.

Solté el aire.

—Nos hemos acercado.

Silencio.

De esos que se llenan solos.

—¿No me digas? ¿Y quién predijo eso? Reconócelo, yo… —su tono era desafiante y risueño.

—Pues sí… —respondí, dejando escapar una risa breve—. Que no era solo lo de los niños. Ni las discusiones. Ha habido… otra cosa.

Me incorporé un poco, caminando despacio por la cocina mientras hablaba.

—Hemos empezado a entendernos. A bajar la guardia. A… —dudé un segundo— a mirarnos de otra manera.

—Abril… —murmuró, alargando mi nombre—. Estaba cantado.

—Sí.

Pausa.

—Y anoche…

Me detuve.

El recuerdo volvió con una claridad incómoda.

—Anoche fuimos a cenar, porque los niños están de convivencia —seguí—. Todo iba bien. Demasiado bien, incluso. Y al volver… nos besamos. Ya nos habíamos besado antes también, en casa de Carla. Pero lo de la noche…

Silencio al otro lado.

Pero no uno vacío.

Uno atento.

—¿Y qué pasó? —me preguntó bajito.

Cerré los ojos un segundo.

—Que… —exhalé— fue de esos besos que no se fingen, Nerea. De los que ya no puedes deshacer como si nada.

Noté cómo se me tensaba el pecho otra vez.

—Pero se paró.

—¿Se paró?

—Sí —respondí—. De repente. Sin explicación clara. Solo… dijo que era mejor así.

Nerea soltó un pequeño "vale…" al otro lado, intentando encajar la pieza.

—Y esta mañana no estaba —añadí—. Me dejó una nota. Trabajo fuera todo el día. Ni una palabra de lo de anoche.

—Eso ya huele raro…

—Espera —la corté, con una risa seca—. Que mejora.

Apoyé las manos en la encimera.

—Estaba en la cocina con Moira. Se ha ido a hacer la compra. Me he quedado sola. Y entonces… ha llegado un coche.

Noté cómo se me endurecía la voz sin querer.

—Entra sin llamar. Se baja una mujer. Alta. Pelirroja. Rabiosamente guapa. De esas que van pisando fuerte porque creen que todo es suyo.

—No me gusta nada cómo suena eso…

—A mí menos —respondí.

Inspiré hondo.

—Salgo al jardín. Nos miramos. Y me suelta… —hice una pausa, como si todavía necesitara procesarlo— me suelta que es Samantha. La mujer de Liam.

Silencio.

Esta vez largo.

—¿Qué? —le salió al fin.

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Tal cual.

—No puede ser…

—Eso le dije yo —murmuré—. Pero parece que sí puede.

Cerré los ojos un segundo.

—Y luego lo remata preguntándome que qué soy yo. Que si su amante.

—Madre mía…

—Sí.

Me pasé una mano por el pelo, todavía notando el eco de la escena.

—Se ha ido a buscarlo. Como si nada. Como si yo fuera… —me callé.

No hacía falta terminar la frase.

—Abril… lo siento —dijo Nerea, más suave—. De verdad.

Apoyé la cadera en la pared, como necesitando que me sostuviera.

—Me he quedado ahí, un segundo, sin entender nada. Y de repente… todo encaja.

—El beso. El freno.

—Exacto.

Abrí los ojos.

—Así que he subido, he cogido mis cosas y me he largado.

—Bien —respondió al instante—. Has hecho bien.

Asentí despacio.

—Le he mandado un audio diciendo que a partir de ahora, abogados.

—Perfecto.

—Y ahora mismo no pienso hablar con él de otra manera.

—Ni deberías.

Nos quedamos en silencio un momento. Era de esos silencios que sostienen.

—Joder, Abril… —añadió Nerea al final—. Vaya película te has montado sin avisar.

Sonreí, pese a todo.

—Ya ves… —murmuré—. Ni yo sabía que estaba dentro de ella.

—Y ahora sí.

—Ahora sí.

Solté el aire.

Más tranquila.

No porque doliera menos.

Sino porque ya estaba dicho.

Ya estaba fuera.

Y eso, en ese momento, ayudaba más de lo que parecía.

Cuando terminé de desahogarme con mi amiga, me puse manos a la obra. Tenía claro que había llegado el momento en el que la vida tenía que regresar a la casa de mi querida hermana.

Abrí la primera ventana con más fuerza de la necesaria.

El aire frío entró de golpe, arrastrando el olor cerrado de los últimos días, moviendo las cortinas con brusquedad, como si la casa también necesitara sacudirse algo de encima.

Me quedé unos segundos ahí, con la mano todavía apoyada en el marco, respirando hondo.

Otra.

Fui a la siguiente y la abrí igual.

Y otra.

Y otra más.

El sonido de los cierres, el viento colándose, la luz entrando sin permiso… todo empezó a cambiar poco a poco. La casa dejó de parecer ajena. Dejó de parecer la casa de otro.

—Vale… —murmuré—. Vamos a empezar.

Encendí el altavoz casi por impulso. No quería silencio. No ese silencio que te deja pensar demasiado.

Busqué sin mirar demasiado.

Y sonó.

"Cara y cruz".

La guitarra suave. La voz rota de Miguel Campello.

Justo lo que no necesitaba… y, al mismo tiempo, lo único que encajaba.

Solté una risa breve.

—Ahí le has dado.

Cogí el cubo, el trapo, lo que pillé primero. Empecé por el salón. Quité polvo, recoloqué cojines, moví muebles apenas unos centímetros, lo justo para sentir que algo cambiaba.

Pequeños gestos.

Pero constantes.

La música siguió sonando, llenando los espacios que antes estaban cargados.

Fui a las ventanas.

El cristal estaba sucio, opaco en algunas zonas. Mojé el trapo y empecé a frotar, con movimientos firmes, repetitivos, casi mecánicos.

Y sin darme cuenta…

Empecé a cantar.

Bajito al principio.

Luego un poco más alto. Escuchaba esa canción en bucle.

—"*Suelto las ganas de verte*…" —murmuré, casi sin voz.

El estribillo llegó.

Ese que aprieta donde no quieres.

—"*Voy a aprender todo lo que no me sé, todo lo que no aprendí…*" —seguí, apoyando la frente un segundo en el cristal antes de volver a frotar.

Tragué saliva.

No pensaba parar.

No todavía.

Cambié de ventana.

El ritmo de la canción marcaba los movimientos. Arriba. Abajo. Más fuerte en los bordes. Más despacio en el centro.

—*"De lo que pasó… la mitad se fue…"*

Solté el aire.

—Qué oportuno todo… —murmuré.

Seguí.

Cocina.

Encimera.
Fregadero.
Armarios.

Me iba familiarizando con todo. Sin necesidad real, pero con urgencia. Como si cada cosa en su sitio ayudara a poner algo dentro de mí también.

La canción volvió a sonar.

No la cambié.

No quise.

Dejé que me acompañara.

Que me acompañara ese tono triste, contenido, sin dramatismos exagerados… pero que cala.

—*"Todo se lo lleva el viento… y en este mismo momento…"*

Se me quebró un poco la voz.

No me detuve.

Fui al pasillo. Abrí más ventanas. El aire ya corría por toda la casa, llevándose lo que había quedado estancado.

Luego, la habitación de invitados.

Me quedé en la puerta un segundo.

Vacía.

Ordenada.

Pero fría.

Entré despacio.

En ella me alojé las pocas veces en que los visité en aquellos años. Abrí las cortinas. La luz entró sin esfuerzo. Me acerqué a la cama, retiré la colcha, sacudí las almohadas, puse sábanas que saqué del cajón.

El sonido de la tela, el gesto de estirar bien cada esquina, de alisar las arrugas con la palma de la mano… todo tenía algo de ritual.

De preparación.

Me detuve un segundo, mirando la cama ya hecha.

—Esta casa volverá a ser un hogar —murmuré pensando en mis sobrinos.

La canción seguía sonando de fondo.

Cerré los ojos un instante.

No iba a llorar.

No todavía.

Salí de la habitación, recogí lo que quedaba, guardé productos, dejé el cubo en su sitio.

La casa estaba distinta.

No perfecta.

Pero viva.

El aire se movía. La luz entraba. Todo parecía… más claro.

Pero dentro no.

Dentro seguía todo revuelto.

Fui al armario.

Saqué la botella de whisky.

La dejé sobre la mesa.

Cogí un vaso.

Me serví.

No poco.

Bebí de un trago.

El calor bajó rápido, quemando lo justo.

—Bien… —murmuré.

Otro.

Esta vez más despacio.

Apoyé la espalda en la silla, mirando un punto fijo sin verlo realmente.

La canción volvió a empezar.

—*"Voy a aprender…"*

Solté una risa breve.

—Claro que voy a aprender, voy a aprender a alejar a los patanes de mi vida… —susurré.

Otro trago.

El cuerpo empezó a relajarse. O a engañarse. No tenía claro cuál de las dos cosas era peor.

Me levanté con el vaso en la mano y subí las escaleras despacio.

La habitación.

La cama.

Me senté en el borde un momento, mirando el vaso.

—Menuda jugada… —murmuré.

Bebí.

Dejé el vaso en la mesilla.

Me tumbé sin cambiarme siquiera, mirando al techo.

El silencio volvió.

Pero ya no estaba vacío.

Ahora estaba lleno de todo.

La pelirroja.
Sus palabras.
La cara de Liam al irse esa mañana.
El beso.

Ese maldito beso.

Cerré los ojos.

Y entonces sí.

Las lágrimas llegaron.

Sin ruido al principio.
Luego más claras.

Me giré sobre un lado, apretando la almohada contra el pecho, intentando contener algo que ya no se contenía.

—Qué mierda… —susurré entre dientes.

No había rabia en ese momento.

Solo cansancio.

Y una sensación inmensa.

De soledad.

De esas que no se arreglan con nada inmediato. Ni con orden ni con aire fresco ni con whisky.

La canción seguía sonando abajo, lejana ahora.

Se me escapó una risa rota.

—Ya ves…

Cerré los ojos.

Y me quedé ahí.

Con el nudo en el pecho.

Con la casa en silencio.

Y con la certeza de que, por mucho que hubiera abierto todas las ventanas… había cosas que no se iban a marchar tan fácilmente.

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido.

El sonido llegó antes que la conciencia.

Un motor.

Lejano al principio.
Luego más claro.

Y, de repente, demasiado presente.

Abrí los ojos con una sensación espesa, como si me hubieran rellenado la cabeza de algodón mojado. Parpadeé varias veces, intentando enfocar el techo.

No lo conseguí del todo.

—Uf… —gemí, llevándome una mano a la frente.

Error.

El simple gesto hizo que todo diera una vuelta lenta, desagradable, que me obligó a cerrar los ojos otra vez.

Resaca.

De las grandes.

Intenté incorporarme un poco, apoyándome en el codo.

Peor idea todavía.

El estómago protestó al instante y tuve que quedarme quieta, respirando despacio, con la boca seca y un sabor horrible que me recordó, sin piedad, todo lo que había bebido.

—Joder…

La noche… no.

El día anterior.

Porque ni siquiera recordaba haber llegado a la noche.

Me había quedado dormida.
A media tarde.
Vestida.
Con el whisky todavía en el cuerpo.

Como un desastre.

Tragué saliva, notando la garganta áspera.

El motor volvió a escucharse.

Más cerca.

Abrí los ojos otra vez, esta vez obligándome a mantenerlos abiertos aunque doliera.

—¿Qué…? —murmuré.

Me giré como pude y miré hacia la ventana.

Un coche.

No.

Un taxi.

Fruncí el ceño, intentando despejarme lo suficiente como para entender qué hacía un taxi allí.

La puerta se abrió.

Y alguien bajó.

Tardé un segundo en procesarlo.

Dos.

Y entonces me incorporé de golpe.

—¿Qué…?

Mala idea otra vez.

La cabeza me dio un latigazo y tuve que agarrarme a la pared para no volver a caer sobre la cama.

—No puede ser…

Caminé hacia la ventana arrastrando los pies, todavía medio mareada, y aparté la cortina.

Y ahí estaba.

Nerea.

Pagando al taxista, con esa forma suya de moverse como si todo fuera perfectamente normal.

Parpadeé.

Una vez.
Dos.

—Estoy soñando… —murmuré.

No lo estaba.

La vi cerrar la puerta del coche, coger su bolso y mirar hacia la casa.

Directamente hacia la ventana.

Hacia mí.

Levantó la mano.

Sonrió.

—No puede ser… —repetí, esta vez en voz un poco más alta.

Bajé las escaleras como pude, agarrándome a la barandilla, con el cuerpo todavía torpe y la cabeza latiendo con cada paso.

Abrí la puerta.

Y ahí estaba.

—Hola —dijo, como si acabáramos de vernos el día anterior—. Vaya cara traes.

Me quedé mirándola.

—¿Qué haces aquí?

No sonó enfadado.

Sonó… perdido.

Ella inclinó la cabeza, observándome con esa mezcla de análisis y cariño que la caracterizaba.

—Buenos días a ti también —respondió, entrando sin pedir permiso.

Cerré la puerta despacio.

—Nerea…

—Me he cogido unos días de vacaciones —soltó, dejándolo caer como quien comenta el tiempo—. He pensado que te vendrían bien. Y, por suerte, encontré un pasaje en el primer vuelo de la mañana. No he pegado un ojo esta noche pensando en el madrugón que me venía.

Parpadeé otra vez.

—¿Vacaciones?

—Sí.

Dejó el bolso sobre la mesa y se giró hacia mí, cruzándose de brazos.

—Y por tu cara, he acertado.

Solté una risa breve, que se convirtió en un gesto de dolor al instante.

—No te rías, que se te parte la cabeza —añadió, señalándome con un dedo.

—Ya… gracias por el aviso…

Me apoyé en la encimera, cerrando los ojos un segundo.

—Estoy… fatal.

—Normal —respondió—. Hueles a whisky desde la puerta.

Abrí un ojo.

—No exageres.

—No exagero nada.

Silencio breve.

Me miró de arriba abajo.

—Vale, plan de acción.

—¿Plan de acción? —repetí, todavía a medio camino entre la realidad y la resaca.

—Sí —respondió, con firmeza—. Primero: te duchas.

—No tengo fuerzas ni para…

—Te duchas —repitió, sin dejarme terminar—. Segundo: te arreglas un poco. No te digo que te maquilles como para una boda, pero que parezcas una persona funcional, por favor.

La miré, entre divertida y agotada.

—Eres encantadora, ¿lo sabes?

—Lo sé.

Se acercó un poco más.

—Y tercero: vamos a ver a Lorna.

Fruncí el ceño.

—¿Hoy?

—Hoy.

—Nerea…

—No —me cortó, imitando mi tono de antes—. No quiero discutirlo. Hay mucho que arreglar, Abril. Y no lo vas a hacer tirada en una cama con resaca y autocompasión.

La palabra me pinchó.

Autocompasión.

No dije nada.

Ella suspiró, suavizando un poco el gesto.

—Llámala —añadió, más tranquila—. Dile que vamos para allá. Que necesitas hablar.

Miré el móvil, que seguía sobre la mesa donde lo había dejado.

—No sé si…

—Sabes —me interrumpió—. Otra cosa es que no te apetezca.

Silencio.

Largo.

Me pasé una mano por el pelo, todavía notando el peso de todo lo que había pasado.

La pelirroja.
El mensaje.
La huida.

Y ahora esto.

Nerea allí.

Real.

Presente.

—Vale… —murmuré al final.

Ella sonrió, apenas.

—Bien.

—Pero primero necesito un café. O moriré.

—Café, ducha y en marcha —resumió—. En ese orden.

Asentí despacio.

El cuerpo seguía hecho polvo. La cabeza también.

Pero, por primera vez desde que todo se había ido al traste…

No estaba sola.

Y eso, aunque doliera todo lo demás, cambiaba bastante las cosas.

Capítulo 20



El despacho de Lorna tenía ese orden que imponía sin necesidad de palabras. Madera clara, carpetas perfectamente alineadas, una luz gris entrando por la ventana que suavizaba el ambiente sin terminar de hacerlo cálido. Todo parecía bajo control allí dentro, justo lo contrario de lo que llevaba encima.

Entramos sin prisas. Nerea se mantuvo a mi lado, en silencio, con esa presencia suya que me daba vida. Lorna se levantó al vernos y su mirada se detuvo en mí más de lo normal. No dijo nada al principio; solo me indicó que me sentara con un gesto tranquilo.

Me acomodé frente a su mesa, apoyando las manos sobre las rodillas para no dejarlas temblar. Notaba el cuerpo todavía arrastrando la resaca y algo más profundo, más difícil de ubicar, que no se quitaba con café ni con una ducha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al fin, con un tono neutro, profesional.

No me entretuve.

—Quiero saber una cosa —empecé, sosteniéndole la mirada—. ¿Sabías que Liam está casado?

La respuesta llegó sin rodeos.

—Sí.

Así, directa.

Sentí cómo algo dentro se tensaba de nuevo, como si todavía quedara cuerda por estirar.

—¿Sí? —repetí, con un filo evidente.

Lorna no apartó la vista. Se sentó despacio, entrelazando las manos sobre la mesa antes de responder con calma.

—Sí. Pero no conozco los detalles de su vida privada, Abril. Liam es muy reservado. Lo que ocurre fuera de lo estrictamente necesario para mi trabajo… no forma parte de lo que él comparte conmigo.

Hizo una breve pausa, midiendo sus palabras.

—Y no pensé que fuera relevante en este contexto, la verdad.

La miré sin moverme.

—Pues lo era.

No levanté la voz, pero la frase cayó con peso suficiente.

El silencio que siguió fue corto, pero denso. Lorna no respondió enseguida. Me observó con atención, de una forma distinta a la anterior, más allá de la cuestión concreta. Recorrió mi expresión, mi postura rígida, la forma en la que mantenía la tensión contenida.

Entonces lo entendió.

Se llevó una mano a la frente, cerrando los ojos un instante.

—Oh…

Al abrirlos, ya no había solo profesionalidad en su mirada.

—Te has enamorado de él.

No lo planteó como una duda. Fue una constatación clara, incómoda, inevitable.

Tragué saliva. La reacción automática fue negar, apartar aquello, devolverlo al sitio donde no doliera tanto.

—No… —empecé.

Pero la palabra no se sostuvo. Se quedó a medias, sin fuerza.

Lorna negó muy despacio.

—No hace falta que lo niegues.

Nerea no intervino, pero noté cómo se acomodaba un poco más en la silla, pendiente de mí, sin presionar.

No quería quedarme ahí.

—No estamos aquí para hablar de eso —la corté, reajustando la postura, buscando terreno firme.

Me incliné ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos sobre las piernas.

—Estoy aquí porque quiero establecer algo claro.

Lorna asintió, recuperando ese tono de trabajo que la definía.

—Te escucho.

Respiré hondo antes de seguir.

—Hasta que se tome una decisión definitiva, los niños van a estar una semana con cada uno.

No sonó negociable. Tampoco pretendía que lo fuera.

Lorna se tomó unos segundos antes de responder. No reaccionó con brusquedad; más bien pareció valorar las implicaciones.

—Abril… —empezó con cautela—. No creo que sea la mejor opción en este momento. Es un cambio fuerte para ellos. Podríamos plantear algo más progresivo, más estable…

Negué con la cabeza.

—No.

No había duda.

—Es lo que hay ahora mismo.

Ella sostuvo mi mirada, midiendo hasta dónde podía llegar.

—No es una decisión menor —insistió—. Habría que pensar en su rutina, en cómo les afecta este cambio tan directo…

—Más directo ha sido todo lo demás —respondí, sin perder el control, pero sin ceder un centímetro.

El silencio volvió, esta vez más claro, más definido.

Respiré despacio, bajando un poco el tono.

—Necesito tiempo —añadí—. Y ellos necesitan estar con los dos. No voy a desaparecer si es eso lo que te preocupa. Pero tengo mis condiciones.

La expresión de Lorna cambió ligeramente. No estaba de acuerdo del todo, pero empezaba a comprender el punto en el que me encontraba.

—No es lo ideal —admitió—, pero…

Se quedó un segundo en esa frase.

—De acuerdo.

Asentí.

—Gracias.

—Se lo trasladaré —continuó—. Y hablaré con él.

—Hoy —puntualicé.

—Hoy.

El despacho volvió a quedarse en silencio unos segundos, pero ya no era un silencio forzado. Era más bien el de una decisión tomada, aunque no fuera perfecta.

En ese momento, el teléfono de Lorna vibró sobre la mesa. Las tres miramos hacia él casi al mismo tiempo. Ella frunció ligeramente el ceño antes de cogerlo.

—Es él. Supongo que estará preocupado por la situación…

No preguntó si podía atender. Lo hizo.

—Liam.

Su tono cambió lo justo, volviéndose más formal. Nosotras permanecimos en silencio, atentas a cada matiz de la conversación, aunque solo escucháramos una parte.

—Sí, justamente ahora estoy con Abril —añadió al poco.

Hubo una pausa algo más larga. Sus dedos tamborilearon suavemente sobre la mesa, un gesto contenido que delataba que la conversación no era del todo sencilla.

—Me temo que tengo que trasladarte su postura.

Otra pausa.

Más breve esta vez. Se levantó, siguió hablando con él mientras salía del despacho, como buscando algo de intimidad.

Finalmente, volvió a entrar. Nos miró.

—Acepta —dijo finalmente—. Acepta el sistema de semanas alternas.

Noté cómo algo dentro se aflojaba, aunque fuera un poco.

—Pero quiere que la primera semana estén con él.

Nerea giró la cabeza hacia mí, esperando mi reacción. Yo no respondí de inmediato. Me tomé un segundo para pensar, para ordenar lo que aquello implicaba.

Una semana.

Espacio.

Tiempo.

Respiré hondo.

—Vale.

Lorna alzó ligeramente las cejas, sorprendida por la rapidez.

—¿Te parece bien?

Asentí.

—Sí. Me viene bien.

Me incorporé un poco más en la silla, apoyando las manos sobre la mesa.

—Necesito poner mi vida en orden —añadí con más claridad—. Y esos días me van a servir.

La coqueta abogada me observó con atención, evaluando si había duda en esa decisión. No la había.

—De acuerdo —repitió.

Se levantó, dando por cerrada la reunión.

—Formalizaré este acuerdo provisional.

Nos pusimos en pie. Nerea lo hizo a mi lado, con una pequeña inclinación de cabeza que parecía un "bien hecho" sin necesidad de decirlo.

Antes de salir, Lorna volvió a dirigirse a mí.

—Abril.

Me giré.

—Esto no va a ser fácil.

Sostuve su mirada.

—Ya lo sé.

Salimos del despacho y el aire del pasillo se sintió distinto. No más ligero exactamente, pero sí más claro. Más ordenado.

Nerea caminó a mi lado unos pasos antes de mirarme de reojo.

—Bueno… dentro del desastre, no está mal.

Solté una risa breve, cansada pero sincera.

—Supongo.

Seguimos andando, sin prisa, con la sensación de que nada estaba arreglado todavía.

Pero al menos, por primera vez desde que todo había estallado, había una dirección clara hacia la que avanzar. Y eso, en medio de todo, ya era mucho.

Capítulo 21



La casa de Carla estaba como en pausa cuando cayó la tarde. Después de salir del despacho de Lorna y volver con aquella especie de acuerdo provisional metido en la cabeza, me quedé unos minutos de pie en mitad del salón, sin hacer nada en concreto, simplemente mirando alrededor, como necesitando entender que seguía allí, que seguía siendo la casa de mis sobrinos y que, por raro que sonara, durante una semana entera iba a estar sin ellos. Vacía de sus voces, de sus carreras, de sus cosas desperdigadas por cualquier rincón.

No sabía si aquello me aliviaba o me partía un poco más por dentro.

Nerea apareció en la puerta del salón con los brazos cruzados y una expresión que ya conocía bien. Esa que significaba que estaba a punto de decidir por las dos.

—Esta noche salimos —anunció.

La miré desde el sofá, sin moverme.

—No sé yo si estoy para muchas fiestas.

—No he dicho fiesta. He dicho salir. Cenamos, nos despejamos, buscas un poco de vida civilizada y dejas de poner esa cara de viuda de novela rusa.

Se me escapó una risa breve.

—Qué tacto tienes.

—Muchísimo. Por eso me quieres.

Negué con la cabeza, pero en el fondo sabía que tenía razón. Llevaba demasiadas horas encerrada en mí misma, rumiando, dándole vueltas a todo, imaginando conversaciones que no pensaba tener y respondiendo mentalmente a Liam con discursos cada vez más humillantes. Necesitaba aire. Ruido. Cualquier cosa que me sacara de ese bucle un rato.

—Vale —cedí al fin—. Pero nada exagerado.

Nerea sonrió con satisfacción.

—Informal, mona y con intención de olvidarte de tus desgracias durante unas horas. Lo tengo.

Subimos a arreglarnos con música puesta, porque Nerea era incapaz de prepararse en silencio y, sinceramente, yo tampoco lo soportaba aquella noche. En cuanto empezó a sonar una lista de canciones de esas que te levantan el ánimo aunque vayas arrastrándolo por el suelo, la habitación cambió de energía. Ella se limitó a sacar ropa de su maleta, a opinar sobre mis opciones sin que yo se lo pidiera y a moverse por el cuarto con esa soltura suya que a veces parecía un superpoder.

Yo abrí el armario despacio, pasando las perchas con la yema de los dedos hasta que di con algo que me apeteció de verdad ponerme. Quería arreglarme, sí, pero no disfrazarme. Necesitaba sentirme yo. Una versión algo más presentable y algo menos devastada de mí misma.

Saqué unos vaqueros negros ajustados, altos, de los que te hacen mejor cuerpo aunque hayas dormido fatal y lleves dos días comiendo regular. Los combiné con un top negro de escote recto, sencillo pero favorecedor, y una chaqueta de cuero fina que le daba al conjunto ese punto de noche informal que buscaba. Ni demasiado arreglada ni demasiado básica. Lo suficiente para verme bien al espejo y recordar que todavía era capaz de hacerlo.

—Eso sí —dijo Nerea, asomándose por detrás de mí—. Estás en modo "voy a pasarlo bien y a arruinarle la estabilidad emocional a cualquiera que se me cruce".

—No exageres.

—No exagero nada. Ojalá tener yo esa cara sin esfuerzo.

Me reí mientras me sentaba frente al espejo. Me maquillé un poco más de lo habitual, sobre todo en los ojos. Necesitaba borrarme la cara de cansancio y sustituirla por algo que pareciera más firme, más entero. Nada recargado, pero sí lo bastante marcado para sentirme protegida detrás del delineador y la máscara de pestañas. Me dejé el pelo suelto al final, con ondas suaves y algo deshechas, de esas que no parecen demasiado pensadas aunque sí lo estén.

Nerea optó por un *outfit* que le pegaba completamente: pantalón oscuro de tiro alto, un top burdeos que le quedaba de escándalo y una blazer negra algo *oversized* que le daba ese aire despreocupado y canalla suyo. Se hizo una coleta alta, tirante al principio y luego aflojada lo justo para que pareciera fácil. Por supuesto, le quedó perfecta.

Mientras nos arreglábamos, cantamos. O más bien gritamos letras a pleno pulmón delante del espejo, cada una con un cepillo o una brocha en la mano, interrumpiéndonos para reírnos, corregirnos pasos inventados o lanzar comentarios ridículos.

—Estamos poderosísimas —opinó, contoneándose con una solemnidad absurda.

—Estamos bastante lamentables, pero con actitud.

—Eso también cuenta.

La miré por el espejo y sonreí. Hacía falta aquello. Hacía mucha falta. No solo salir, no solo vestirme y pintarme un poco la cara. Hacía falta reírme con alguien que me conociera de verdad y que no necesitara que le explicara cada pequeña grieta de lo que me estaba pasando.

Bajamos ya arregladas y salimos a cenar a un sitio agradable, con luces tenues y ambiente animado, pero sin demasiado ruido. Yo necesitaba evasión, sí, aunque todavía no estaba preparada para demasiada marcha de entrada. Durante la cena hablamos de todo y de nada. De ropa, de una compañera de Nerea que se había enamorado de su entrenador personal —"eso siempre termina mal", sentenció ella—, de los niños, de la casa de Carla, del caos que había sido el último mes y de cómo, contra todo pronóstico, yo seguía en pie.

Evitamos a Liam durante buena parte de la cena. O al menos lo evitamos de forma directa. Porque en realidad estaba en todo. En los silencios que yo llenaba bebiendo agua demasiado rápido (no era plan de volver a emborracharme). En ciertas miradas de Nerea, que me conocía de sobra y sabía perfectamente cuándo estaba fingiendo que algo no me importaba. En la forma en que yo me aferraba a temas triviales para no confesar en voz alta lo mucho que me dolía todo aquello.

Al final, fue ella quien rompió el pacto tácito.

—Bueno —dijo mientras dejaba la copa sobre la mesa—, ¿del uno al diez cuánto de idiota es?

Solté una risa nasal.

—Hoy, un doce.

—Bien. Respuesta correcta.

—Mañana quizás un trece —bromeé.

—Mañana debes ir pasando de su culo y punto.

Negué con la cabeza y terminé sonriendo. Era imposible no hacerlo con ella. Tenía el don de hacerme sentir boba justo lo necesario para que el drama no se me subiera del todo a la cabeza.

Después de cenar, caminamos un rato hasta encontrar un sitio al que entrar a bailar. No queríamos nada demasiado elegante ni nada lleno de adolescentes recién estrenando carné falso. Solo un local con música decente, copas aceptables y gente suficientemente dispersa para no tener que fingir que aquello era una gran noche épica.

Lo encontramos casi sin buscarlo. Luces perfectas, una barra al fondo, buena música y ese ambiente nocturno en el que todo el mundo parece haber ido a olvidarse de algo.

Nada más entrar, me golpeó el recuerdo de Liam bailando.

No sé por qué fue tan inmediato. Quizás por la música. Quizás por la penumbra. Quizás porque ya daba igual lo mucho que intentara aparcarlo: estaba demasiado dentro todavía. Me acordé de su manera de moverse, de esa contención suya incluso al moverse, de cómo era capaz de parecer serio y atractivo al mismo tiempo, y sentí ese pinchazo rápido y desagradable en el pecho que ya estaba empezando a resultarme familiar.

Debí de quedarme quieta un segundo de más, porque Nerea me miró de lado y me leyó la cara.

—Ni se te ocurra ponerte melancólica en la puerta —me advirtió—. Hemos venido a bailar, no a invocar fantasmas altos y emocionalmente problemáticos.

Me reí, aunque me costó un poco.

—No estaba invocando nada.

—Estabas pensando en él.

—Un poco.

—Fatal. Multa.

—¿Qué multa?

—Me pagas la primera copa.

La miré con incredulidad.

—Eres una aprovechada.

—Y tú una intensa. Todas tenemos algo.

Pedimos algo de beber (aunque me juré no pasarme) y nos metimos hacia la zona donde la música sonaba mejor. Al principio me costó entrar en el ritmo. Tenía el cuerpo allí, pero la cabeza seguía a ratos en otra parte. Aun así, Nerea no me dejó demasiado margen para quedarme quieta. Empezó a bailar de forma deliberadamente exagerada, con pasos que daban entre vergüenza ajena y ternura, hasta que acabé soltando una carcajada.

—¿Qué haces? —le grité por encima de la música.

—Seducir al entorno.

—Pues el entorno está pidiendo ayuda.

—Envidia. Lo que tienes es envidia.

Aquello me relajó. Poco a poco, empecé a moverme de verdad, a seguir el ritmo, a dejar que la música me sacara de mí durante tramos cortos pero suficientes. No desapareció el peso del todo; tampoco iba a hacerlo. Pero se desplazó. Se volvió menos punzante, menos central. Durante unos minutos, solo fui una mujer bailando con su amiga, riéndose, bebiendo, sintiéndose mona y un poco más viva que la noche anterior.

Y eso, para cómo había estado apenas unas horas antes, ya era muchísimo.

Capítulo 22



La música ya me estaba atravesando el cuerpo cuando dejamos de fingir que solo estábamos "mirando el ambiente".

Nerea llevaba un rato suelta, riéndose, moviéndose con esa naturalidad suya que siempre parecía contagiosa. Yo me había relajado más de lo que esperaba, lo suficiente como para no estar pendiente de cada pensamiento que se me colaba con nombre y apellido.

Estaba bailando, de hecho. No perfecta, no espectacular, pero sin esa rigidez de antes. Con algo de intención.

—Mira, progreso —gritó Nerea acercándose a mi oído—. Ya no pareces una estatua emocional.

—Voy mejorando —le respondí, sonriendo.

—Un poco más de empeño y te veo haciendo coreografías.

—No te emociones.

Fue justo en ese momento cuando los vimos acercarse.

Dos chicos. Nada invasivos. Nada de ese tipo de actitud que te hace ponerte en guardia. Más bien al contrario: se movían con cierta prudencia, con una sonrisa fácil, como si también estuvieran tanteando el terreno.

Uno era moreno, alto, con barba de dos días y una camiseta básica blanca que le quedaba sospechosamente bien. El otro, un poco más bajo, pelo castaño claro, ojos muy vivos y esa expresión de quien ya está a medio camino de la risa constante.

—¿Interrumpimos o sumamos? —preguntó el de los ojos claros, con un tono ligero.

Nerea fue la primera en reaccionar.

—Depende —contestó, sin dejar de moverse—. ¿Sabéis bailar o venís a interrumpirnos?

El moreno levantó las manos en señal de paz.

—Prometemos no hacer el ridículo…

—Eso lo decís todos —añadí yo, sin pensar demasiado.

Se giraron hacia mí.

—Entonces tendremos que demostrarlo —respondió el moreno, sonriendo—. Soy Hugo.

—Nerea —dijo ella, señalándose—. Y ella es Abril.

—Encantado —añadió el otro—. Yo soy Daniel.

Nos movimos un poco para hacer espacio y, sin necesidad de más presentación, empezamos a bailar los cuatro. Al principio fue todo bastante natural. Comentarios sueltos, risas, miradas cómplices sin demasiada carga.

Nerea conectó con Daniel en cuestión de minutos. Era evidente. Él tenía ese punto gracioso, rápido, que encajaba perfectamente con su forma de ser. La vi inclinarse hacia él varias veces para decirle algo al oído, reírse, empujarle ligeramente con el hombro.

—Te la han quitado —comentó Hugo a mi lado, señalándolos con la barbilla.

Miré de reojo.

—No me sorprende.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿También te dejas llevar tan fácil o eres más complicada?

Lo miré un segundo, midiendo el tono.

—Depende del día.

—¿Y hoy?

Dudé.

No demasiado.

—Hoy no quiero pensar.

Él asintió, como si entendiera más de lo que había dicho.

—Perfecto —respondió—. Yo tampoco.

Seguimos bailando. Más cerca ahora. Sin forzar nada, pero acortando distancias de forma natural. Su forma de moverse era relajada, segura, sin invadir. Eso ayudaba.

A unos metros, Nerea y Daniel ya estaban en otro nivel. La conversación se había reducido a nada y la distancia entre ellos tampoco existía. La vi reírse, decir algo, y al segundo siguiente estaban besándose.

—Rápida —murmuré.

Hugo soltó una risa.

—Eficiente.

Negué con la cabeza, sonriendo.

La música cambió. Más lenta, más envolvente.

No sé en qué momento exacto pasó.

Quizás fue una mirada más larga de la cuenta. Quizás el hecho de que ya llevaba un par de copas encima, por mucho que me prometí no volver a emborracharme. Quizás que estaba cansada de contenerme.

O todo junto.

Hugo se acercó un poco más.

Yo no me aparté.

—¿Sigues sin querer pensar? —preguntó, muy cerca.

—Sigo sin querer pensar.

Asintió.

Y me besó.

No fue un gesto torpe ni precipitado. Fue directo, pero medido. Como si hubiera leído perfectamente el momento.

Y yo…

Yo no me frené.

Le devolví el beso sin analizarlo, sin cuestionarlo, sin buscarle sentido. Solo por sentir algo distinto. Algo que no doliera.

El ruido, la música, la gente… todo se volvió secundario durante unos segundos.

Cuando nos separamos, me reí un poco, sin saber muy bien por qué.

—Vale… —murmuré.

—Vale —repitió él.

Miré alrededor, buscando a Nerea.

Seguía con Daniel, completamente metida en su propio mundo.

Me acerqué a ella, tirando suavemente de su brazo.

—Eh.

Se giró, con esa sonrisa que ya lo decía todo.

—¿Qué?

—Me voy —le solté, casi a lo loco.

Parpadeó.

—¿Te vas?

—Sí.

Miró a Hugo, luego a mí.

Y sonrió más.

—Ah… te vas.

—No empieces.

—No empiezo —dijo, levantando las manos—. Solo digo que mañana quiero detalles.

—Ni de broma.

—Eres una egoísta.

—Y tú vas por el mismo camino —señalé a Daniel.

—Totalmente.

Nos miramos un segundo.

Y nos reímos.

—Cuídate —añadió, dándome un beso rápido en la mejilla.

—Tú también.

Volví con Hugo.

—¿Nos largamos ya? —me preguntó.

No lo pensé demasiado.

—Sí.

Salimos del local entre bromas, esquivando gente, con ese punto de desorden que te dejan un par de copas bien llevadas.

El aire de fuera me dio de golpe en la cara.

—Uf —dije—. Vale, esto era necesario.

—Siempre lo es —respondió él.

Caminamos unos pasos sin rumbo claro, comentando tonterías, riéndonos de nada en concreto. Esa sensación ligera, casi absurda, que aparece cuando decides no complicarlo todo.

—¿Taxi? —me propuso.

—Taxi.

Paró uno con facilidad. Nos metimos dentro todavía riéndonos por algo que ya ni recordaba.

—¿A dónde? —preguntó el conductor.

Nos miramos y Hugo mencionó el nombre de un hotel. Me pareció bien.

Apoyé la cabeza en el respaldo, mirando por la ventana mientras la ciudad pasaba en luces difusas.

No pensé.

No quise.

Solo dejé que pasara.

Notaba su mano cerca, rozando la mía a ratos, sin agarrarla del todo.

Y por una vez… me dejé llevar sin preguntarme nada más.

El taxi se detuvo.

Pagó él antes de que pudiera reaccionar.

Bajamos.

El hotel estaba justo enfrente.

Nos miramos un segundo.

Y entramos, todavía con esa risa floja, con esa sensación de estar haciendo algo impulsivo… y necesario a partes iguales.

Nada más cruzar la puerta del hotel, volvimos a reírnos.

No por nada concreto. Era esa risa ligera, un poco desordenada, que viene con el alcohol y con la decisión de no pensar demasiado en lo que estás haciendo. Tras pasar por recepción, subimos a la habitación y abrimos la puerta con urgencia. Hugo apoyó la espalda contra ella mientras la cerraba y me miró, todavía sonriendo.

—Esto ha sido bastante rápido —murmuró.

—No te emociones —le respondí, dejándome caer un segundo contra la pared—. Igual mañana ni me acuerdo de tu nombre.

—Hugo —repitió, acercándose un paso más—. Por si acaso.

Negué con la cabeza, pero no me aparté.

La distancia desapareció sola. Su mano fue directa a mi cintura, atrayéndome con una naturalidad que no pedía permiso, pero tampoco lo necesitaba. Y entonces me besó otra vez.

Esta vez no había música ni gente ni ruido alrededor. Solo el silencio de la habitación, nuestras respiraciones algo aceleradas y ese momento en el que todo se vuelve más real.

Le devolví el beso sin reservas, enredando los dedos en su pelo, acercándolo más. Notaba el calor de su cuerpo, el roce de su camiseta contra el mío, la forma en que sus manos empezaban a explorar con más seguridad.

Y entonces ocurrió.

Abrí los ojos un segundo.

Y vi los suyos.

Claros.

Demasiado claros.

El golpe fue inmediato.

Liam.

Cerré los ojos al instante, casi con desesperación.

No.

No iba a pensar en eso.

No ahora.

Apreté los labios contra los suyos con más intensidad, como si eso pudiera borrar la imagen. Como si pudiera obligar a mi cabeza a cambiar de canal.

—Eh… —murmuró él contra mi boca, notando algo—. ¿Todo bien?

Asentí sin abrir los ojos.

—Sí.

Y tiré de él con fuerza.

Las chaquetas fueron las primeras en desaparecer, lanzadas sin cuidado sobre una silla. Luego su camiseta. Luego mi top. Todo con esa mezcla de prisa y torpeza que no busca perfección, solo contacto.

Nos reímos en medio del proceso, chocando al intentar quitarnos la ropa, perdiendo el equilibrio un segundo.

—Esto es muy poco elegante —comentó él, mientras se deshacía del cinturón.

—No hemos venido a ser elegantes —le respondí.

—Menos mal.

La cama estaba ahí, a apenas un par de pasos. Me dejé caer sobre ella sin pensarlo demasiado, arrastrándolo conmigo. Él apoyó una mano a cada lado de mi cuerpo, inclinándose sobre mí, y por un segundo se quedó mirándome.

Otra vez esos ojos.

Otra vez el recuerdo.

Sentí el impulso de apartar la cara.

Pero no lo hice.

En su lugar, subí las manos por su espalda, acercándolo, obligándolo a besarme de nuevo antes de que mi cabeza pudiera jugarme otra mala pasada.

Sus labios recorrieron mi cuello, bajando despacio, con una atención que me hizo cerrar los ojos otra vez. Me concentré en eso. En el presente. En la sensación.

En su piel contra la mía.

En su respiración.

En el calor.

Pero la mente es traicionera.

Porque, en ciertos momentos, entre el alcohol y el deseo, la imagen se distorsionaba. Y por un instante fugaz, casi irreal, era Liam quien estaba ahí. Liam mirándome de esa forma contenida. Liam perdiendo el control.

Se me escapó un suspiro más profundo de lo que pretendía.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó Hugo, levantando un poco la cabeza.

Abrí los ojos.

Lo miré.

Me obligué a verlo a él.

—Sí —le respondí, con una media sonrisa—. Estoy mejorando.

Él sonrió de lado.

—Me alegro.

Volvió a inclinarse, y esta vez me dejé llevar de verdad. Me centré en cada sensación, en cada movimiento, en la forma en que mi cuerpo respondía sin pedir permiso a la cabeza.

Porque eso era lo que necesitaba.

Dejar de pensar.

Dejar de recordar.

Dejar de comparar.

El tiempo se volvió difuso. Más lento. Más intenso. Más… necesario.

Sus manos fueron descendiendo despacio, sin prisa, recorriéndome con una intención cada vez más clara. No era brusco; al contrario, parecía saborear cada centímetro, como si quisiera memorizarlo. Sus labios siguieron el mismo camino, desde el cuello hasta el pecho, bajando con una lentitud que me hizo contener la respiración.

Noté cómo mi pulso empezaba a acelerarse, primero suave, luego con más fuerza, como un latido que se abría paso sin permiso. Cerré los ojos, aferrándome a las sensaciones, al calor que iba dejando tras de sí, al contraste entre la suavidad y la intensidad creciente.

Cuando descendió más, cuando su atención se centró en ese punto en el que el cuerpo deja de pensar, todo se volvió más difuso. El aire me faltó por momentos, y tuve que morderme el labio para no romper ese silencio cargado.

El ritmo, la presión, la forma en que supo encontrar exactamente dónde quedarse… todo fue empujándome poco a poco hacia un límite que ya no podía controlar. Mi respiración se volvió irregular, entrecortada, y el mundo se redujo a eso.

Y cuando finalmente su lengua sobre mi depilado sexo me llevó al clímax, fue abrupto y a la vez inevitable, un golpe de intensidad que me recorrió entera, dejándome sin aire, con el cuerpo temblando y la mente, por fin, completamente en blanco.

En el momento en que el temblor empezó a bajar, algo cambió dentro de mí.

No fue calma.

Fue justo lo contrario.

Una especie de vacío inquieto, una necesidad repentina de no quedarme quieta, de no permitir que aquello terminara sin dar la nota. Como si todo lo que llevaba acumulado (la rabia, la confusión, el dolor) necesitara salir de otra manera.

Abrí los ojos.

Lo miré.

Y sin pensarlo demasiado, me incorporé sobre él.

Hugo arqueó ligeramente las cejas, sorprendido, pero no dijo nada. Solo apoyó las manos en mis caderas, dejándome espacio, observando.

Yo no le di tiempo a reaccionar mucho más.

Tomé las riendas de una forma acelerada, moviéndome con una intensidad que no tenía tanto que ver con él como conmigo misma. Notaba el pulso todavía a mil, pero ahora había algo más debajo. Algo más turbio. Más urgente.

No era solo deseo.

Era necesidad.

De sentir.
De no pensar.
De no acordarme.

Mis manos buscaron apoyo en su pecho, pero no fueron suaves del todo. Mis uñas se clavaron un poco más de lo deseado, dejando marcas, arrastrándose con una mezcla de impulso y desahogo que ni yo misma controlaba del todo.

—Eh… —murmuró él, entre sorprendido y divertido—. Vale…

No sonaba a queja. Solo se mantenía… atento.

Yo no respondí.

Seguí.

El movimiento se volvió más firme, más decidido, como si cada gesto fuera una forma de empujar algo fuera de mí. Cerré los ojos un instante, intentando centrarme en lo que estaba pasando, en el cuerpo, en la sensación, en el presente.

Pero incluso ahí… había ruido.

Había una parte de mí que sabía que estaba allí por despecho. Por rabia. Por intentar borrar otra cosa que no se borraba tan fácil.

Y eso me descolocaba.

Apreté los dientes, volviendo a abrir los ojos, obligándome a quedarme en ese momento. A no huir hacia dentro otra vez.

Y por un segundo, todo se mezcló otra vez.

El recuerdo.
La realidad.
La necesidad.

Pero no me detuve. Es más, cabalgué sobre él sin control durante un buen rato.

Y, de pronto, ese punto en el que el control empieza a quebrarse.

En el que el cuerpo habla solo.

Abrí los ojos.

Lo miré.

Y lo supe.

Algo en su forma de sujetarme, en cómo sus manos se tensaban sobre mis caderas, en la manera en que su mirada dejaba de ser del todo contenida… me lo dejó claro.

Iba a llegar.

Y eso, lejos de frenarme, me empujó justo al límite contrario.

Aceleré.

Sin pensarlo.

Sin medir.

Solo dejándome llevar por esa necesidad de llevarlo hasta ahí, de no quedarme a medias, de apretar el momento hasta que no quedara nada más.

El ritmo se volvió más intenso, más firme, más decidido. Notaba el corazón frenético, la respiración cada vez más corta, el calor acumulándose de nuevo en cada movimiento.

Mis manos volvieron a su pecho, de nuevo sin control, aferrándome a él, marcándolo sin darme cuenta del todo, como si necesitara anclarme a algo físico para no perderme en todo lo demás.

—Abril… —su voz salió más rota, más baja.

No respondí.

No hacía falta.

Todo estaba en el movimiento, en la forma en que el momento se estrechaba, se comprimía, se volvía inevitable.

Y entonces llegó.

En él primero.

Lo noté en cómo su cuerpo se tensaba bajo el mío, en cómo sus manos me sujetaban con más fuerza, en ese instante en el que todo se detiene un segundo antes de romperse.

Y al verlo, al sentirlo, algo en mí también se soltó.

No fue suave.

Fue intenso, rompedor, como si todo lo que llevaba dentro encontrara una salida al mismo tiempo.

El aire me faltó un segundo.

El cuerpo se me tensó.

Y después… nada.

Solo el descenso.

Lento.

Desordenado.

Me dejé caer hacia delante, apoyando la frente contra su hombro, todavía con la respiración irregular, notando cómo el latido iba descendiendo poco a poco.

Durante unos segundos no pensé en nada.

Y eso, más que nada, fue lo que realmente necesitaba.

Hugo se dejó caer a mi lado, riéndose por lo bajo.

—Vale… —murmuró—. Creo que mañana sí te vas a acordar de mi nombre.

Giré la cabeza hacia él, todavía con la respiración irregular.

—No te vengas arriba.

—Demasiado tarde.

Se hizo un pequeño silencio.

No pensé en Liam.

Solo estuve allí.

Capítulo 23



Un par de días después, el móvil sonó cuando menos lo esperaba.

Estaba en la cocina, apoyada contra la encimera mientras Nerea rebuscaba en los armarios algo que, según ella, "seguro que tenía que estar ahí", cuando vi el nombre en la pantalla.

Lucas. Mi sobrino tenía teléfono, por ser el mayor de los dos, aunque mi hermana y su marido solo se lo dieron para alguna posible emergencia.

La tensión se me avivó tanto que casi me mareé.

Nerea levantó la cabeza al instante.

—Coge.

Asentí, aunque ya tenía el dedo sobre la pantalla.

—¿Sí?

Hubo un segundo de silencio.

Y luego, una voz pequeña.

—Tía Abril, soy yo…

Sophie.

No me hizo sentir mejor.

—Hola, cariño —dije, suavizando el tono al máximo—. ¿Cómo estás?

No me respondió directamente.

—Quiero ir contigo —me soltó, de golpe, con esa franqueza que tienen los niños cuando algo no encaja en su mundo.

Cerré los ojos un segundo.

—Sophie…

—No quiero estar sin ti —añadió, más bajito ahora—. Quiero ir contigo. Liam nos ha contado que estás en nuestra casa.

Noté cómo algo dentro de mí se tensaba.

Miré a Nerea. Ella me observaba en silencio, sin intervenir, pero completamente pendiente.

—Escúchame —empecé, despacio—. Las cosas han cambiado un poquito estos días, ¿vale?

—No me gusta —dijo ella, casi en un susurro.

—Lo sé, mi vida… —respondí, tragando saliva—. A mí tampoco me gusta todo esto.

Hubo un pequeño silencio al otro lado.

—Pero esto es algo puntual —continué—. Solo unos días. Tenemos que organizarnos mejor, buscar soluciones para que todo funcione bien.

—Pero yo quiero estar contigo… —insistió.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Y vas a estar conmigo —le aseguré, con firmeza—. La semana que viene voy a recogeros y vais a estar en casa, como siempre. Te lo prometo.

No respondió enseguida.

Escuché una respiración algo temblorosa.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Hubo un pequeño ruido al otro lado, como si el teléfono cambiara de manos.

—Tía Abril.

Lucas.

Su voz era distinta. Más serena.

—Hola, campeón —le respondí, intentando mantener la calma.

—¿Volveremos a estar juntos? —me preguntó, directo.

La sorpresa me atravesó.

Lucas no solía pedir. Lucas observaba, entendía… y aceptaba.

—Claro que sí —le respondí, más suave ahora—. Pero no esta semana. Esta semana os toca estar ahí, ¿vale?

—No lo entiendo. Creí que esta vez te quedarías.

Cerré los ojos un instante.

—Lo sé, cariño. Y te prometo que no estoy escapando de nada… Y mucho menos de vosotros.

Silencio.

—Pero es importante que hagamos las cosas bien —añadí—. Que tengamos paciencia. Yo voy a estar aquí, y la semana que viene la pasaréis conmigo. Sé que te gusta estar con Liam, me lo dijiste, pero vais a tener que turnaros, al menos por ahora.

Noté cómo mi voz se volvía más firme, más clara.

—Confía en mí.

Al otro lado, respiró hondo.

—Vale… Sophie se ha llevado un gran chasco al no verte aquí. Y yo… Yo tampoco lo entiendo muy bien.

Eran demasiado inocentes y pequeños como para entender que la presencia de Samantha me excluía directamente de la vida de Liam. No la nombraron en ningún momento, yo tampoco.

Mi sobrino no sonaba convencido.

Pero tampoco estaba luchando.

—Te prometo que nos vemos pronto —murmuré—. Y mientras tanto, quiero que os portéis bien.

Pequeña pausa.

—Que hagáis caso.

No dije nombres.

—A todos —añadí, con un matiz muy medido.

Nerea bajó la mirada, como si entendiera perfectamente lo que había ahí detrás.

—Vale —respondió Lucas.

—Y cuida de tu hermana —seguí—. ¿Vale?

—Siempre.

Sonreí, aunque no pudieran verme.

—Lo sé.

—Te vemos la semana que viene.

—Sí.

El silencio volvió, pero esta vez más calmado.

—Os quiero —dije.

—Yo también —respondió Sophie, volviendo a colarse al final.

Colgué despacio.

Y me quedé quieta.

Con el móvil todavía en la mano.

El silencio volvió de golpe, más pesado que antes.

—Joder… —murmuré.

Apoyé el teléfono sobre la mesa y me pasé una mano por la cara, intentando recomponerme.

Nerea no dijo nada al principio. Se acercó despacio y se apoyó a mi lado.

—Ha sido duro —me comentó al fin.

Solté el aire.

—No me esperaba lo de Lucas.

—Eso es porque es más listo de lo que parece.

—No… —negué, mirando al frente—. Es que entiende demasiado.

El silencio se alargó unos segundos.

—¿Están bien? —me preguntó ella.

Dudé.

—Sí… —respondí al final—. Pero no están cómodos.

—Normal.

Asentí despacio.

—No quiero que entren en conflicto —añadí—. Ni que se sientan en medio de nada.

Nerea me miró de lado.

—Entonces estás haciendo lo correcto.

Solté una risa breve, sin humor.

—No sé si esto es lo correcto o lo único que puedo hacer ahora.

—A veces es lo mismo.

Me quedé pensando en eso.

En la llamada.
En sus voces.
En lo rápido que todo había cambiado.

—No me gustó nada esa mujer —murmuré al cabo de un rato.

Nerea alzó una ceja.

—Se te nota.

—No quiero que los niños tengan que lidiar con eso.

—Pues entonces haz lo que tengas que hacer.

Giré la cabeza hacia ella.

—Lo voy a hacer.

No sonó impulsivo.

Sonó decidido.

Y eso… fue lo que más me sorprendió.

Capítulo 24



El despacho de Lorna mantenía esa calma impecable que parecía absorber cualquier tensión antes de que pudiera instalarse del todo. Nerea y yo entramos juntas, y aunque yo llevaba la intención de centrarme en lo práctico, en cerrar lo que quedaba pendiente y salir de allí sin más, había una parte de mí que no terminaba de relajarse. Nerea, en cambio, se movía con su naturalidad habitual, ocupando el espacio con relax, mientras yo me sentaba frente a la mesa intentando ordenar las ideas.

La conversación empezó exactamente donde debía: en el acuerdo. Lorna repasó los puntos con precisión, señalando fechas, organizando las semanas, dejando claro qué correspondía a cada uno y en qué términos debía hacerse cualquier modificación. Yo asentía, intervenía cuando hacía falta y trataba de mantenerme en ese terreno donde todo era lógico y estructurado, donde no había lugar para interpretaciones incómodas.

Nerea, fiel a su estilo, no tardó en introducir matices.

—¿Y si hay algún cambio puntual? —le preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante mientras miraba el documento—. Por trabajo, imprevistos… lo normal.

Lorna respondió con la misma serenidad de siempre, explicando que habría margen de adaptación siempre que ambas partes estuvieran de acuerdo y, sobre todo, que no se alterara la estabilidad de los niños. Todo sonaba razonable, casi tranquilizador. Yo asentí de nuevo, siguiendo el hilo, intentando quedarme ahí.

—Entonces esta primera semana se quedan con él —le dije, repasando mentalmente lo que ya habíamos acordado— y la siguiente los recojo yo.

—Exacto —confirmó Lorna.

—Y cualquier cosa se canaliza contigo.

—Así es.

La conversación continuó unos minutos más, afinando pequeños detalles, cerrando cuestiones prácticas. En ese punto ya todo estaba claro. O debería haberlo estado.

Fue Nerea quien, casi de manera casual, volvió a intervenir, señalando otro apartado del documento.

—Aquí pone que Liam puede organizar el día a día mientras estén con él. Rutinas, horarios… ese tipo de cosas, ¿no?

—Sí —respondió Lorna—. Dentro de lo normal. Es lo habitual.

Asentí despacio, aunque algo en esa respuesta no terminaba de tranquilizarme.

—Vale —murmuré—. Mientras haya estabilidad…

—La habrá —añadió Lorna.

Se produjo un pequeño silencio mientras ella recogía algunos papeles y los ordenaba con cuidado. Fue en ese momento, casi sin levantar la mirada, cuando habló de nuevo, en un tono más bajo, más casual, como quien añade algo que no estaba previsto pero tampoco considera relevante.

—De todas formas… —dijo, dudando apenas un segundo—, hay algo que prefiero que tengáis en cuenta.

Levanté la vista.

Nerea también.

—¿El qué? —preguntó ella.

Lorna apoyó el bolígrafo sobre la mesa y entrelazó las manos, esta vez con un gesto menos automático, más medido.

—No es información formal —aclaró—. Ni algo que yo pueda utilizar en ningún procedimiento. Pero… por un conocido…

No dijo "amigo".

No dijo "policía" todavía.

Pero lo dejó ahí.

—¿Qué conocido? —preguntó Nerea, más directa.

Lorna exhaló suavemente.

—Un inspector con el que he coincidido en algún asunto hace tiempo. No tiene nada que ver con este caso —añadió enseguida—, pero conoce a Samantha de antes. Lo vi el fin de semana y…

Sentí cómo algo dentro de mí se tensaba.

—¿Y? —pregunté, sin apartar la mirada.

Lorna dudó.

Muy poco.

Pero lo hizo.

—En su momento… hubo una intervención.

El silencio cayó de golpe.

—¿Intervención? —repitió Nerea.

—Sí —respondió Lorna—. Nada que derivara en una causa formal, pero sí lo suficiente como para que intervinieran servicios médicos. En casa de Liam.

—¿Estás diciendo que…? —empezó Nerea.

—Estoy diciendo —la interrumpió Lorna, con calma— que Samantha atravesó una etapa complicada a nivel personal. Bastante más de lo que se percibía desde fuera.

Mi mente empezó a ir más rápido de lo que podía controlar.

—¿Qué tipo de etapa? —le pregunté.

Lorna bajó la mirada un segundo antes de responder.

—Problemas de salud mental.

—¿Graves? —prosiguió Nerea.

—Lo suficiente como para que alguien tuviera que intervenir —respondió Lorna, con cuidado—. No tengo el informe ni detalles clínicos ni nada parecido. Solo sé que fue una situación delicada.

Noté cómo el pulso se me desataba.

—¿Y Liam?

La pregunta me salió sola.

Lorna levantó la vista.

—Estaba allí.

Silencio.

—¿Qué significa eso?

—Significa que formaba parte de esa situación —respondió—. Como pareja.

—¿Y…? —insistí.

Lorna negó ligeramente.

—No tengo una versión completa. Solo comentarios. Nada que pueda afirmarse con rotundidad. Por eso no quiero…

Pero el daño ya estaba hecho.

Nerea se removió en la silla.

—¿Comentarios de qué tipo?

Lorna tardó un segundo en responder.

—De que la relación… no era fácil. Que había mucha tensión. Mucha intensidad.

Se detuvo.

—Y que, en algún momento, la situación se desbordó.

No especificó cómo.

Sentí un pequeño nudo en el estómago.

—¿Estás sugiriendo que él tuvo algo que ver? —le pregunté, manteniendo la voz más firme de lo que me sentía.

Lorna negó enseguida.

—No estoy sugiriendo nada —aclaró—. No tengo pruebas. Ni información contrastada en ese sentido.

Hizo una pausa.

—Pero sí sé que, cuando las cosas se comentaban, su nombre estaba dentro de la historia.

Eso fue suficiente.

Crucé los brazos, intentando ordenar lo que acababa de escuchar.

Samantha.

Problemas mentales.

Intervención.

Liam allí.

Comentarios.

Nada claro.

Pero todo demasiado cercano.

—¿Y esto… es reciente? —pregunté.

—No —respondió Lorna—. De hace un tiempo.

Eso tampoco me tranquilizó.

Nerea fue la primera en reaccionar.

—¿Y ahora qué? —le preguntó—. Porque esto cambia bastante las cosas.

Lorna la miró con calma.

—No cambia nada desde el punto de vista legal —respondió—. No hay base objetiva para modificar el acuerdo con esa información. Si Samantha está en la calle, es porque puede estarlo.

Claro.

Pero no estábamos hablando solo de lo legal.

Me levanté despacio, recogiendo el bolso.

—Gracias por decírnoslo.

Lorna asintió.

—Prefería que lo supierais, aunque no sea información utilizable.

Salimos del despacho sin decir mucho más. La puerta se cerró detrás de nosotras y el pasillo nos recibió con un silencio más frío.

Caminé unos pasos sin rumbo, intentando asimilarlo.

—¿Acabas de escuchar lo mismo que yo? —me preguntó Nerea al fin.

Me detuve.

—Sí.

—Vale… —murmuró—. Porque esto ya no es solo raro.

Negué despacio.

—No.

Bajé la mirada un segundo, sintiendo cómo todo encajaba de una forma que no me gustaba nada.

La forma en la que ella apareció de repente.

El silencio que Liam guardó sobre su matrimonio.
La tensión.
La manera en que él se frenó.

—Si esa mujer no está bien… —empezó Nerea.

—Y él ha estado en medio de una relación más que tormentosa —terminé.

Nos miramos.

No hizo falta decir más.

Porque la idea ya estaba formada.

No completa.

Pero sí lo suficiente.

—No me gusta esto —afirmé.

—A mí tampoco.

Respiré hondo, notando cómo la duda empezaba a transformarse en algo más firme. Más frío.

—Y los niños están allí.

Nerea se tensó.

—Vale… eso sí es un problema.

Asentí muy despacio.

—Sí.

Y en ese momento ya no era solo una cuestión personal.

Era otra cosa.

Más seria.

Más peligrosa.

Y no pensaba quedarme quieta.

Tardé menos de lo que habría querido admitir en decidirme.

La idea llevaba desde el día anterior rondándome la cabeza, creciendo en silencio, tomando forma en los huecos de todo lo que no terminaba de encajar. No era solo Samantha apareciendo en la casa con aquella seguridad irritante, ni la forma en que Liam había dejado demasiadas cosas sin explicar. Era algo más difícil de concretar, una sensación cada vez menos difusa de que debajo de todo aquello había una historia mucho más turbia de la que nadie quería hablar claramente.

Nerea lo vio venir antes incluso de que yo lo dijera en voz alta.

Estábamos en la cocina, desayunando tarde, con dos cafés ya medio fríos delante y la casa todavía sumida en esa calma rara que se queda cuando faltan los niños. Yo llevaba un buen rato mirando el móvil sin hacer nada con él, repasando mentalmente una conversación que no había tenido todavía.

—Vas a hacerlo, ¿verdad? —preguntó ella al final.

Levanté la vista.

—¿El qué?

—Lo que sea que llevas veinte minutos cocinando en esa cabeza tuya sin pestañear.

Solté un poco de aire por la nariz, una risa breve, casi sin humor.

—Estoy pensando.

—No. Estás decidiéndote. Que es distinto.

Tenía razón, claro. La miré unos segundos y dejé el móvil sobre la mesa.

—Quiero contratar a alguien.

Nerea ni siquiera parpadeó.

—Un detective.

—Sí.

Me miró fijamente, aunque sin ese gesto dramático que habría esperado si realmente le pareciera una locura.

—Vale. Pues dilo entero, porque viendo tu cara no estás pensando en averiguar si Liam desayuna tostadas o cereales.

Bajé la mirada un momento antes de volver a levantarla.

—Quiero saber qué pasó con Samantha. Y quiero saberlo de verdad.

Nerea sostuvo mi mirada unos segundos. No intentó quitarme la idea de la cabeza. Tampoco la aplaudió. Simplemente la evaluó.

—¿Y si no te gusta lo que encuentras?

—Peor me parece no saberlo.

Asintió muy despacio.

—Entonces lo hacemos bien.

Aquello me alivió más de lo que esperaba.

—No me digas que te parece una barbaridad.

—Me lo parece —respondió con total naturalidad—, pero ya hemos pasado la fase de fingir que esto no huele raro.

Buscamos el contacto esa misma mañana. En realidad, "buscar" fue una forma elegante de llamarlo, porque llamamos a Lorna y ella tiró de una conocida, la conocida de una compañera de trabajo, y media hora después teníamos el nombre de un tipo que, al parecer, llevaba años haciendo investigaciones privadas en asuntos familiares y civiles. Nada cinematográfico. Nada oscuro. Solo un hombre discreto con despacho en el centro y fama de no perder el tiempo.

Fuimos juntas.

El sitio no tenía nada de especial: una oficina pequeña en una calle secundaria, muebles funcionales, archivadores metálicos, una ventana enorme con persianas a medio bajar y un olor persistente a café recalentado. No inspiraba confianza ni desconfianza; simplemente parecía el tipo de lugar en el que la gente contaba cosas que preferiría no contar en otro sitio.

El detective se llamaba Lawrence. Tendría poco más de cincuenta años, el pelo casi gris, una forma de mirar muy tranquila y esa clase de voz que no necesita subir de tono para hacerse escuchar. Nos hizo pasar, nos ofreció asiento y se quedó esperando, sin prisa, a que alguna de las dos empezara.

Lo hice yo.

Le expliqué lo imprescindible. Que había menores de por medio. Que necesitaba información sobre el entorno en el que estaban. Que la salud de la mujer de Liam me preocupaba. Que había oído comentarios vagos, lo bastante vagos como para no poder apoyarme en ellos, pero lo bastante inquietantes como para no quedarme quieta. No adorné nada. Tampoco mencioné lo personal, porque no venía al caso. O eso intenté decirme.

Escuchó sin interrumpirme, apoyando apenas las manos sobre la mesa.

—¿Qué quiere exactamente? —preguntó cuando terminé—. ¿Antecedentes? ¿Entorno? ¿Convivencia? ¿Historial médico?

La última expresión me hizo tensarme.

—Quiero saber si hay algo que pueda convertir esa casa en un lugar inestable para los niños.

Él asintió, como si fuera una formulación habitual.

—Necesitaré unos días.

Nerea intervino entonces por primera vez.

—Si encuentra algo feo, no nos lo suavice.

Él la miró con la misma calma con la que me había mirado a mí.

—No suelo suavizar. Tampoco exagerar.

Fueron dos días.

Dos días en los que yo fingí normalidad con bastante poco talento. Nerea me acompañó en el proceso con esa mezcla suya de sarcasmo y vigilancia que, en otras circunstancias, me habría irritado. Esta vez no. Esta vez me vino bien que alguien me dijera "deja de mirar el teléfono" o "si sigues paseando así vas a desgastar el suelo".

Cuando por fin me llamó, me oyó responder demasiado rápido.

—Pueden venir esta tarde —dijo—. Tengo algo.

Fuimos juntas otra vez, aunque en esta ocasión el trayecto se me hizo mucho más corto. O más espeso. No sabría decirlo. Recuerdo la lluvia fina en los cristales del taxi, el ruido de los limpiaparabrisas y a Nerea mirándome de vez en cuando sin hablar, dejándome llegar sola a mis propias conclusiones antes incluso de escuchar una sola palabra.

Lawrence ya nos esperaba. Sobre la mesa había una carpeta marrón, nada aparatosa, de esas que parecen inofensivas hasta que entiendes que dentro hay algo capaz de cambiarlo todo. Nos sentamos y él no empezó enseguida. Primero se aseguró de dejar claro el terreno.

—No hay una causa penal abierta. No hay condena. No hay una denuncia formal que sostenga por sí sola una acción judicial contundente. Quiero que eso quede claro desde el principio.

Asentí, aunque noté que mi cuerpo se ponía en alerta.

—Díganos lo que haya —le pidió Nerea.

Él abrió la carpeta y echó un vistazo a la primera hoja.

—Hace algo más de un año se produjo una intervención de emergencia en la finca del matrimonio. Hubo aviso médico y apoyo policial. La llamada no partió de ellos, sino de una persona del servicio.

Noté un tirón seco en el estómago.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—La versión oficial es muy escueta. Habla de una situación de crisis severa por parte de Samantha, con desorientación, fuerte agitación emocional y riesgo autolesivo. No aparece descrito como intento consumado, pero sí como un episodio lo bastante grave para requerir traslado inmediato.

No pude apartar la vista de la carpeta.

—¿Y después?

—Ingreso hospitalario primero. Y, tras estabilizarla, varios meses en una institución privada de reposo y tratamiento.

Nerea se removió a mi lado.

—¿Meses?

—Sí.

No era un desmayo. No era una crisis puntual de una noche. Era algo mucho más serio.

—¿Liam estaba allí? —le pregunté.

Levantó los ojos del papel.

—Sí. Y aquí empieza lo delicado.

Sentí cómo se me endurecía la espalda.

—Siga.

Pasó otra hoja.

—No hubo denuncia directa contra él. Pero sí declaraciones recogidas aquella noche por los agentes que acudieron. Una de ellas, la de una empleada doméstica, menciona discusiones frecuentes y un clima muy tenso en la casa durante semanas. Habla de gritos continuados. De una dinámica verbalmente agresiva.

La habitación pareció encogerse un poco.

—¿Por parte de quién? —preguntó Nerea.

—Ella se refiere a él.

No hizo falta que pronunciara el nombre.

Yo seguía inmóvil, mirándolo.

—¿Y eso consta así?

—Consta como declaración testifical en intervención. No como hecho probado.

La precisión era importante, pero en ese momento no conseguía restarle peso.

—Otra persona del servicio —continuó— dijo que aquella noche escuchó a Liam gritar varias veces antes de que todo se descontrolara. No especifica el contenido exacto, pero sí deja una impresión clara de hostilidad previa.

Me pasé la lengua por los labios, que de pronto tenía secos.

—¿Y Samantha?

—Muy alterada. Según los médicos, en un estado de gran inestabilidad. Por eso se decidió el traslado y el tratamiento posterior.

Nerea fue quien puso voz a lo que yo todavía no conseguía ordenar.

—O sea, que tenemos a una mujer con un episodio mental grave, una casa llena de tensión y varias personas diciendo que él gritaba y gritaba.

Lawrence no asintió de inmediato, pero tampoco corrigió la frase.

—Lo que tenemos es una concatenación de indicios muy desfavorables para él si se leen en una sola dirección.

—¿Y hay otra dirección? —pregunté.

Me miró directamente.

—Lo ignoro. Y el problema es que será complicado de saber.

Eso me dejó peor.

Porque, de algún modo, confirmaba justo lo que no quería oír: que con lo que teníamos ya bastaba para pensar mal. Mucho peor de lo que yo había imaginado.

—¿Encontró algo más? —le pregunté.

—Solo contexto. Samantha mantiene una amistad antigua con uno de los agentes que intervino aquella noche. Por eso el asunto siguió comentándose después en ciertos círculos, aunque nunca pasara a mayores. La impresión que quedó en algunos de ellos fue muy mala respecto a la convivencia. No por un hecho único, sino por la imagen de conjunto.

No recuerdo haber respirado hondo, pero debí de hacerlo, porque el pecho empezaba a dolerme.

Lawrence cerró la carpeta con suavidad.

—Insisto: no hay una prueba definitiva de maltrato en sentido jurídico. Pero sí material suficiente para que cualquier persona sensata se inquiete al pensar en menores dentro de ese entorno.

Nerea giró despacio la cabeza hacia mí.

Yo seguía mirando la carpeta cerrada, como si fuera a abrirse sola y a decirme que había entendido mal. Pero no. Todo apuntaba en la misma dirección: Samantha no estaba bien y Liam podía haber tenido mucho más que ver con ello.

Y los niños estaban allí.

Con él.

Con ella rondando de fondo.

No dije nada durante unos segundos. Notaba la sangre golpeándome en las sienes y una claridad fría abriéndose paso por encima de la confusión.

—Necesito copia de todo lo que pueda entregarme legalmente —dije al final.

El detective asintió.

—Se la prepararé.

Nerea no habló hasta que salimos a la calle. La lluvia seguía cayendo, fina, constante, y por primera vez no intentó rebajar lo que acabábamos de escuchar con ninguna broma.

—Abril…

La miré.

—No voy a dejar a los niños allí sin mover un dedo.

Mi voz salió baja. Firme.

Nerea sostuvo mi mirada un segundo y después asintió, muy despacio.

—Entonces ya sabes lo que viene ahora.

Sí.

Lo sabía.

Y, aunque una parte de mí seguía esperando que todo aquello tuviera una explicación distinta, otra, mucho más inmediata y más feroz, ya había tomado una decisión.

Capítulo 25



Tardé menos de lo que habría imaginado en tomar la decisión, y eso fue precisamente lo que más me asustó de mí misma. No hubo una noche entera dándole vueltas ni una revelación especialmente solemne ni siquiera uno de esos momentos en los que una se mira al espejo y entiende que ha cruzado un límite. Fue más sencillo y más brutal que todo eso. Me bastó con volver a leer las notas del detective, con recordar la forma en que Samantha había aparecido en la casa y con imaginar a Lucas y a Sophie allí, dentro de una historia llena de zonas oscuras, para entender que ya no me bastaba con un reparto de semanas ni con un acuerdo provisional que fingiera normalidad donde no la había.

Nerea estaba conmigo cuando se lo dije.

Habíamos pasado la mañana revisando papeles en el salón, sentadas entre carpetas, tazas de café vacías y un desorden que, a diferencia del resto, tenía sentido. Ella leía por encima algunas notas mientras yo caminaba de un lado a otro, incapaz de quedarme quieta mucho rato seguido. En algún momento debió de comprender hacia dónde iba mi cabeza, porque levantó la vista y dejó el folio sobre la mesa con una tranquilidad que me puso aún más nerviosa.

—Lo has decidido —dijo, sin preguntarlo.

Me detuve en seco y la miré.

Nerea guardó unos segundos de silencio, no porque no supiera qué decir, sino porque estaba midiendo muy bien lo que yo acababa de poner sobre la mesa.

—Abril, eso significa llevarlo hasta el final.

—Lo sé.

—Y llevarlo hasta el final significa sacarlos de allí. De verdad. No amenazar. No tantear. Sacarlos.

—Sí.

No titubeé. Y, al no hacerlo, me di cuenta de que la decisión llevaba tomada desde antes de que yo le hubiera puesto nombre.

Nerea se pasó una mano por el pelo y desvió la vista hacia la ventana.

—¿Estás completamente segura?

No me sentó mal que lo preguntara. Al contrario. Necesitaba que alguien lo hiciera.

—No estoy segura de nada desde hace días —respondí—, pero sí de una cosa: no pienso dejar a mis sobrinos en una casa donde una mujer ha pasado por una crisis así y donde Liam aparece en medio de todo una y otra vez. No me da igual. No puedo hacer ver que no lo sé.

Ella asintió despacio.

—Entonces vas a ir a por la custodia total.

—Sí. Y me los voy a llevar a España.

Esta vez sí levantó la vista de golpe.

—Eso ya son palabras mayores.

—Precisamente por eso.

No hubo una aprobación inmediata ni una oposición frontal. Nerea, que para casi todo tenía una respuesta rápida, se quedó dándole vueltas un rato. Al final soltó el aire y me miró con una seriedad poco habitual en ella.

—Hazlo bien —dijo—. Si vas a entrar ahí, hazlo sin dejar huecos.

Eso era exactamente lo que pensaba hacer.

Llamé a Liam esa misma tarde. No quería alargarlo más, porque sabía que si dejaba pasar otra noche iba a empezar a mezclar la compasión con la duda, y en ese momento no me servía ninguna de las dos. Necesitaba claridad, incluso aunque doliera.

Tardó poco en coger.

—Abril.

Solo oír mi nombre en su voz me revolvió algo por dentro, pero me mantuve firme.

—Tenemos que hablar.

—Lo imaginaba.

No preguntó de qué. Eso ya me irritó.

—Quiero verte hoy.

Hubo una pausa breve al otro lado.

—Voy para allá.

No le di tiempo a añadir nada más. Colgué y me quedé mirando el móvil unos segundos, notando la tensión acumulándose en el cuerpo de una forma casi física, como un tirón constante entre los hombros. Nerea salió al pasillo cuando me oyó dejar el teléfono sobre la mesa.

—¿Viene?

Asentí.

—Bien —dijo ella—. Yo me quedo.

No se me había ocurrido pedirle que no lo hiciera.

Llegó enseguida. Escuché el coche detenerse fuera y luego sus pasos acercándose a la puerta con esa precisión suya que antes me habría puesto nerviosa de otra manera. Cuando abrí, lo primero que pensé fue que tenía peor cara que yo. Más cansado. Más tenso.

Nerea apareció al fondo del pasillo, sin acercarse del todo, pero dejándole claro con su sola presencia que yo no estaba sola. Liam la miró apenas un segundo antes de volver a centrar la atención en mí.

—¿Qué pasa?

Lo hice pasar al salón y cerré la puerta despacio. No me senté. Él tampoco.

—Voy a emprender acciones judiciales para apartarte por completo de la custodia de los niños —le informé, sin rodeos.

El cambio en su expresión fue inmediato. No levantó la voz, pero se le endureció el gesto de una forma que me confirmó que no esperaba una embestida tan directa.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Abril, no. No puedes hacer eso.

—Claro que puedo.

Negó una vez, con incredulidad.

—No lo entiendo.

—Pues deberías.

Me sostuvo la mirada varios segundos, intentando encontrar en mi expresión algo que suavizara aquello. No debió de encontrarlo.

—Sé que todo ha cambiado desde la aparición de Samantha —se desahogó al fin, esforzándose por mantener el control—. Sé que debí contarte que estaba casado. Y lo lamento. De verdad. Puedo pedirte perdón por eso todas las veces que haga falta, pero no tiene ninguna justificación lo que estás haciendo ahora.

Solté una risa sin humor.

—No me hables de justificaciones.

—Te estás moviendo por venganza.

Aquello me encendió de golpe.

—No te pongas chulo conmigo.

Su mandíbula se tensó.

—No estoy siendo chulo. Estoy siendo claro.

—Pues te falta información para ir tan claro por la vida —repliqué, dando un paso hacia él—. Y no, no estoy así por ti. Créeme, esto hace rato que ha dejado de ir de ti y de mí.

Él frunció el ceño.

—¿Entonces de qué va?

Noté a Nerea moverse a un lado, en silencio, atenta a cada palabra. Yo no aparté la vista de Liam.

—Sé mucho más de tu matrimonio de lo que piensas.

Algo en su rictus cambió. No de forma escandalosa, pero sí lo suficiente. Una contracción mínima alrededor de los ojos, una quietud demasiado medida. Lo vi, y aquello terminó de empujarme.

—Así que no me mires así —seguí—. Porque vas a tener que explicar muchas cosas. Y no a mí. A un juez.

Durante unos segundos no dijo nada. Me observó como si estuviera intentando decidir qué parte era farol y qué parte no.

—¿Qué crees que sabes?

La pregunta sonó más baja, más peligrosa.

—Lo suficiente.

—Abril…

—No. Ahora me escuchas tú a mí.

No subí el tono, pero cada palabra me salió afilada.

—Si no me cedes la custodia total, voy a destrozar tu imagen ante el tribunal. Y te juro que, con lo que ya sé, no me va a costar demasiado.

Nerea contuvo la respiración detrás de mí, lo noté aunque no la mirara. Liam, en cambio, no se movió. Se quedó quieto, con esa quietud suya que siempre anticipaba algo, y por un instante pensé que iba a discutir, a negar, a intentar desmontarlo todo allí mismo.

En lugar de eso, bajó la vista un segundo y, cuando volvió a levantarla, había algo distinto en sus ojos. No alivio. No rabia. Algo peor.

Cansancio.

—Antes de hacer público lo que ocurrió —dijo despacio—, prefiero llegar a un acuerdo.

Parpadeé.

No porque no lo hubiera entendido, sino porque sí lo había hecho.

—¿Qué?

Él tragó saliva, pero sostuvo la mirada.

—Admito mi culpabilidad.

No supe qué decir durante un segundo entero. Me había preparado para una discusión, para una negación cerrada, para una batalla de versiones. No para eso. No para una rendición tan limpia, tan brutal, tan extraña.

—¿Me estás diciendo que…?

—Te estoy diciendo que no voy a exponer más a nadie.

Lo miré con incredulidad.

—¿Y ya está? ¿Lo dices así y pretendes que eso arregle algo?

—No pretendo arreglar nada.

—Desde luego.

La rabia me volvió de golpe, mezclada con una sensación extraña, casi parecida al vértigo.

—Entonces me entregas a los niños. De inmediato.

Esta vez sí miró hacia otro lado, apenas un instante, como si necesitara reunir algo antes de responder.

—Dame dos días.

Iba a negarme. Lo tenía ya en la boca. Pero añadió:

—Necesito prepararlos. Sobre todo a Lucas.

Y ahí se me quedó la respuesta.

Dos días.

Apreté los dientes, odiando que tuviera razón en eso.

—Dos días —le repetí—. Ni uno más.

Asintió.

—Ni uno más.

No quiso discutir nada más, y yo tampoco. Cuando se fue, Nerea tardó unos segundos en hablar. Se había quedado inmóvil durante toda la última parte, mirando a uno y a otro con una expresión que no le había visto nunca.

—Eso no ha sido normal —me comentó por fin.

Yo seguía de pie en mitad del salón, sintiendo un vacío extraño bajo la rabia.

—No.

—Si fuera inocente, no habría cedido así.

Cerré los ojos un momento.

—Eso pienso.

Pero no lo sentía tan rotundo como debería.

Los dos días siguientes pasaron lentos y rápidos a la vez. Me ocuparon los papeles, las llamadas, los preparativos prácticos de algo que sonaba casi irreal al ponerlo en voz alta: volver a España con Lucas y Sophie. Proyecté, hice listas, hablé con Nerea de colegios, de rutinas, de cómo amortiguar un cambio que en realidad no podía amortiguarse del todo. Todo parecía avanzar por una especie de carril inevitable del que ya no era posible salirse.

Liam llegó a la casa con los niños por la tarde del segundo día. Vi el coche entrar por el camino y se me encogió algo dentro, porque hasta el último momento una parte absurda de mí había esperado que aquello no ocurriera, que surgiera alguna explicación milagrosa, alguna grieta en lo que creía saber. No ocurrió.

Salí a recibirlos antes de que pudiera pensarlo demasiado. Sophie fue la primera en bajarse y echó a correr hacia mí con esa energía suya que seguía intacta incluso dentro del desconcierto. La abracé con fuerza, respirando su olor, sintiendo el alivio inmediato y también la culpa. Lucas bajó más despacio. Tenía la cara rígida de quien ya sabe que algo no va bien y está intentando portarse como un adulto antes de tiempo.

Liam cerró la puerta del coche y se quedó unos pasos atrás. Llevaba la misma expresión contenida de los días anteriores, pero había en él algo más agotado, más derrumbado por dentro. Lucas se volvió hacia él de inmediato.

—¿Va a pasar de verdad? —le preguntó el niño, mirando de uno a otro.

Nadie respondió enseguida.

Entonces Liam se agachó a su altura. No lo hizo con teatralidad ni buscando mi aprobación ni con una ternura impostada. Lo hizo despacio, como si cada gesto pesara más de la cuenta.

—Tenéis que iros a España con vuestra tía Abril una temporada —dijo con una voz que procuró mantener firme—. Ha surgido algo en mi vida y necesito dedicarme al trabajo.

Vi cómo el rostro de Lucas se descomponía poco a poco, sin aspavientos, sin entender del todo, pero entendiendo lo suficiente.

—No —dijo.

Liam se quedó quieto.

—Solo va a ser…

No llegó a terminar la frase.

—No —repitió Lucas, esta vez con la voz rota—. Yo no quiero irme.

Se me partió algo dentro.

Sophie, que todavía no comprendía la magnitud de lo que estaba pasando, miraba primero a su hermano, luego a Liam y luego a mí, desconcertada.

—Pero la tía Abril viene también —dijo, como si eso pudiera arreglarlo.

Lucas ya estaba llorando abiertamente, con esa forma silenciosa y devastadora que tienen algunos niños cuando se rompen de verdad.

—Yo quiero quedarme aquí —sollozó—. Contigo.

Liam cerró los ojos un segundo. Apenas uno. Cuando volvió a abrirlos, tenía la mirada más vidriosa de lo que le había visto nunca.

—Lo sé.

Nada más.

No “yo también”, no “ya pasará”, no “es lo mejor”. Solo eso.

Lo sé.

Y fue peor.

Sophie empezó a llorar también, más por contagio emocional que por comprensión real, y tuve que acercarme a los dos a la vez, rodeándolos, intentando ser el punto estable en medio de una escena que a mí misma me estaba desbordando. Lucas seguía mirando a Liam por encima de mi hombro, buscando una rectificación que no llegaba.

—Vamos a estar bien —le dije, aunque la frase me sonó pobre hasta a mí.

No me creyó, y no lo culpé por ello.

Liam se incorporó lentamente. Por un momento pensé que iba a acercarse, que iba a decir algo más, quizás algo que lo deshiciera todo. No lo hizo. Se quedó donde estaba, con las manos rígidas a los lados y la mirada clavada en Lucas, como si apartarla fuera demasiado.

—Sus cosas están en el maletero —murmuró finalmente.

Asentí, incapaz de decir nada útil.

Nerea apareció entonces desde la puerta, seguramente porque había oído el llanto desde dentro. No intervino. Se limitó a acercarse lo suficiente para echarme una mano con Sophie, que ya se aferraba a mí con esa desesperación infantil que no entiende de estrategias ni de batallas judiciales.

Lucas tardó varios minutos en calmarse lo justo para entrar en casa. Antes de hacerlo, volvió a mirar a Liam una última vez. Fue una mirada que me perseguiría mucho tiempo, porque estaba llena de una tristeza demasiado grande para su edad.

Liam no se movió.

Ni siquiera cuando el niño entró.

Se quedó allí fuera un instante más, bajo la luz gris de la tarde, y cuando por fin nos miramos, sentí algo tremendamente doloroso abrirse paso entre toda la furia acumulada. No compasión. No todavía. Algo más confuso.

Porque estaba cediendo demasiado fácil.

Porque había aceptado demasiado pronto.

Porque, si de verdad era culpable de todo lo que yo creía, aquel cansancio suyo tenía sentido. Porque debía tenerlo sí o sí.

Aparté esa idea antes de dejarla crecer.

No era el momento. No podía permitirme fisuras.

Él fue el primero en romper el contacto visual.

—Ya está —dijo.

No supe si me lo decía a mí, a sí mismo o a la casa entera.

Yo asentí una sola vez.

Y entonces se dio la vuelta, subió al coche y se marchó.

Me quedé mirando cómo desaparecía por el camino mientras, detrás de mí, Lucas volvía a llorar dentro de la casa. Sólo entonces cerré los ojos un momento y entendí que acababa de ganar algo que había querido con todas mis fuerzas… y que, aun así, aquello no se parecía en nada a una victoria.

La casa cambió de temperatura en cuanto se cerró la puerta.

No fue algo físico, no bajaron los grados ni se apagaron las luces, pero el ambiente se volvió más denso, más difícil de sostener. El llanto de Lucas no era escandaloso, no llenaba cada rincón con ruido constante, pero sí estaba ahí, persistente, quebrándose a ratos y volviendo con más fuerza, como una marea que no terminaba de retirarse.

Sophie no entendía del todo qué estaba pasando, pero percibía perfectamente que algo no iba bien. Se movía cerca de su hermano con esa inquietud torpe de quien quiere ayudar y no sabe cómo, mirándolo a cada momento, buscando una señal que le indicara qué hacer. Cuando Lucas se apartaba, ella dudaba un segundo y volvía a acercarse, insistente, incapaz de dejarlo solo del todo.

Yo intentaba mantener una calma que no sentía. Me movía por la casa, recogiendo cosas que no necesitaban recogerse, colocando mochilas, abriendo cajones, cerrándolos después, como si ordenar el espacio pudiera ayudar a ordenar lo que estaba pasando. Nerea se había quedado en el salón, más quieta, observando a Lucas con una atención constante, sin invadirlo, pero sin perderlo de vista.

—Lucas… —empecé en un momento, acercándome despacio—. Ven, vamos a…

No terminé la frase. No tenía sentido proponer nada.

Él no me miró siquiera.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, los ojos hinchados, la respiración irregular, como si cualquier palabra fuera a romper algo más. Durante unos segundos pensé que se había calmado, que quizás el cansancio empezaba a ganar terreno, pero entonces alargó la mano hacia la bolsa que había traído y empezó a rebuscar dentro con movimientos bruscos.

Sophie se acercó un poco más.

—¿Qué haces?

Lucas no respondió. Sacó una caja de madera pequeña, desgastada en las esquinas. La reconocí al instante.

El ajedrez.

Lo abrió con manos torpes, demasiado rápidas, y dejó caer las piezas sobre el suelo sin cuidado. Algunas rodaron, otras se quedaron dispersas sobre la alfombra. Se quedó mirándolas un segundo, respirando fuerte, y entonces, sin previo aviso, lanzó la primera contra el suelo con toda la fuerza que tenía.

El golpe seco resonó en la habitación.

—Lucas —dijo Nerea, levantándose despacio.

No sirvió de nada.

Cogió otra pieza y la tiró, y luego otra, y otra, sin ningún orden, sin mirar siquiera dónde caían. No era un arrebato ruidoso, era algo más contenido, más cargado, como si cada golpe fuera una forma de soltar lo que no sabía decir.

—¡No! —gritó de pronto, con la voz quebrada—. ¡Si no es con Liam, no quiero jugar con nadie!

Sophie dio un pequeño respingo. Sus ojos se llenaron de lágrimas casi al instante.

—Lucas…

Se acercó a él, pero se detuvo a medio paso, sin saber si tocarlo o no. Yo di un paso más, pero tampoco supe cómo entrar en ese momento sin empeorarlo.

—Lucas, escúchame… —intenté, manteniendo el tono bajo.

Él negó con la cabeza, apretando los puños.

—No —murmuró—. No quiero.

Otra pieza golpeó el suelo y rodó hasta quedarse bajo la mesa.

El silencio que siguió no fue de calma, sino de agotamiento. Lucas dejó caer las manos y bajó la cabeza, el cuerpo entero temblándole de una forma que ya no tenía que ver con la rabia, sino con algo más profundo.

Sophie no aguantó más y se acercó del todo, abrazándolo por el hombro con una torpeza dulce.

—No llores…

Eso fue lo que lo rompió del todo.

Lucas se inclinó hacia ella, escondiendo la cara, y empezó a llorar sin intentar contenerse. Sophie también lo hizo, contagiada, agarrándose a él con fuerza.

Nerea me miró desde el otro lado de la habitación. No dijo nada, pero en su expresión había una mezcla clara de impotencia y rabia contenida.

Yo tampoco tenía palabras.

Me limité a acercarme y sentarme junto a ellos, recogiendo algunas de las piezas del suelo sin saber muy bien por qué, como si ese gesto mínimo pudiera aportar algo de orden a un momento que no lo tenía.

Y, mientras los dos niños lloraban apoyados el uno en el otro, entendí que aquella decisión, por muy necesaria que me pareciera, tenía un precio que iba mucho más allá de lo que había querido ver. Aunque, finalmente, la hubiese tomado por su bien.

Capítulo 26



El día de nuestra vuelta a España llegó demasiado pronto.

No porque no lo hubiera preparado ni porque faltara nada por hacer, sino porque había cosas que no se podían organizar con listas ni maletas. La casa de Carla y de los niños quedó atrás con una sensación extraña, a medio camino entre lo necesario y lo precipitado, y aunque todo estaba en orden (los billetes, el coche, el horario), lo que llevábamos dentro no lo estaba en absoluto.

Lucas no despegó los labios durante el trayecto al aeropuerto.

Se sentó en el asiento trasero mirando por la ventana, con esa quietud tensa que ya había aprendido a reconocerle en los últimos días. No lloraba, no protestaba, no preguntaba. Y, sin embargo, su silencio pesaba más que cualquier discusión. Sophie, en cambio, iba más cercana a mí, preguntando cosas pequeñas, buscando conversación, intentando llenar los huecos que él dejaba sin darse cuenta de que no se podían llenar así.

Nerea iba en el asiento del copiloto del taxi sin hablar demasiado, echándome miradas de vez en cuando por el retrovisor. No hacía falta decir nada. Las dos sabíamos que aquello no iba a ser un viaje normal.

El aeropuerto fue un trámite. Colas, maletas, controles, anuncios por megafonía. Todo funcionaba con una precisión mecánica que contrastaba con lo que llevábamos dentro. Lucas caminaba a nuestro lado sin separarse, pero tampoco se acercaba. Mantenía esa distancia mínima que no rompe el vínculo, pero lo enfría.

En el avión, le tocó ventana. Ni siquiera mostró interés. Se sentó, abrochó el cinturón y apoyó la cabeza contra el cristal sin mirar realmente hacia fuera. Sophie quiso sentarse a su lado, y él no dijo que no, pero tampoco reaccionó cuando ella empezó a hablarle de cualquier cosa que se le ocurría para animarlo.

Yo me senté al otro lado, dejando que Nerea ocupara el asiento del pasillo. Durante los primeros minutos del vuelo, nadie habló. El sonido de los motores llenaba ese espacio que antes ocupaban las palabras, y por un momento pensé que quizás el cansancio haría el resto, que Lucas terminaría dormido y eso nos daría una tregua.

No fue así.

—Tía Abril —murmuró en un momento dado, requiriendo mi atención

Giré la cabeza hacia él. No me miraba directamente, pero su voz había cambiado. Era más baja, más consciente.

—Dime, cariño. Dime lo que sientas…

Tardó unos segundos en seguir. Jugaba con el cinturón, tirando de él sin necesidad.

—Yo ya había… —empezó, y se detuvo—. Yo ya había perdonado muchas cosas.

Me quedé quieta.

—¿A qué te refieres exactamente? —le pregunté con un nudo en la garganta, imaginando por dónde iba.

Por fin me miró. Tenía los ojos cansados, no tanto de llorar como de haber intentado no hacerlo.

—Que no estuvieras —dijo—. Que casi nunca no estuvieras con nosotros.

Sentí el golpe directo, pero no aparté la mirada.

—Lucas…

—Y también estaba empezando a entender lo de mis padres —continuó, con esfuerzo—. Ya no me enfadaba tanto cuando pensaba en eso. Supongo que no todo el mundo puede vivir hasta hacerse mayor.

Tragué saliva.

—Eso es muy importante, Lucas. No sabes lo importante que es que asumas algo así.

Negó despacio.

—Pero esto no.

La frase se quedó suspendida, clara. Y yo conocía muy bien su sentido. Un sentido que me iba a escocer.

—Esto no lo entiendo.

No supe qué decir.

—No entiendo por qué Liam nos ha abandona así —añadió—. No entiendo por qué se ha inventado eso del trabajo, de que ahora le tiene que dedicar todo su tiempo, cuando Sophie y yo parecíamos importantes para él.

Apreté los labios. No iba a ser fácil abordar aquella conversación.

—No ha renunciado a vosotros porque no os quiera.

—Pues parece que sí —respondió, con una rapidez que no esperaba.

Su voz no era alta, pero sí firme. Demasiado para su edad.

—Lucas…

—Le odio —dijo de pronto.

El silencio que siguió fue inmediato, pero no frío. Fue denso, lleno de algo que ninguno de los dos sabía manejar.

Lo miré.

Él bajó la vista enseguida.

—No —murmuró al segundo—. No puedo odiarlo. Lo he dicho sin pensar, lo siento.

Se llevó las manos a la cara un momento, frotándose los ojos con frustración.

—Es que no sé qué hacer —añadió—. No sé qué pensar.

Me puse en su lugar, intentando no agobiarlo mientras Sophie escuchaba con total atención lo que su hermano decía. Los labios de mi sobrina estaban sellados. Supongo que tampoco entendía la situación.

—No tienes que decidir eso ahora.

Negó.

—Es que lo quiero.

Ahí estaba.

Lo que lo rompía de verdad.

—Y si lo quiero, no puedo odiarlo… pero entonces… —se quedó en blanco—. Entonces, ¿por qué me siento así?

Me costó respirar con normalidad. Lucas era un crío especial. Un crío al que le gustaba llegar al fondo de los asuntos y no dejarlos en el aire.

—Porque te sientes abandonado —le expliqué, muy despacio.

No lo negué.

No podía.

Lucas asintió, sin mirarme.

—Sí. Así es justo como me siento.

Sophie, suspiró hondo, con los ojos grandes, sin entender del todo pero sintiendo cada palabra.

No supe cómo consolarlo. No era fácil. Lucas sería pequeño e inocente, pero no tonto, y no se había tragado eso de que, de la noche a la mañana, el trabajo se hubiese convertido en el eje de la vida de Liam. Ellos no hablaban de Samantha. Ni siquiera la mencionaban en ningún momento. Pero se me pasó por la mente que creyeran que había pasado de ellos por su mujer. Era una de las posibles teorías que mi sobrino podría estar barajando, desde mi punto de vista Yo tampoco quise sacar a colación a una mujer de lo que no tenía claro qué pensar.

Durante el resto del vuelo apenas hablamos.

Yo miraba a veces el habitáculo, a ratos a Lucas, y a ratos cerraba los ojos intentando contener todo lo que me subía por dentro. Cada palabra suya se me había quedado clavada en algún sitio doloroso, y lo peor era que no podía ofrecerle una explicación que lo arreglara.

Dentro de mí, una parte no dejaba de repetir lo mismo: esto no debería haber pasado así.

Y, aun así, lo había provocado yo, en cierto modo. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho dado el turbio pasado de Liam y el matrimonio tan tóxico que mantenía?

Cuando aterrizamos en Valencia, el aire cálido me golpeó la cara al salir del avión. Fue una sensación familiar, casi reconfortante, pero no lo suficiente como para suavizar lo que traíamos encima. Recogimos las maletas en silencio y salimos al exterior, donde el ruido de la ciudad parecía ajeno a todo aquello.

Nerea me hablaba durante el trayecto a casa en taxi, como si el simple hecho de haber llegado a España hubiera aliviado algo. Sophie miraba por la ventana, señalando cosas que le llamaban la atención, intentando recuperar un poco de normalidad. Lucas, en cambio, seguía encerrado en sí mismo, apoyado contra el cristal, sin intervenir.

La casa nos recibió con ese olor cerrado de los sitios que llevan tiempo sin abrirse. Las telas cubrían los muebles, acumulando polvo, dejando claro que aquello llevaba años esperando volver a ser habitado.

—Vale —dijo Nerea, dejándose las llaves sobre una mesa—. Pues manos a la obra.

Sophie reaccionó enseguida. Estaba emocionada por conocer una casa en la que nunca había estado, una casa familiar en otro país; en el país de su madre. Y eso la conectaba con la ciudad. Se notaba.

—¡Yo ayudo! —exclamó en cuanto cruzamos la puerta.

Se quitó la mochila y empezó a tirar de una de las telas con más entusiasmo que fuerza. Yo sonreí un poco, agradeciendo ese impulso, y me uní a ella. Entre las dos empezamos a destapar el salón, sacudiendo las telas, abriendo ventanas, dejando que entrara el aire.

Nerea fue directa a la cocina, abriendo armarios, comprobando que no había nada, poniendo en marcha esa energía práctica suya que siempre ayudaba a que todo empezara a funcionar.

Lucas no se movió.

Se quedó en la entrada, con la mochila colgada, observando la casa sin realmente verla. No hizo amago de ayudar ni de protestar ni siquiera de dar un paso al frente. Solo estaba ahí, quieto, como si todavía no hubiera llegado del todo.

Lo miré un segundo.

Quise decirle algo.

No supe qué.

Volví a la tela que tenía entre las manos, tirando de ella con más fuerza de la necesaria.

Y, mientras el polvo se levantaba en el aire y Sophie reía porque una de las fundas se le había enganchado en el pie, entendí que el verdadero traslado no era ese.

No era el avión.

No era la casa.

Era todo lo que todavía tenían que asimilar.

Y eso… no sabía cuánto tiempo iba a tardar en encajar.

Pasaron unos días, pero no lo suficiente como para que nada se asentara de verdad.

La casa empezó a parecer habitable con relativa rapidez. Las ventanas abiertas durante horas, las telas retiradas, los muebles en su sitio, el sonido de la cocina funcionando, todo eso ayudaba a construir una apariencia de normalidad que, por momentos, incluso resultaba convincente. Sophie se agarró a esa normalidad con una facilidad que sorprendía. En cuanto tuvo un espacio que reconocer como suyo, una cama, unos cajones donde guardar sus cosas y una rutina mínima, empezó a moverse con más soltura, a preguntar menos por lo anterior y a centrarse en lo inmediato.

Lucas no.

Lucas seguía caminando por la casa como si estuviera de paso.

No protestaba cada minuto ni se encerraba dando portazos ni hacía escenas constantes. Era algo más silencioso y más complicado de gestionar: una ausencia parcial, una falta de conexión con todo lo que le rodeaba. Se sentaba a la mesa porque había que hacerlo, comía sin quejarse, respondía cuando se le hablaba… pero nada parecía tocarle de verdad. No había interés o curiosidad en sus ojos. Solo una especie de desconexión que lo mantenía lejos de todo.

El colegio llegó, como no podía ser de otra manera.

Había que hacerlo. Retrasarlo no iba a ayudar, y yo misma necesitaba que empezaran a tener un marco, una estructura externa que no dependiera solo de la casa y de lo que había pasado. El centro que habíamos elegido era bilingüe, con una buena parte de las clases en inglés, lo que en teoría iba a facilitar la transición. Su madre les había enseñado español desde pequeños, pero su vida, su entorno, su forma de comunicarse había sido siempre en inglés. Eso se notaba en los matices, en la rapidez, en la seguridad con la que se expresaban.

El primer día fue una prueba de fuego.

Nerea insistió en venir también, más por mí que por ellos. El centro era amplio, moderno, con ese aire organizado que intenta transmitir tranquilidad desde el primer momento. Nos recibió una orientadora que nos explicó horarios, dinámicas, grupos. Sophie la escuchaba con atención, mirando todo a su alrededor con una mezcla de curiosidad y prudencia. Lucas, en cambio, apenas levantaba la vista del suelo.

—Al principio es normal que se sientan un poco desubicados —opinó la orientadora—, pero suelen adaptarse rápido, sobre todo cuando tienen base en ambos idiomas.

Asentí.

Quise creerlo.

Sophie entró en su clase con una timidez controlada, agarrándose un segundo a mi mano antes de soltarla y girarse hacia la profesora. Le costó, pero en cuestión de minutos ya estaba sentada, observando a los demás niños con interés. Al salir al recreo ese mismo día, nos contó que una cría se había sentado con ella y le había preguntado de dónde venía. Y que luego se acercaron varias más.

Lucas no contó nada.

El primer día pasó sin incidentes. El segundo, no.

Me llamaron a media mañana.

Reconocí el número del colegio y el estómago se me encogió antes de descolgar. No hizo falta que me explicaran mucho para entender que algo había pasado. La voz al otro lado era correcta, medida, pero con ese tono que utilizan cuando hay que decir algo que no encaja en la normalidad.

—Ha habido un problema en el recreo. Tiene que venir de inmediato.

No pregunté qué tipo de problema.

Ya lo intuía.

Cuando llegué, Lucas estaba sentado en una silla junto al despacho de dirección. Tenía los puños cerrados, la mirada fija en un punto que no estaba allí y una tensión en el cuerpo que se percibía desde la puerta. No lloraba. No parecía arrepentido. Parecía… enfadado. Muy enfadado.

La directora me explicó lo ocurrido con la versión que siempre se da en esos casos: un compañero había hecho un comentario despectivo sobre su dominio del español, Lucas había reaccionado de forma desproporcionada, hubo un empujón primero y después un golpe. Nada grave, pero suficiente como para intervenir.

—El otro niño está bien —añadió—, pero necesitamos que esto no vuelva a suceder.

Asentí, sintiendo cómo se me acumulaban varias cosas a la vez: la preocupación, la responsabilidad, la certeza de que aquello no era un episodio aislado sino una consecuencia directa de todo lo anterior.

—Lucas —dije, girándome hacia él.

Levantó la vista por fin.

—¿Qué ha pasado?

Tardó un segundo en responder.

—Se ha reído. Ese niño se ha reído.

—¿De qué?

—De cómo hablo en español. De eso.

La respuesta fue seca, directa y esclarecedora a la vez.

—Y por eso le has pegado.

No fue una pregunta.

—Sí. Quería darle con todas mis fuerzas. Yo no me he metido con su inglés, que tampoco es muy bueno, ¿por qué lo ha hecho él? ¿Se cree mejor que yo?

No había duda. No había matices. No había intento de justificarlo.

Respiré hondo, buscando las palabras.

—No puedes hacer eso, pese a que él haya actuado mal, cariño.

No levanté la voz. No quería hacerlo.

—No puedes pegar a alguien porque diga algo que no te gusta. Las cosas no funcionan así.

Lucas apretó más los puños.

—Me da igual.

—A mí no me da igual —le respondí, manteniendo la firmeza—. Esto no es así.

No estaba acostumbrada a educar, esa era la verdad. Y, en ciertos momentos, sentía que todo aquello me venía muy grande. Era en esos momentos cuando maldecía al mentiroso de Liam y a todo lo que significó para nosotros. De no haber existido, yo me habría hecho cargo de los niños desde el primer momento y en ningún lugar habría vivido el espejismo de que, entre ambos, su educación sería más llevadera.

La directora observaba en silencio, dejándome el espacio, pero yo notaba su presencia, su evaluación constante.

—Tienes que aprender a reaccionar de otra forma —proseguí.

—No quiero aprender nada aquí. No quiero estar en este sitio ni en este colegio —añadió, alzando un poco más la voz—. Ya te lo dije.

Me quedé quieta.

Lo había dicho.

Lo había dicho desde el principio.

—No es una decisión que dependa solo de ti, Lucas.

—Pues no es justa.

No supe qué responder a eso en ese momento.

Firmé lo que había que firmar, escuché las recomendaciones de la directora, prometí que hablaría con él y que aquello no volvería a pasar. Todo lo que se espera que digas en ese tipo de situaciones.

Salimos del colegio sin hablar.

Caminamos unos metros en silencio hasta el coche, con Sophie unos pasos por delante (pues se hizo la hora de salir), ajena en parte a lo que acababa de pasar, aunque lo suficiente consciente como para no hacer preguntas en ese momento.

Abrí la puerta del coche (uno familiar que había comprado de kilómetro cero, para moverme con ellos, y que me entregaron de inmediato) y Lucas no entró en él.

Se quedó de pie, mirándome con una mezcla de rabia y tristeza que me atravesó.

—No quiero estar en Valencia —insistió.

Lo dijo sin gritar.

Sin llorar.

Solo lo dijo.

—Ya lo sé, cariño. Pero, a veces, las cosas no son como deseamos. Aun así, lo sé.

—No lo sabes.

Negué despacio.

—Sí lo sé.

—Pues entonces haz algo. Está en tu mano. Tú decidiste que viniéramos.

La frase me golpeó de lleno en el estómago. Sentí un dolor prácticamente físico.

No había reproche infantil en ella.

Había algo más.

—Esto no es fácil para nadie —empecé.

—Para ti sí —me cortó—. Tú has decidido todo. Y no has contado con nadie, tía Abril.

Ahí estaba.

La acusación.

Directa.

Sin filtros.

Sophie se giró hacia nosotros, inquieta.

—Lucas…

—No —dijo él—. No quiero estar aquí. No quiero este colegio. No quiero que se rían de mí. No quiero que Liam esté tan lejos.

Sentí cómo la rabia se mezclaba con una impotencia difícil de gestionar.

—Lucas, escúchame…

—No quiero escuchar. Ya he escuchado bastante por hoy.

Se metió en el coche de golpe, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Me quedé fuera un segundo, respirando hondo, intentando no reaccionar desde ese mismo lugar.

Subí al coche y arranqué sin decir nada más. En el espejo retrovisor vi a Lucas apoyando la cabeza contra la ventana, otra vez en ese lugar donde no podía alcanzarlo del todo.

Y, por primera vez desde que habíamos llegado a Valencia, la duda volvió a abrirse paso.

No sobre lo que había pasado.

Sino sobre si había elegido bien la forma de protegerlos.

Capítulo 27



La noche cayó sin que nada se hubiera calmado del todo.

La cena fue corta, más por agotamiento que por decisión. Sophie habló un poco, lo justo para contar una anécdota sin importancia del colegio, algo sobre una niña que llevaba unas zapatillas con luces y que le habían parecido divertidas. Lucas apenas intervino. Masticó despacio, sin levantar demasiado la vista, y en cuanto terminó pidió irse a su habitación. No discutí. No tenía sentido forzarlo.

Cuando cerró la puerta, el silencio en la casa cambió de forma. Parecía cargado de todo lo que no se había dicho durante el día. Nerea, que se acercó a vernos, recogía la cocina sin hacer ruido innecesario, y yo me quedé unos segundos en el salón, intentando ordenar la cabeza después de lo del colegio.

Fue entonces cuando caí en la dimensión del hecho.

Seguía sin salir ni una sola vez el nombre de Samantha.

Ni en los días anteriores. Ni en la conversación del avión. Ni siquiera en los momentos más tensos, cuando Lucas había hablado de Liam, del abandono, de lo que sentía. No había ninguna referencia a ella. Ni una mención casual ni un comentario suelto, nada.

Y eso… no encajaba.

Demasiado grande, demasiado presente en todo lo que había pasado como para que no hubiera dejado rastro en ellos.

Me levanté despacio y fui hacia la habitación de Sophie. La puerta estaba entreabierta. La encontré sentada en la cama, con un libro abierto sobre las piernas, aunque más pendiente de pasar las páginas que de leerlas.

—¿No tienes sueño todavía, mi niña? —le pregunté, entrando.

Negó con una pequeña sonrisa.

—Un poco.

Me senté a su lado, apartando suavemente el libro.

—Ven un momento.

Se acercó sin dudar, apoyándose en mi hombro con naturalidad. Ese gesto suyo, tan fácil, me hizo sentir una punzada incómoda.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien —respondió—. El cole es un poco diferente, pero… está bien.

Asentí, dejando pasar un segundo.

—Oye… —empecé, con cuidado—. ¿Te acuerdas de los días antes de venirnos? Cuando estabais en la casa con Liam.

—Sí.

—¿Estabais solos con él?

Sophie frunció ligeramente el ceño, como si la pregunta no le resultara del todo clara.

—Sí.

Esperé.

—¿No había nadie más? —insistí.

Negó despacio.

—No.

Sentí un pequeño tirón en el estómago.

—¿Seguro? —le pregunté, suavizando el tono—. ¿Nadie que estuviera también en la casa? ¿Una mujer, por ejemplo?

Sophie me miró directamente, esta vez más confundida.

—No.

—¿No conoces a Samantha?

La reacción fue inmediata.

—¿A quién?

Parpadeé, perpleja.

—A Samantha.

Sophie negó con la cabeza, sin dudar.

—No sé quién es.

Me quedé quieta, observándola.

—¿No la has visto nunca?

—No.

No había vacilación. No había duda. No había intento de esquivar la respuesta.

Era un "no" limpio.

—¿Y Lucas? —le pregunté, casi sin darme cuenta—. ¿Él tampoco la conoce?

Sophie se encogió de hombros.

—No lo sé… pero creo que no.

Sentí cómo algo se descolocaba dentro de mí.

Me apoyé un poco hacia atrás, intentando procesarlo sin que se me notara demasiado.

No podía ser.

La imagen de Samantha entrando en aquella casa, hablando con esa seguridad, ocupando el espacio… era demasiado nítida. Demasiado real. Y, sin embargo, los niños no la situaban en ningún momento de esos días.

Ni siquiera como una visita.

—¿Por qué? —me preguntó Sophie, mirándome—. ¿Quién es Samantha?

Me obligué a reaccionar.

—Nadie importante —le respondí, sin pensar demasiado—. Solo quería saber si la habíais visto alguna vez.

Sophie asintió, sin darle más importancia.

—Pues ya te digo que no.

Volvió a coger el libro, acomodándose de nuevo en la cama, como si la conversación ya estuviera cerrada.

Yo me quedé sentada unos segundos más, sin moverme.

Algo no encajaba.

Y no era una sensación vaga, de esas que puedes apartar con un gesto. Era algo más concreto, más incómodo.

Porque si los niños no la habían visto…

¿qué lugar ocupaba Samantha en la vida de Liam?

¿Y por qué él no había dicho nada? ¿Por qué no me había contado que ella no estaría en la vida de los niños? ¿Por qué no lo usó como baza para evitar que me los llevara?

Me levanté despacio, besé a Sophie en la cabeza y salí de la habitación sin añadir nada más.

Al cerrar la puerta, me quedé un instante en el pasillo, con la mirada fija en la nada, sintiendo cómo todas las piezas que había ido encajando empezaban, de repente, a moverse otra vez.

Y eso… era mucho peor que no haber entendido nada desde el principio.

Capítulo 28



El teléfono sonó cuando menos lo esperaba, un par de días después.

No era temprano, pero tampoco lo bastante tarde como para que una llamada resultara fuera de lugar. Aun así, algo en la forma en que vibró sobre la mesa (insistente, casi fuera de ritmo) me hizo mirarlo con una inquietud que no supe justificar en ese mismo instante.

El nombre en la pantalla me terminó de tensar.

Lorna.

Descolgué sin pensarlo demasiado.

—¿Sí?

—Abril.

Su voz no era la de siempre. No había prisa, pero sí una gravedad contenida que me puso en alerta al momento.

—Necesito hablar contigo —añadió—. Es importante.

Me incorporé un poco, como si tuviera que encajar un golpe.

—Dime.

Hubo un pequeño silencio, no largo, pero lo suficiente como para que entendiera que estaba midiendo bien cada palabra.

—He seguido investigando.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué?

—Después de hablar contigo el otro día… algo no me cuadraba. No por lo que me contaste, sino por él. Y eso que sé que fue el comentario que te hice lo que te llevó a querer saber más cosas sobre Liam. Pero chica, si te digo la verdad, me sentía un tanto culpable por haber hablado de oídas, sin conocer la verdad.

Fruncí el ceño.

—¿Por Liam?

—Sí.

No añadió nada más durante un segundo, como si quisiera asegurarse de que yo estaba completamente presente.

—Abril, necesito que me escuches con calma. Lo que te voy a contar puede que lo cambie todo.

No me gustó ese tono. ¿Más cambios? Por Dios bendito, era lo último que necesitábamos.

—Te escucho.

—He hablado con Moira.

El nombre me golpeó de lleno.

—¿Con Moira? ¿La mujer que trabaja en casa de Liam?

—Sí. No fue una conversación directa al principio. Tiré de un contacto común, alguien de confianza. No iba buscando detalles morbosos, iba buscando coherencia.

Tragué saliva.

—¿Y?

Lorna exhaló despacio.

—Y lo que me han contado no tiene nada que ver con lo que parece desde fuera. Por lo visto, ella sí que conoce la verdad a fondo porque, al contrario que otras personas del servicio que estuvieron de paso, lleva muchos años con el matrimonio.

Sentí cómo algo dentro de mí se tensaba más y más.

—Explícate.

—Samantha no era una víctima en ese contexto, Abril. Nos hemos equivocado al apuntar en esa dirección.

Sus palabras salieron limpias.

Sin adornos.

—Moira me contó que Samantha es una persona extremadamente celosa. De un nivel… patológico. Pero patológico profundo. Al principio no era así, o lo disimuló hasta casarse con Liam, pero después…

Me quedé estupefacta.

—Controlaba todo —continuó—. Las llamadas, los horarios, las personas con las que él se relacionaba. Todo. No lo dejaba vivir.

—Eso no justifica…

—No —me cortó, con calma—. No justifica nada por sí solo. Pero escucha el resto. Y luego saca tus propias conclusiones, como he hecho yo.

Apreté el teléfono con más fuerza.

—Sigue, por favor.

—La situación fue escalando durante años. Él intentaba mantener una vida normal, que ella acudiera a terapia, pero cada intento acababa en conflicto. Y no hablamos de discusiones puntuales, hablamos de un desgaste continuo.

Noté cómo mi respiración se volvía más lenta.

—¿Y los gritos?

—Existieron —respondió—. Claro que existieron.

Hizo una breve pausa.

—Pero no eran unidireccionales. Ni mucho menos. Lo que pasa es que ella trataba de ganarse el favor de algunas de las personas del servicio, pagándoles de más, para ponerlas de su lado.

Eso me hizo cerrar los ojos un segundo.

—Según Moira, él acabó completamente destrozado. Psicológicamente. Llegó a un punto en el que no podía más.

Me apoyé contra el respaldo sin darme cuenta.

—¿Y lo del episodio?

—No fue lo que parece.

Abrí los ojos.

—Samantha no intentó quitarse la vida por una situación provocada por él, sino por llamar su atención, pues él le planteó el divorcio.

—¿En serio?

—Lo utilizaba como amenaza, durante años lo hizo para retenerlo a su lado. Y finalmente, la cumplió.

La frase me dejó sin respuesta durante un instante.

—¿Es posible?

—Me temo que sí. Cada vez que sentía que perdía el control sobre su marido, lo amenazaba con hacerse daño. De forma reiterada. Hasta que un día llevó la situación al límite.

Sentí cómo algo dentro de mí se descolocaba por completo.

—¿Y la intervención?

—Fue real —dijo Lorna—. Pero no por una agresión hacia ella. Fue porque la situación se volvió incontrolable. Y los testimonios… —hizo una pequeña pausa— están completamente sesgados por los motivos que ya te he ido desgranando.

—¿Sesgados?

—Quien habló aquella noche no tenía el contexto completo. Solo oía discusiones, solo veía tensión. Pero no sabía qué había detrás. Y era una de las personas, por supuesto, que se ganó el favor de Samantha a golpe de billetera.

Me llevé una mano a la frente.

—Joder…

—Liam no denunció —continuó—. No quiso hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque siempre ha protegido la privacidad de esa relación. Incluso ahora.

Eso me dolió más de lo que esperaba.

—¿Y ahora?

—Están separados, Abril. Desde hace tiempo.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué?

—No están juntos.

—Pero ella apareció en la casa…

—Porque volvió a hacerlo. Cada equis meses, según Moira, aparece por la casa como si nada, tratando de hacer que todo sigue igual.

—No tiene sentido —murmuré.

—Tiene todo el sentido —replicó Lorna—. Samantha no acepta la ruptura. Y, según Moira, su comportamiento ahora es incluso más imprevisible que antes.

Sentí un escalofrío.

—¿Más imprevisible cómo?

—Más agresivo. Más insistente. Más… peligroso.

No supe qué decir.

—Liam la ha vuelto a apartar de su vida —añadió—. En cuanto fue a buscarle, lo hizo. Le dejó claro que los niños estaban allí y que no iba a permitir que se acercara a ellos.

Las piezas empezaron a moverse en mi cabeza.

Demasiado rápido.

—Entonces… —empecé— ¿por qué no dijo nada?

—Porque cree que, si deja de proteger todo lo que pasó, si tú lo haces público en un juzgado como pretendías, ella puede reaccionar peor.

Me quedé completamente quieta.

—Peor… ¿en qué sentido?

—En el sentido de hacer daño.

La frase me atravesó.

—¿A quién?

—A quien tenga cerca.

No hizo falta concretar.

Los niños.

—Por eso ha cedido, Abril.

Sentí el golpe con claridad.

—No porque sea culpable de lo que tú crees… sino porque piensa que, si los niños están lejos de él, también están lejos de ella.

El silencio esta vez no fue vacío.

Fue devastador.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté, con la voz más baja.

—Lo estoy al cien por cien.

No hubo duda en su respuesta.

—He contrastado la información. No es un rumor. No es una versión interesada. Es lo que pasó.

Cerré los ojos un momento, intentando procesarlo.

Todo.

La escena del detective.
Las declaraciones.
La forma en que él cedió.
El llanto de Lucas.

Todo empezaba a encajar… pero en una dirección completamente distinta.

—Abril —dijo Lorna, con suavidad—, sé que esto cambia muchas cosas.

No respondí.

No podía.

—Pero necesitabas saberlo.

Abrí los ojos despacio.

—Sí —murmuré.

Y en ese momento entendí algo que no había querido ver antes.

Que quizás no había sacado a los niños de un peligro.

Que quizás… los había alejado de alguien que estaba intentando protegerlos.

Me llevé la mano a la boca, sin darme cuenta.

—Dios…

—Tienes que decidir qué haces con esto —añadió Lorna—. Pero ahora lo haces con toda la información.

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Gracias.

Colgué.

Me quedé mirando el teléfono varios segundos, sin moverme.

La casa estaba en silencio.

Demasiado.

Y, por primera vez desde que había tomado la decisión de llevármelos, la certeza que me había sostenido empezó a resquebrajarse.

Capítulo 29



Dejé la taza en el fregadero sin terminarla.

No tenía sentido seguir dando vueltas por la cocina fingiendo normalidad, abriendo cajones que no necesitaba abrir, mirando el móvil sin leer realmente nada, escuchando de fondo a Sophie hablar con Nerea en el salón mientras el silencio de Lucas seguía pesando desde el pasillo.

Desde que Lorna me había llamado, no conseguía centrarme en nada. La cabeza me volvía una y otra vez al mismo sitio, a la misma idea, a las mismas palabras: Moira, Samantha, la amenaza constante, Liam cediendo para proteger a los niños.

Y yo había cogido a esos niños y me los había llevado creyendo que él era el peligro.

Me quedé quieta unos segundos, con las manos apoyadas en el borde del fregadero, intentando respirar con normalidad. No me salía. Todo me empujaba hacia el mismo lugar. Necesitaba verlo. Necesitaba que me lo confirmara él. No porque no creyera a Lorna, sino porque ya no podía seguir sosteniéndome solo en versiones ajenas.

Me acerqué a Nerea.

—Tengo que ir a verle —le dije al fin.

Ella levantó la vista desde el sofá. No preguntó enseguida. Me miró con esa forma suya de leerme demasiado bien y dejó que fuera yo quien completara la frase, pero no pude.

—¿A las Highlands? —preguntó al final.

Negué con la cabeza.

—¿Crees que es una locura?

—La locura es que no hayas salido zumbando ya, cuando Liam parece ser que no ha hecho más que proteger a los niños —murmuró bajito para que ellos no se enteraran —y, para más inri, a ti te gusta más que comer con los dedos.

Me observó unos segundos más. Comprobé que me entendía a la perfección.

—Tengo que ir sola. Entiéndelo. No puedo dar pasos en falso.

—Yo me quedo con ellos —se ofreció.

—¿De verdad?

—¿Y tú lo dudas?

—Pero tienes que trabajar, cariño. No quiero entorpecerte más.

—¿Y conoces algún sitio que a Sophie le guste más que mi clínica veterinaria? Si con ella tengo mano de obra gratis con los bichillos y lo sabes —bromeó.

—¿Y Lucas?

—Lucas no habla apenas con nadie. No lo va a notar mucho. Anda, no le des más vueltas al coco.

No podía plantarme allí en media hora.

Esa fue la primera realidad que me golpeó. Me quedé quieta en mitad del salón, respirando más rápido de lo normal mientras mi cabeza intentaba reorganizarse sobre la marcha.

Las Highlands no estaban a un par de kilómetros.

No dudé más.

Abrí el portátil con un movimiento brusco y empecé a buscar vuelos sin pensar demasiado en horarios ni en precios. El primero que salía desde Valencia a Edimburgo con escala en Londres. Cuatro horas hasta despegar. Suficiente.

Reservé sin revisar nada más.

Mientras el correo de confirmación entraba en la bandeja, fui directa a la habitación. Abrí el armario y metí ropa en una bolsa sin orden, sin combinar, sin pensar siquiera en cuánto tiempo iba a quedarme. Vaqueros, un par de camisetas, un jersey, ropa interior, alguna chaqueta. Lo justo para no ir con lo puesto. Nada más.

Nerea apareció en la puerta.

—¿Te vas ya?

—Sí.

—Me alegro de corazón por ti.

A los niños les contamos que tenía que ausentarme por un tema relacionado con su documentación, que en unos días estaría de vuelta con todo en orden.

El trayecto al aeropuerto fue una carrera contra el tiempo que no sentí del todo. Facturé, pasé el control, caminé por la terminal con la sensación de ir varios segundos por delante de mi propio cuerpo. Me senté en el avión sin recordar exactamente en qué momento había embarcado.

El trayecto se hizo eterno.

No dormí. No leí. No miré por la ventana. Me limité a repasar una y otra vez la conversación con Lorna, cada detalle, cada palabra, intentando encontrar una grieta que justificara lo que había hecho. No la encontré.

Cuando por fin aterricé en Edimburgo, el aire frío me despejó. No me detuve. Cogí la bolsa, salí al exterior y paré el primer taxi que encontré.

—A las Highlands —dije, dándole la dirección.

El conductor asintió y arrancó.

El paisaje empezó a cambiar poco a poco, volviéndose más abierto, más vacío, más silencioso. Yo iba sentada detrás, con las manos entrelazadas, notando el pulso en las muñecas y la cabeza demasiado llena.

Cuando vi la casa al fondo, entre la niebla y el verde apagado, sentí cómo todo lo que llevaba acumulado me subía de golpe.

Pagué, bajé del coche y, por primera vez desde que había salido de Valencia, dudé un segundo.

Solo uno.

Después caminé con paso firme, sin vacilar.

La puerta principal estaba cerrada, pero no tardé nada en llamar. No respondió nadie. Esperé unos segundos, volví a intentarlo y, al probar con la manilla, descubrí que estaba abierta.

Aquello me descolocó un instante.

Entré.

—¿Liam?

Mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

Escuché movimiento al fondo, un ruido sordo, pasos rápidos sobre el suelo, y entonces apareció en el marco de la puerta del salón. Se quedó quieto al verme. No fue una de esas quietudes teatrales de película; fue algo más simple y más real, el cuerpo deteniéndose antes de que la cabeza termine de comprender lo que tiene delante.

—Abril… —murmuró.

Su voz me hizo más daño de lo que esperaba.

Lo miré un segundo entero sin moverme. Tenía peor cara que la última vez que lo vi. Más cansancio, más ojeras, más algo roto por dentro que ya ni siquiera intentaba disimular. Y entonces lo vi. Lo vi de verdad. Sus ojos se llenaron de agua al reconocerme, de una forma tan inmediata y tan contenida al mismo tiempo que sentí cómo algo dentro de mí se deshacía de golpe.

Di un paso hacia él.

—He hablado con Lorna. Y ella con Moira.

Los nombres bastaron para que su expresión cambiara, no por miedo ni siquiera por tensión, sino por una especie de aceptación callada. Como si supiera que, tarde o temprano, algo iba a abrirse.

—¿Y? —preguntó.

Tragué saliva.

—Me ha contado todo. O al menos… lo suficiente.

No apartó la mirada.

—Lo de Samantha. Lo que pasó de verdad.

No me salían las frases con la claridad que me había imaginado durante el camino. Las palabras me pesaban más ahora que lo tenía delante, porque ya no estaba hablándole a una idea de él ni a un enemigo ni a un culpable construido con retazos de información. Estaba hablándole a Liam. Al de verdad.

—¿Es cierto? —le pregunté al final.

Él tardó unos segundos en responder. No porque buscara una excusa, ni una forma mejor de decirlo. Más bien parecía que estuviera reuniendo fuerzas para no venirse abajo delante de mí.

—Sí.

Solo eso.

La simpleza de esa respuesta me golpeó más que cualquier explicación larga.

—¿Todo?

Asintió muy despacio.

—Todo.

Se me llenaron los ojos sin darme cuenta. Noté la garganta cerrada, el cuerpo entero demasiado despierto, demasiado consciente de cada error que había cometido, de cada palabra que le había dicho, de la forma en que lo había acorralado hasta obligarlo a ceder.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le pregunté, y mi voz salió mucho más baja de lo que pretendía.

Liam dejó caer el aire lentamente y bajó la vista un segundo antes de volver a mirarme.

—Porque sabía lo que iba a parecer —respondió—. Y porque ella… —se interrumpió un instante— porque nunca ha dejado de utilizar todo eso para controlar lo que pasa a su alrededor. Si yo abría la boca, si dejaba de proteger toda esa mierda, si hacía públicos sus actos en un juzgado, ella podía volverse mucho más agresiva.

Lo miré sin pestañear.

—¿Con los niños? Lo imagino…

Esa vez no contestó enseguida.

Pero no hizo falta.

—No quería arriesgarme —dijo al final—. Pero cuando apareció… le advertí que se apartara. Nunca hubiera permitido que les hiciera daño.

Cada frase me iba encajando en un sitio distinto, recolocándome cosas por dentro de una manera que dolía más precisamente porque tenía sentido.

—Y por eso los dejaste irse —murmuré.

Él asintió.

—Sí.

Me quedé mirándolo, completamente superada por lo que acababa de comprender. Todo el tiempo había pensado que él cedía porque era culpable, porque se rendía antes de que saliera algo peor parado, porque había algo monstruoso en su pasado que no podía sostener ante un tribunal. Y lo que había hecho, en realidad, era quedarse solo para alejar a los niños de una mujer que lo había destruido durante años.

Sentí una punzada de vergüenza tan fuerte que tuve que apartar la vista un momento.

—Dios mío…

Al volver a mirarlo ya no pude mantener la distancia.

Todo lo que había contenido en los últimos días, la culpa, el alivio, el deseo de que no fuera demasiado tarde, la certeza brutal de haberme equivocado, se me vino encima al mismo tiempo. Di los dos pasos que faltaban y lo besé sin pensarlo más.

No fue un beso tímido ni una prueba. Fue directo, urgente.

Fue un beso de esos que, inevitablemente, marcan un antes y un después.

Me atrevería a decir, de hecho, que ese beso fue una prueba de fuego.

Porque fuego era lo que nos envolvía…

Capítulo 30



No supe en qué momento dejó de ser un beso.

O quizás sí.

Quizás fue cuando dejé de pensar.

Cuando dejé de medir.

Cuando todo lo que me había llevado hasta allí (la rabia, la culpa, la tensión) se rompió dentro de mí y solo quedó él.

Su boca.

Su forma de agarrarme.

El calor.

Mis manos subieron por su cuello sin pedir permiso. Lo atraje más, más cerca, como si no fuera suficiente, como si necesitara comprobar que era real, que estaba allí, que no lo había perdido del todo.

Y él respondió.

Con una intensidad que me recorrió entera.

Sus manos bajaron por mi espalda, firmes, seguras, deslizándose con una urgencia sin contención que me hizo temblar. Me pegó más a su cuerpo y lo sentí. Todo. El calor, la tensión, la necesidad que ya no se escondía.

—Abril… —mi nombre se rompió contra mis labios.

No le dejé terminar.

Volví a besarlo.

Más lento.

Más profundo.

Saboreándolo.

Como si necesitara recuperar cada segundo que habíamos perdido.

El aire se volvió denso.

Pesado.

Y, aun así… imposible de dejar de respirar.

Mis dedos se colaron bajo su camiseta. Su piel estaba caliente. Demasiado. Reaccioné al contacto como si algo se encendiera directamente dentro de mí. Él se tensó un instante, apenas uno, antes de exhalar contra mi boca.

—No sabes cuánto… —empezó.

Negué con la cabeza, sin separarme del todo.

—No hables.

No quería palabras.

No en ese momento.

No cuando todo estaba pasando allí.

Sus manos subieron, bajaron, me recorrieron con una mezcla de cuidado y hambre que me desarmó. Me apretó contra él, me inclinó ligeramente hacia atrás y mi cuerpo respondió sin resistencia, entregándose a ese gesto con una facilidad que me asustó y me excitó al mismo tiempo.

Mi respiración dejó de ser regular.

Nada lo era.

Sus labios bajaron.

Mi cuello.

Ese punto justo bajo la mandíbula que siempre reaccionaba antes que yo.

Cerré los ojos.

El mundo desapareció.

Solo quedó el contacto.

El contraste entre el aire frío y su boca caliente.

Sus manos en mi cintura.

Mi cuerpo respondiendo sin pensar.

—Joder… —se le escapó, contra mi piel.

Y algo en ese tono, en esa falta de control, me empujó aún más.

Tiré de su camiseta.

La aparté.

Necesitaba sentir más.

Más piel.

Más calor.

Más él.

Sus manos me ayudaron, rápidas ahora, incontenibles. Mi blusa siguió el mismo camino, y el aire de la casa rozó mi piel antes de que él volviera a cubrirla con sus manos, con su boca, con ese recorrido lento que me hizo arquearme sin darme cuenta.

Cada caricia era distinta.

Cada una dejaba algo.

Un rastro.

Una chispa.

Un temblor.

Mis dedos se enredaron en su pelo cuando volvió a buscar mi boca. Lo besé con esa necesidad de sentirlo más cerca, más dentro, más presente.

—No puedo parar —murmuró.

—No pares.

No quería que parara.

No quería pensar en nada más.

Solo en eso.

En cómo me miraba.

En cómo me tocaba.

En cómo mi cuerpo respondía sin dilación.

En cómo se había reducido a nosotros dos en el interior de su casa.

En cómo parecía que nuestro mundo se reducía a las llamas.

Nos movimos sin darnos cuenta. El espacio entre nosotros desapareció por completo. Me alzó ligeramente y mi espalda encontró la pared. El golpe fue suave, pero suficiente para hacerme soltar el aire.

Y ahí…

Ahí todo estalló un poco más.

Sus manos ya no dudaron.

Las mías tampoco.

Nos buscamos.

Nos encontramos.

Nos perdimos.

El tiempo dejó de tener forma.

Sus labios bajaron otra vez, más lento, más consciente. Me recorrió con una atención que no era solo deseo, era algo más profundo, algo que me hizo sentir expuesta y a salvo al mismo tiempo.

Mi respiración se rompió.

Mis piernas reaccionaron solas.

El calor creció.

Subió.

Se acumuló.

No había espacio para nada más.

—Liam… —lo dije sin darme cuenta.

Y él respondió.

Siempre respondía.

Cuando volvió a mí, cuando me sostuvo, cuando me acercó todavía más, todo se volvió más intenso, más directo, más inevitable.

No hubo pausa.

No hubo distancia.

Solo movimiento.

Solo piel.

Solo ese instante que no quería acabarse.

No me soltó.

Ni un segundo.

Mi espalda seguía contra la pared, el cuerpo aún temblando, cuando lo noté descender. Sus manos me sostuvieron, firmes, como si supiera que en ese momento no podía mantenerme sola.

El aire cambió.

Mi respiración también.

—Liam… —apenas salió.

Su boca rozó la piel de mi sexo con una lentitud que me desarmó por completo. No había prisa ahora. Había algo más… una forma de recorrerme que no era solo deseo, era atención, era presencia, era saber exactamente lo que estaba haciendo.

Mi zona más erógena reaccionó al contacto con su candente lengua, la cual se me antojó como un río de lava. Y mi sexo era el volcán, un volcán que entró en erupción de un modo sobrecogedor.

Cerré los ojos.

Todo se concentró en ese punto.

En ese calor.

En esa sensación que empezó siendo más sutil… y fue creciendo.

Subiendo.

Extendiéndose.

Mis dedos buscaron algo a lo que aferrarse. Su pelo. Sus hombros. Lo que fuera. Porque mi cuerpo ya no respondía con orden, lo hacía por impulso, por reacción, por pura necesidad.

Cada roce era distinto.

Más profundo.

Más intenso.

Más imposible de ignorar.

El tiempo dejó de existir.

Solo quedaba esa presión que se acumulaba, ese latido que se aceleraba sin control, esa mezcla de tensión y abandono que me iba llevando a un límite que no quería evitar.

—No… —intenté decir, sin saber si quería que parara o que no lo hiciera nunca.

No paró.

Y fue ahí.

En ese punto exacto en el que todo se volvió demasiado.

Demasiado intenso.

Demasiado real.

Demasiado inevitable.

Cuando estallé.

Cuando noté que me desparramaba para él.

Aferrándome a él mientras el cuerpo me traicionaba y se rendía al mismo tiempo, mientras todo se deshacía en una sensación que me dejó sin aire, sin equilibrio, sin capacidad de pensar en nada más.

Y aun así…

Aun así no quería que terminara.

No se apartó.

No entraba en sus planes en ese momento apartarse. Muy al contrario, noté cómo disfrutaba hasta la extenuación deleitándose con mi sabor en la boca, en la punta de la lengua mientras su mirada se me clavaba en el fondo de eso que llaman corazón y que se me había desbocado de un modo que daba miedo.

No pensé.

Solo reaccioné.

El eco de lo que acababa de sentir seguía latiendo en mi cuerpo cuando me separé lo justo para mirarlo. Sus ojos estaban en llamas.

Y supe que lo quería todo.

Que quería provocarlo.

Que quería verlo perder el control.

Mis manos bajaron despacio, sin apartar la mirada de la suya. Noté cómo su respiración cambiaba al contacto, cómo el cuerpo se le tensaba bajo mis dedos, cómo cada movimiento mío tenía una respuesta inmediata en él.

Fuego.

Eso era.

Puro fuego.

Me arrodillé sin dejar de mirarlo.

Sin prisa.

Dejando que el momento se estirara.

Que creciera.

Que doliera un poco.

Sus manos se cerraron en mi pelo, no tirando, no obligando… pero sí sujetando, marcando esa línea fina entre control y rendición que lo estaba desbordando.

—Abril… —su voz salió baja, tensa.

No respondí.

Seguí.

Mis manos recorriéndolo primero, aprendiendo, sintiendo cómo reaccionaba, cómo cada roce en su rígido miembro le arrancaba algo distinto. Y sus ojos… sus ojos clavados en los míos, más intensos a cada segundo, más difíciles de sostener.

Como si estuviera al límite.

Como si no fuera a aguantar mucho más.

Y eso…

Eso me empujó a seguir.

A acercarme más.

A probarlo.

A sentir cómo todo en él respondía con una intensidad que me erizó la piel.

Su respiración se rompió.

Su cuerpo se tensó.

Sus manos dejaron de contenerse del todo.

—Para… —dijo de pronto, con la voz quebrada.

No lo hizo por rechazo.

Lo hizo porque estaba a punto de perderse.

Levanté la mirada despacio.

Y ahí lo vi.

Ese punto exacto.

Ese instante en el que estaba a nada de dejarse llevar por completo.

Y sonreí.

Lentamente.

Sin apartarme del todo.

Porque no era un final.

Era solo otra forma de hacerlo arder.

Había llegado el momento de que entrase en mí.

Era evidente.

Lo sentí cuando ocurrió.

Cuando la conexión dejó de ser solo contacto y se volvió algo más profundo, más completo, más imposible de ignorar. Mi cuerpo se abrió cuando me tomó en brazos y me hizo rodearle con las piernas. Entonces se adaptó a él con una mezcla de vértigo y necesidad que me dejó sin palabras.

Me agarré a sus hombros.

A su espalda.

A lo que fuera.

Porque todo era demasiado.

Demasiado real.

Demasiado intenso.

Demasiado esperado sin saberlo.

Su primera embestida llegó hasta el fondo de mí.

Sentí que mi mundo comenzaba y acababa en esa brutal embestida.

Sentí que mi mundo se reducía a Liam.

—Mírame —susurró.

Lo hice.

Y ahí…

Ahí se me olvidó respirar.

Porque no era solo deseo lo que había en sus ojos.

Era todo lo que no habíamos dicho.

Todo lo que habíamos roto.

Todo lo que aún estaba ahí.

Y eso…

Eso me empujó al límite.

El ritmo cambió.

Subió.

Se aceleró.

Nos arrastró.

No hubo control.

No hubo medida.

Sus embestidas se volvieron salvajes.

Se revistieron de ese punto en el que todo se mezcló y dejó de tener nombre.

Mi cuerpo respondió antes que mi cabeza.

El calor se convirtió en algo más.

Algo que creció, que apretó, que empujó desde dentro.

Y entonces…

Entonces dejé de contenerme.

Y todo estalló.

Sin suavidad.

Sin filtro.

Sin vuelta atrás.

Me aferré a él mientras todo se rompía dentro de mí, mientras su nombre se me escapaba en un suspiro que no conseguí frenar.

Él llegó unos minutos después.

Lo noté.

En cómo se tensó.

En cómo me apretó.

En cómo se quedó allí, conmigo, sin separarse.

Respirando.

Recuperando algo que ninguno de los dos sabía que había perdido para siempre.

Nos quedamos así unos segundos.

O minutos.

No lo supe.

Mi frente contra la suya.

Su respiración aún irregular.

Mis manos todavía aferradas a su piel.

Y en medio de todo ese silencio lleno de cosas…

Entendí algo.

Aquello no había sido solo deseo.

Nunca lo fue.

Capítulo 31



El trayecto desde el aeropuerto hasta casa, ya en Valencia, se me hizo más largo de lo que recordaba.

No porque el camino lo fuera, sino porque cada metro que avanzábamos en taxi me tensaba un poco más. Llevaba las manos entrelazadas sobre las piernas, notando cómo el pulso se me marcaba en las muñecas, en la garganta, en cada respiración que intentaba controlar sin conseguirlo del todo.

A mi lado, Liam miraba por la ventanilla.

No hablaba.

Pero lo sentía.

Esa tensión suya que no era nerviosismo superficial, sino algo más profundo. Expectativa. Miedo. Y, a la vez, infinito alivio. Sus dedos descansaban sobre el asiento, quietos, demasiado quietos para alguien como él.

Yo tampoco sabía qué decir.

No había palabras para ese momento.

Solo espera.

Cuando el taxi se detuvo frente a la casa, el silencio entre nosotros se unificó. Miré la fachada unos segundos, como si necesitara reconocerla de nuevo, como si dentro de esas paredes se hubiera acumulado demasiado en muy poco tiempo.

—Ya estamos —murmuré.

No sé si lo dije para él o para mí.

Liam asintió, pero no se movió enseguida. Bajó la vista un instante, como necesitando anclarse antes de cruzar esa puerta.

Y entonces salimos.

El aire cálido de Valencia nos envolvió de golpe, tan distinto al de las Highlands que por un segundo me descolocó. Pero no me detuve. Caminé hasta la puerta, con él a mi lado, notando su presencia demasiado cerca, demasiado intensa.

Llamé.

No tardó.

La puerta se abrió casi al instante.

Nerea.

Su mirada fue directa a mí primero… y luego a él.

No sonrió de inmediato. Hubo un segundo de evaluación, de comprensión silenciosa, y después dio un paso atrás, abriendo más la puerta.

—Pasad —dijo, en voz baja.

Al entrar, el sonido de nuestras pisadas sobre el suelo pareció más alto de lo normal. La casa olía a comida reciente, a vida, a algo familiar que contrastaba con todo lo que habíamos dejado atrás.

—¿Sophie? ¿Lucas? —llamó Nerea desde la entrada.

Escuché movimiento dentro.

Pasos.

Primero apareció Sophie.

Descalza, con el pelo suelto y una camiseta que le quedaba grande. Se asomó al pasillo sin prisa… y se quedó completamente quieta al verme.

Sonrió.

—Tía Abril, ¡has vuelto! —exclamó de pronto.

Y entonces lo vio.

El tiempo se detuvo.

Literalmente.

Su expresión cambió en un segundo. La sonrisa se quedó a medio camino, los ojos se abrieron más de lo normal y su cuerpo pareció olvidarse de cómo moverse.

—…¿Liam?

Fue un susurro.

Un hilo.

No reaccionó enseguida. No corrió. No saltó. Solo se quedó ahí, mirándolo como terminando de encajar la imagen, como temiendo que fuera a desaparecer si se movía demasiado rápido.

Detrás de ella apareció Lucas.

Más despacio.

Y cuando su mirada se posó en Liam, todo en él se congeló.

No hubo gesto.

No hubo palabra.

Solo esa rigidez absoluta, esa forma de quedarse quieto que no era calma, era impacto puro.

Sentí cómo se me cerraba el pecho.

Liam dio un paso.

Uno solo.

—Hola…

Su voz no salió como siempre. Había algo quebrado en ella, algo que no intentó esconder.

Sophie reaccionó primero.

Como si de repente todo encajara de golpe.

Corrió.

Se lanzó hacia él con una fuerza que me hizo contener el aire, rodeándolo con los brazos, apretándolo contra ella con todas sus ganas.

—¡Has vuelto! —se le escapó, entre risas y llanto a la vez.

Liam tardó apenas un segundo en reaccionar, y cuando lo hizo, la abrazó con una intensidad que me sacó las lágrimas.

—Sí… —murmuró contra su pelo—. Estoy aquí.

La voz se le rompió un poco.

Yo no podía apartar la mirada.

Porque no era solo el gesto.

Era cómo lo hacía.

Como si ese abrazo fuera algo que llevaba necesitando días.

Semanas.

Quizás más.

Lucas seguía en el mismo sitio.

Sin moverse.

Observando.

Procesando.

Y entonces habló.

—¿Vuelves con nosotros?

Directo.

Sin saludo.

Sin rodeos.

Yo di un paso atrás sin darme cuenta. Nerea ya estaba a un lado, apoyada en la pared, completamente en segundo plano, dejándoles todo el espacio.

Liam soltó a Sophie con cuidado, aunque ella no se separó del todo, y dio un paso hacia Lucas.

—Sí.

Lucas no reaccionó.

—¿De verdad? —insistió, con la mandíbula tensa.

—De verdad.

Otro paso.

Más cerca.

—Ya no me voy a separar de vosotros.

Vi cómo algo se movía en la cara de Lucas.

No alivio inmediato.

No todavía.

—Mentiste.

La palabra cayó con peso.

Liam no la esquivó.

—Sí.

Asintió despacio.

—Te mentí.

Sentí cómo se me encogía algo dentro.

—Dijiste que era por trabajo —continuó Lucas.

—Lo sé.

—Y no lo era. No soy tonto. Había algo más.

—Tienes razón, es así.

No hubo excusas.

Solo verdad.

—No puedo quitártela —añadió Liam.

Eso descolocó a Lucas.

Lo vi.

Esa pequeña grieta en su expresión, ese momento en el que no esperaba esa respuesta.

—Entonces… ¿por qué? —le preguntó, más bajo.

Liam se detuvo a un paso de él.

—No fue por egoísmo —dijo—. Ni porque quisiera irme.

Su voz era firme, pero cargada.

—Ni porque quisiera dejaros.

Lucas bajó la vista un segundo.

Solo uno.

—Algún día te lo contaré —añadió Liam.

—¿Por qué no ahora?

—Porque quiero hacerlo bien.

El silencio volvió.

Pero esta vez era distinto.

Más frágil.

Más abierto.

Lucas respiró hondo.

Lo vi hacerlo.

Vi cómo se le llenaban los ojos poco a poco, sin que terminara de romperse aún.

—Me da igual —dijo al final.

Liam frunció ligeramente el ceño.

—¿El qué?

Lucas levantó la mirada.

Y ahí estaba.

Todo.

—Todo eso.

Se acercó.

Un paso.

Luego otro.

—Solo prométeme que no te vas a ir otra vez.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso hasta puntos insospechados. Aquel era, sin lugar a ninguna duda, uno de los grandes momentos de mi vida, uno de esos momentos que marcan.

Liam no dudó.

Ni un segundo.

—Te lo prometo.

Lucas lo sostuvo con la mirada.

Buscando algo.

Confirmación.

Verdad.

Y entonces se rompió.

No de golpe.

No con dramatismo.

Fue algo más lento, más profundo.

Dio el último paso y se agarró a él, escondiendo la cara contra su pecho, no pudiendo sostener más lo que llevaba dentro.

Liam lo abrazó.

Fuerte.

De verdad.

Cerrando los ojos un segundo mientras lo hacía, necesitando ese contacto tanto como él.

Sophie se apretó más contra ellos, rodeándolos a los dos, completando ese abrazo que ya no tenía forma perfecta, pero sí todo el sentido del mundo.

Yo me quedé quieta.

Observando.

Sintiendo cómo algo dentro de mí, algo que llevaba días en tensión constante, empezaba por fin a soltarse.

Nerea se acercó un poco más, pero sin invadir.

—Ya tocaba —murmuró.

Asentí.

Sin apartar la mirada.

Porque sí.

Ya tocaba.

Y esta vez… esta vez sí parecía que todo estaba donde tenía que estar.

Porque todos nosotros lo deseábamos así.

Porque, en muy poco tiempo, habíamos construido algo que aún no sabíamos nombrar, dada la precipitación.

Porque en cuestión de semanas nos habíamos acercado, distanciado y vuelto a acercar otra vez.

Porque todos anhelábamos que ya no hubiera más sobresaltos.

Capítulo 32



Cuando el avión tocó tierra en las Highlands, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo.

No era incertidumbre.

Era… calma.

Una distinta. Más profunda. Más asentada.

Habíamos tomado la decisión en el vuelo, entre miradas, conversaciones a medias y silencios que ya no pesaban. Los niños lo tenían claro. Demasiado claro para lo pequeños que eran.

Aquí era donde querían estar.

Aquí estaban sus amigos, su colegio, sus recuerdos… su vida.

Valencia no desaparecía. Se convertía en otra cosa. En veranos largos, en calor, en familia. En un lugar al que volver sin dejar de pertenecer a este. Así nos los prometimos y ellos estuvieron de acuerdo en que también pasaríamos tiempo en la tierra de su madre, cerca del mar.

Pero su hogar estaba aquí, en sus amadas Tierras Altas de Escocia.

Y, sorprendentemente, también el mío. Contra todo lo que hubiera podido pensar en su día, yo, que me consideraba una trotamundos, estaba decidida a anclarme al lugar al que pertenecían los míos. Y no lo percibía como una obligación, sino como la gran decisión de mi vida; como la decisión que más feliz me hacía y como una que había tomado desde el corazón.

—¿Lista? —me preguntó Liam al salir.

Lo miré.

Y asentí.

—Sí. Totalmente lista.

La casa nos recibió con esa calma tan suya, tan propia de aquel lugar, pero no tardó en llenarse de voces. De pasos. De movimiento. De vida.

Moira nos dio la bienvenida y yo la abracé con una mezcla de calor y agradecimiento que habrían de acompañarme toda mi vida. Si ella no hubiese accedido a hablar con Lorna… Si hubiera mantenido el misterio sobre el matrimonio de Liam y Samantha, los niños y yo jamás hubiéramos vuelto con él.

Lucas desapareció casi al instante. Conociéndole, seguro que necesitaba comprobar que todo seguía en su sitio. Sophie se quedó más cerca, observando cada rincón con una mezcla de emoción y alivio, como quien había estado conteniendo la respiración desde su marcha.

Yo me quedé un momento en la entrada.

Reconociendo.

Sintiendo cómo, por primera vez, no me parecía un lugar ajeno.

—Esta también es tu casa —murmuró Liam, a mi lado.

Giré la cabeza hacia él.

—¿También?

Una media sonrisa.

—Bueno, rectifico. La casa es tuya a partir de ahora, puedes hacer con ella lo que quieras, salvo venderla —bromeó—.Ponla a tu gusto, la dejo en tus manos.

Solté una pequeña risa, sin poder evitarlo.

—Qué valiente.

—Mucho —respondió, sin perder la sonrisa.

Pero había verdad ahí.

Y eso lo cambiaba todo.

Los días empezaron a tomar forma casi sin darnos cuenta.

Rutinas.

Desayunos con prisas.

Mochilas abiertas por el suelo.

Conversaciones cruzadas.

Sophie seguía con su costumbre de charlar por los codos. Y nada podía gustarme más. Lucas, más reservado, volvía poco a poco a su sitio, a su forma de estar, a esa quietud que ya no era silencio cerrado, sino presencia. Se le notaba contento, francamente contento. Los niños, poco a poco, iban sanando tras la desgraciada pérdida de sus padres.

Y Liam…

Liam estaba distinto.

Más presente.

Más atento.

Más… hogar.

Una tarde, al poco de volver, lo encontré en el jardín con Lucas. Había una complicidad silenciosa entre ellos que decía más que cualquier conversación.

Me acerqué.

—¿Qué tramáis?

Lucas levantó la vista.

—Nada.

Mentira.

Siempre significaba algo.

Liam se giró hacia mí, con esa media sonrisa suya.

—Ven.

Me acerqué.

Y entonces lo vi.

—¿Eso es…?

—Un ajedrez nuevo —dijo Lucas, intentando disimular la emoción.

No lo consiguió del todo.

Era precioso. Sencillo, pero perfectamente cuidado, muy del estilo de mi sobrino.

—¿Te gusta? —le preguntó Liam.

Lucas asintió.

—Sí. Es el mejor ajedrez del mundo —le contestó sin vacilar.

Pero sus ojos decían mucho más, si eso es posible.

Vi cómo lo tocaba, cómo lo ajustaba, cómo lo miraba como si fuera algo crucial en su tierna vida.

Porque lo era.

No era solo un ajedrez.

Era un gesto.

Una promesa cumplida por parte de Liam, quien estaba al corriente por mí de que Lucas destrozó el anterior, preso de la rabia que le provocó su distanciamiento.

Sophie apareció corriendo.

—¡Tía Abril! ¡Tía Abril!

La miré, sorprendida. El entusiasmo era total en ella.

—¿Qué pasa, chiquitina?

—Ven. Ha ocurrido algo, ¡simplemente maravilloso!

Me cogió de la mano sin darme opción.

—Ven ya. Esto no puede esperar. ¡Es lo mejor del mundo!

La seguí.

Y cuando doblamos la esquina del prado, lo vi.

Un caballo.

Precioso.

De pelaje claro, con esa elegancia tranquila que tienen los animales que saben lo que son.

Sophie se soltó de mi mano y se acercó despacio, como temiendo que fuera a desaparecer.

—¿Es… mío? —preguntaba una y otra vez.

Su voz era un susurro.

Liam se acercó por detrás.

—Si quieres.

Ella lo miró con una ternura infinita y sus ojos se aguaron.

Luego volvió a mirar al caballo.

—¿Puedo ponerle nombre?

—Claro.

Se quedó pensando unos segundos.

Muy seria.

—Luna.

Sonreí.

—Es perfecto.

Acarició al animal con una delicadeza que no le había visto antes, como si entendiera que aquello no era un juego.

Y en ese momento, supe que todo había cambiado.

De verdad.

La vida empezó a construirse en pequeños gestos.

En decisiones sencillas.

En conversaciones a media voz en la cocina mientras los niños hacían los deberes en el salón.

—Seguir trabajando desde aquí es una gozada —le confesé una noche, mientras preparábamos la cena.

Aunque Moira seguía con nosotros y lo haría siempre, también disfrutábamos de esos pequeños momentos en pareja, en la cocina.

Liam levantó la vista.

—¿De verdad? ¿Así, sin más?

—Así sin más. Siempre creí que necesitaba moverme de un lado al otro del mundo, que necesitaba estar hoy aquí y mañana en la Conchinchina para inspirarme, pero va a ser que no. Va a ser que vosotros sois mi inspiración.

Otro día, hablando de todo lo que venía, me lo soltó casi sin pensar.

—¿Estás preparada para una vida familiar?

Lo miré.

Seria.

Luego sonreí de lado.

—No me hagas esa pregunta muchas veces…

Arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—No vaya a ser que salga corriendo.

Me empujó suavemente.

—Que no… que ya estoy "condenada" a vuestra presencia. No podría dar un paso sin vosotros. Debe ser una especie de magia de aquí de las Highlands, una especie de hechizo. En fin…

Y eso bastó.

Samantha no desapareció del mapa de un plumazo.

Pero dejó de ser una sombra incontrolable.

Liam tomó decisiones.

Firmes.

Claras.

Cuando apostamos por ir a vivir a las Highlands, todos juntos, él decidió que había llegado la hora de plantarle cara a su ex. Y tuvo una conversación muy seria con ella en la que le advirtió que por fin se había liberado de sus cadenas. La amenazó justamente con aquello de lo que él mismo huyó siempre. Le dio la vuelta a la tortilla, asegurándole que, si se atrevía a acercarse a cualquiera de nosotros, él mismo sería quien hiciera pública una historia que arruinaría su reputación para siempre.

Dejó de temer sus posibles represalias, se enfrentó al fantasma que ella había representado para él, incluso se cubrió las espaldas legalmente "por lo que pudiera pasar".

Ella, que tonta no era, se percató de que nada volvería a ser igual que antes y de que había perdido toda posibilidad de controlar sus acciones.

Sabía que esta vez no iba a ceder.

Y, sobre todo, sabía que ya no estaba solo, que tenía un motivo por el que hacer realidad sus amenazas.

La casa de Carla y Kieran seguía allí.

Intacta.

La visitábamos de vez en cuando, no con tristeza, sino con una especie de respeto sereno. Era su legado, su historia, algo que no íbamos a romper.

—Es nuestra casa —dijo Lucas una vez.

—Siempre lo será —respondí.

Y lo entendió.

No era un lugar para quedarse.

Era un lugar al que pertenecer.

Era la herencia de los niños. Algún día ellos mismos decidirían lo que hacer con ella. Mientras, Liam y yo velaríamos por su conservación.

Y así, poco a poco, sin grandes declaraciones ni momentos épicos, construimos algo nuevo.

Algo nuestro.

En casa de Liam, que se convirtió en la de todos.

En ese paisaje.

En ese equilibrio extraño que, por fin, dejó de tambalearse.

Y una noche, cuando todos dormían y el silencio volvió a ocupar su lugar, me encontré mirando por la ventana.

Liam apareció detrás de mí.

—¿En qué piensas?

Me giré.

—En que jamás imaginé que acabaría aquí.

Se apoyó a mi lado.

—Yo tampoco.

Sonreí.

—Y, sin embargo…

—Y, sin embargo —repitió.

—Y, sin embargo… no se me ocurre ningún otro lugar mejor para vivir.

Me estrechó entre sus brazos.

Sabía lo que venía en ese momento…

Fuego puro con el Highlander.

Epílogo



Habían pasado tres años, y aun así, mientras caminaba hacia él, sentía que todo lo que habíamos vivido seguía latiendo en algún lugar muy cercano.

Los jardines de la casa se transformaron por completo para la ocasión. No había ostentación innecesaria, pero sí una belleza serena, profundamente ligada a aquel lugar: telas ligeras ondeando con la brisa, flores silvestres entrelazadas con ramas verdes, pequeñas luces dispuestas con cuidado esperando a que cayera la noche. Al fondo, el lago reflejaba el cielo gris claro de las Highlands, como si también formara parte de la ceremonia.

Y entonces lo vi.

Liam.

De pie, esperándome.

Con el *kilt* tradicional de Highlander, impecable, marcando su varonil figura con una elegancia que no tenía nada de artificial. La chaqueta oscura resaltaba la amplitud de sus hombros, la camisa blanca contrastaba con su piel ligeramente tostada, y ese aire suyo, esa forma de sostenerse en el mundo… lo hacía imposible de ignorar.

Pero no fue eso lo que me dejó sin aire.

Fue cómo me miraba.

No apartaba los ojos de mí. Ni un segundo. Y en esa mirada había algo tan intenso, tan directo, que sentí un leve vértigo al avanzar hacia él. No era solo deseo. Era orgullo. Era emoción contenida. Era una forma de decirme, sin palabras, que todo aquello… valía la pena.

Tragué saliva, obligándome a no perder el ritmo de mis pasos.

A su lado, Lucas estaba espectacular.

Había intentado mantenerse serio, adoptar esa pose adulta que tanto le gustaba, pero se le escapaba el orgullo por cada poro. El *kilt* le quedaba perfecto, y la forma en que lo llevaba, recto, con los hombros hacia atrás, intentando imitar a Liam, me arrancó una sonrisa inevitable. Cuando nuestras miradas se cruzaron, levantó ligeramente la barbilla, confirmando que aquello era exactamente como debía ser.

Sophie, en cambio, era pura luz.

Su vestido era sencillo, de un tono claro, con pequeños detalles en tartán que conectaban con el mío, y su pelo suelto se movía con la brisa mientras no dejaba de mirar a todo el mundo, emocionada, incapaz de estarse quieta del todo. Cuando me vio, sonrió con tanta fuerza que sentí que algo dentro de mí se aflojaba definitivamente.

Nerea y Lorna, mis damas de honor, caminaban a mi lado.

Nerea iba preciosa, con un vestido que combinaba a la perfección con el entorno, elegante pero con ese punto atrevido que siempre la definía. Me miró de reojo y sonrió, cómplice.

—Está perdido —murmuró.

Lorna, con otro vestido en los mismos tonos, pero más formal, me apretó suavemente el brazo.

—Lo estáis los dos.

No respondí.

Porque no podía.

Porque cuando llegué hasta él, todo lo demás dejó de importar.

Nos quedamos a apenas unos centímetros.

Y entonces, sin pensar demasiado, me incliné ligeramente hacia mi Highlander, acercando mis labios a su oído.

—Estás incendiariamente sexi con ese kilt —le susurré.

Noté cómo se le tensaba el cuerpo al instante.

Una reacción mínima.

Pero suficiente.

Su mano buscó la mía con firmeza, entrelazando los dedos con una naturalidad que me hizo sentir aún más consciente de todo lo que éramos en ese momento.

—No me lo pongas difícil —murmuró, apenas separando los labios —. Porque tú… tú…

—Lo sé —bromeé observando cómo su marcada mandíbula temblaba.

Se le escapó una pequeña exhalación que no consiguió disimular del todo, y eso… eso me dio más poder del que debería.

El vestido de novia se me ajustaba al cuerpo, marcando la cintura y dejando que la tela cayera después con un movimiento suave, ligero, que acompañó cada paso hasta allí sin restarle fuerza. El tejido tenía ese punto satinado que captaba la luz sin brillar en exceso, como si se deslizara sobre la piel en lugar de cubrirla.

Pero lo que lo hacía único era el corsé.

Inspirado en el tartán escocés, integrado de forma sutil en el diseño, combinaba tonos profundos (verdes oscuros, granates, un leve trazo en azul) que rompían con la idea tradicional del *outfit* nupcial sin perder elegancia. Se ceñía lo justo, dibujando mi silueta, marcando cada línea con una precisión que no dejaba lugar a dudas.

La espalda quedaba prácticamente descubierta.

No de forma exagerada, sino sugerente. Lo suficiente como para que el aire fresco de las Highlands rozara mi piel y me recordara, a cada instante, que estaba allí… y que no llevaba nada más que eso.

El escote, limpio, sin adornos innecesarios, dejaba ver lo justo. Equilibrado. Pero con ese punto que hacía que no pasara desapercibido.

En ese momento, cómo no, me acordé de mi madre y de Carla, de ambas… Cuánto hubiesen disfrutado asistiendo a esa boda. Miré al cielo y les prometí que sería feliz, increíblemente feliz, por las dos. Para honrarlas.

Liam me sonrió… para mí que adivinó mis pensamientos. Su mano apretó la mía, en señal de apoyo.

La ceremonia comenzó.

Y, sin embargo, lo único que realmente sentía era su presencia a mi lado. El calor de su mano, la presión ligera de sus dedos, la forma en que, de vez en cuando, me miraba asegurándose de que seguía allí, de que no me había dado a la fuga.

Los niños no tardaron en romper cualquier atisbo de solemnidad excesiva.

Sophie, en un momento dado, decidió susurrarle algo a Lucas que terminó con él intentando mantener la compostura mientras contenía la risa. El resultado fue tan evidente que varios invitados no pudieron evitar reírse también, y eso relajó todo el ambiente de una forma natural, sin forzar nada.

Cuando llegó el momento de los votos, sentí cómo el pecho se me llenaba de algo que no era nervios, sino una emoción más profunda, más asentada.

Hablé.

Con calma.

Sin prisa.

Mirándolo a él, olvidándome de todo lo demás.

Y cuando terminé, y fue Liam quien habló, lo escuché con una atención que no había mostrado nunca antes. Cada palabra tenía peso. Cada frase era una elección.

El beso que selló la unión lo recuerdo como inigualable.

Fue lento.

Profundo.

Cargado de todo lo que habíamos sido y de todo lo que estábamos eligiendo ser.

Y cuando nos separamos, su frente rozó la mía apenas un segundo, necesitando ese contacto extra antes de volver al mundo.

La celebración fue… perfecta.

Distinta.

Real.

Los hombres con *kilt* brindando, riendo, compitiendo entre ellos con esa mezcla de orgullo y humor tan suya. Sophie enseñando a Luna a todo el que se acercaba, como si fuera el centro de todo. Lucas, que al principio se mantuvo más reservado, terminó soltándose, hablando de sus logros con el ajedrez… hasta que alguien mencionó el surf.

—Ahora mi hermano también hace cosas divertidas —afirmó ella—. En verano, cuando vamos a Valencia, lo practicamos. La tía Abril nos enseñó. Ella lo aprendió en Hawái, surfea genial, mejor que Liam, mucho mejor…

Pasábamos momentos geniales con el surf, un deporte en el que nos involucrábamos los cuatro entre refrescantes chapuzones, en vacaciones. Un deporte que nos unía aún más, si cabe.

No pude evitar reír.

Y en mitad de todo aquello, Liam volvió a acercarse por detrás, rodeándome la cintura con una familiaridad que ya era completamente nuestra.

—¿Sabes que no he dejado de mirarte en toda la tarde? —me preguntó en voz baja.

Giré la cabeza hacia él.

—Lo sé.

—Y no pienso parar.

—Más te vale —le respondí.

Se inclinó ligeramente, lo justo para que solo yo pudiera oírlo.

—Porque lo mejor aún no ha empezado.

Noté cómo el calor me subía de golpe.

Le di un pequeño golpe en el pecho.

—Compórtate.

—Imposible.

Y entonces, como si el cielo hubiera decidido acompañarlo, los primeros fuegos artificiales iluminaron la noche.

Levanté la vista.

Y, por un segundo, todo fue exactamente como debía ser.

Sin dudas. Sin grietas. Solo nosotros. Eligiéndonos otra vez y con la certeza de que los verdaderos fuegos artificiales llegarían horas después, en la intimidad de nuestro dormitorio.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mis redes sociales.
Con mucho cariño,
Manu.

Redes sociales:

Facebook:
Manu Ponce

Instagram:
@manu.ponce.escritor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:
http://relinks.me/ManuPonce2